

BIANCA

TIEMPO DE AMAR

Carole Mortimer

SECRETOS EN LA FAMILIA

Secretos en la familia

May Calendar había pasado gran parte de su vida cuidando a sus hermanas y ayudando a llevar el negocio familiar… y ahora no estaba dispuesta a que nadie le arrebatara su casa. Sobre todo si se trataba del arrogante empresario Jude Marshall.

Sin embargo, después de haber pasado desapercibida durante tanto tiempo, ¿Cómo podría rechazar las invitaciones del encantador Jude? Pero May no podía permitir que nadie se acercara demasiado a ella por miedo a que se descubriera su secreto.

Seguro que aquél era de los que buscaba una amante y no una esposa.

Capítulo 1

TE HA DADO un ataque al corazón, o sólo estás descansando?

May había oído el coche acercarse a la granja. Incluso había conseguido abrir un ojo y llegar a la conclusión de que no conocía el vehículo. Lo cual significaba que o bien era un desconocido que se había perdido, o bien era un vendedor de fertilizantes. Ninguno de los dos casos despertaba en ella el suficiente interés como para levantarse del montón de heno en donde se había sentado a las puertas del establo.

—¿Tú qué crees?

—Sinceramente, no estoy seguro —contestó el hombre sorprendido ante su propia incertidumbre, como si no estuviera acostumbrado ni le gustara dudar.

May abrió el ojo por segunda vez. Aquel hombre debía tener entre treinta y cuarenta años, era alto, moreno y de cabellos espesos tirando a rizados, ojos grises y mandíbula arrogante y decidida. No, no parecía el tipo de hombre al que le gustara dudar.

—Bueno, pues dímelo cuando te hayas decidido —contestó May suspirando y cerrando el ojo.

—Mmm... —murmuró él pensativo—. No he visto a nadie con un ataque al corazón, pero estoy seguro de que se sufre más de lo que pareces sufrir tú. Aunque, por otro lado, echarse a dormir aquí fuera encima del heno cuando está casi helando no parece muy cómodo.

—Cualquier sitio es cómodo cuando te has pasado la noche en vela —contestó ella.

—Ah.

May abrió los ojos y lo miró antes de explicar:

—Con el veterinario.

—Comprendo.

May gimió y se incorporó sobre el montón de heno. Le dolían todos los músculos, le picaban los ojos. Observó al desconocido atentamente. Su forma de estar indicaba confianza en sí mismo, los rasgos de su rostro eran bellos y esculturales.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Eso depende —contestó él.

—¿De qué? —siguió preguntando ella, suspirando.

—De si te apellidas Calendar o no.

Así que no era un turista perdido. Por tanto debía ser un vendedor de fertilizantes, concluyó May.

—Podría ser —contestó ella poniéndose de pie y descubriendo que era bastante más alto que ella.

El hombre la observó con ojos brillantes, sonrientes y cómplices. No era de extrañar, teniendo en cuenta su aspecto. May llevaba las botas de goma y los vaqueros cubiertos de barro, no se había cambiado de ropa desde el día anterior. Ni siquiera se había acostado ni tomado una ducha. Y probablemente llevara la cara sucia por estar tumbada en el establo. Se había puesto un gorro de lana bien calado hasta las orejas a causa del frío, pero también para resguardar el largo cabello moreno de la suciedad que la cubría por completo.

—No pareces muy segura —dijo él.

—No lo estoy —suspiró ella—. Escucha, no tengo ni idea de qué vendes, pero probablemente no me interese. Aunque si pudieras venir mañana, quizá estuviera dispuesta a escucharte...

—¿Vender? —repitió él—. Yo no soy quien... Tengo una idea mejor —afirmó él observándola bostezar y balancearse—. Entremos en casa —añadió tomándola del brazo—. Te prepararé un café negro y muy fuerte. Quizá entonces podamos presentarnos correcta mente.

May no sabía si quería conocer a aquel hombre, pero la promesa de un café muy fuerte bastó para dejarse arrastrar a la cocina. Probablemente él sabía hacer buen café. Parecía el tipo de hombre capaz de hacerlo todo bien. Y no parecía un acosador de hecho era tan guapo, que probablemente fuera él el acosado por las mujeres.

—¡ Hecho! —aceptó May con voz ronca, sentándose en la cocina.

Sí que olía bien, se dijo May minutos más tarde. Con una taza o dos podría incluso terminar sus tareas de aquella mañana. La noche había sido muy larga, aunque todo había acabado bien. Sólo de pensar en lo que aún le quedaba por hacer se había sentido tan cansada, que se había sentado sobre el montón de heno. Y se había quedado dormida. Cosa que, tal y como aquel hombre había señalado, no era lo más cómodo a finales de enero.

—Aquí tienes —dijo él dejando la taza delante de ella y sentándose enfrente con otra taza para él—. Le he puesto dos cucharadas de azúcar, necesitas recuperar las fuerzas.

Por lo general May no tomaba azúcar con el café, pero aquel desconocido tenía razón.

—Ya lo he decidido —murmuró él.

—¿Cómo dices? —preguntó May alzando la vista hacia él.

—Estabas durmiendo —afirmó él.

—Sí, ya te lo he dicho.

—Porque has estado toda la noche despierta con el veterinario —asintió él.

Dicho de ese modo...

—Con una oveja que tenía dificultades para parir —explicó ella.

El veterinario, John Potter, era un hombre de unos cincuenta años, casado y con hijos. Y los rumores por el vecindario no favorecerían en absoluto su reputación. Ni la de ella.

—Tanto la madre como los gemelos están bien —añadió May observando la forma en que él la mi raba—. Escucha, te agradezco mucho que me hayas preparado café, pero la verdad es que no estoy en condiciones de...

—¡Dios mío! —exclamó él de pronto.

—¿Qué...? —preguntó May quitándose el gorro de lana mientras su largo cabello caía como una cascada por los hombros y la espalda.

El parpadeó, frunció el ceño y luego dijo:

—Eres... por un momento... me has recordado a otra persona, pero no sé a quién. ¿Quién eres? —preguntó sacudiendo la cabeza y desechando la idea.

—¿No debería ser yo quien lo preguntara? Después de todo, ésta es mi casa.

—Sí, sí, claro —confirmó él sacudiendo la cabeza sin dejar de mirarla fijamente.

¿Qué diablos había visto en ella?, se preguntó May. May tenía el cabello largo y moreno, los ojos de un verde profundo y los rasgos clásicos. Su rostro no era excepcional. De hecho sus hermanas se parecían mucho a ella. Además, con aquella ropa y cubierta de barro, su aspecto no podía resultar muy atractivo. Aquel hombre, arrogante y bien vestido, no podía sentir el más mínimo interés por ella.

—¿Y bien? —preguntó May impaciente mientras él seguía mirándola.

—Y bien, ¿qué? ¡Ah! —exclamó él sin contestar, mirando a su alrededor en la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —siguió preguntando May.

El hombre volvió la vista de nuevo hacia ella, pero parecía haber superado la sorpresa.

—Trato de averiguar dónde has escondido los cuerpos, naturalmente —respondió él con sequedad.

¿Acaso seguía dormida?, ¿se había convertido su agradable sueño, en el que un guapo desconocido le preparaba café, en una pesadilla? Porque había perdido el hilo de la conversación. O quizá no estuviera soñando, quizá él se hubiera escapado de un manicomio.

—¿Qué cuerpos?

El volvió la vista hacia ella sonriendo igual que si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Cual de las tres eres tú, May, March, o January? May se asustó. Ningún hombre fugado de un manicomio tenía por qué conocer los nombres de ella y de sus hermanas, pero eso no significaba que no fuera peligroso.

—Soy May, pero estoy esperando a March y a January de un momento a otro —mintió May prudente mente.

January seguía en el Caribe con su novio, y March se había marchado a Londres a conocer a la familia del suyo. Pero hasta que no supiera quién era aquel hombre y qué hacía allí, no quería que se enterara de que estaba sola.

—Me temo que no —respondió él torciendo la boca y sonriendo sin dejar de mirarla—. Así que tú eres May...

—Acabo de decírtelo —confirmó ella tensa—. ¿Y tú eres...?

—Soy —asintió él sin responder, disfrutando al ver la incomodidad de May.

May se puso de pie bruscamente y dijo:

—Escucha, yo no te he pedido que vinieras...

—Ah, claro que sí —la interrumpió él en voz muy baja—. De hecho, según me he enterado por dos fuentes distintas y de fiar, deseabas conocerme cara a cara.

—¿En serio? —preguntó May alarmada y muy quieta, observándolo con otros ojos.

Aquel hombre arrogante, confiado y de buena posición social, a juzgar por la chaqueta de cuero y los vaqueros de firma, conocía su nombre antes de llegar. Sí, sabía quién era...

—Jude Marshall —se presentó él poniéndose de pie y alargando una mano.

A juzgar por la sorpresa de May, no era necesario que dijera nada más. En otras circunstancias su expresión le habría hecho sonreír. Probable mente... aunque lo dudaba. No era la reacción habitual de la inmensa mayoría de las mujeres, la re acción a la que estaba acostumbrado. Sobre todo de las guapas. Y May Calendar, a pesar de su aspecto en ese momento, era una mujer

excepcionalmente bella.

Ella seguía mirándolo fijamente sin molestarse en estrecharle la mano.

—Pero... pero... ¡si eres inglés!

—Ah, eso es discutible —respondió él volviendo a sentarse divertido.

—O lo eres, o no lo eres —afirmó May Calendar tratando de recuperarse del susto.

Aquél era el hombre que llevaba tiempo tratando de comprarles la granja; El se encogió de hombros y explicó:

—Mi madre es americana, pero mi padre es inglés. Yo nací en América, pero me eduqué en Inglaterra. Viajó mucho a América, tanto por negocios como por placer, pero mi empresa está en Londres, así que... ¿qué piensas tú que soy?

—¡Dudo que quieras saber lo que yo pienso! —ex clamó ella con rencor.

—Probablemente.

May se quitó el abrigo descubriendo debajo un cuerpo esbelto. Llevaba un jersey verde del mismo color de los ojos y un vaquero ajustado a las largas piernas.

—Dime —murmuró Jude—. ¿Tus hermanas se parecen a ti?

—Exac... ¿por qué quieres saberlo? —preguntó ella cauta.

—Simple curiosidad.

—No, no es simple curiosidad —negó May re suelta—. Esos cuerpos que has mencionado antes... ¿no te estarías refiriendo, por casualidad, a tu abogado Max Golding y a tu arquitecto Will Davenport?

Era inteligente además de bella, admitió Jude. Las hermanas Calendar, o al menos aquélla, no eran las tres viejecitas que él había creído.

—¿A ti qué te parece?

—Te encanta contestar a una pregunta con otra pregunta, ¿verdad? —respondió May sirviéndose un segundo café.

Era un mecanismo de defensa que Jude había tardado años en perfeccionar. Lo hacía para conseguir más información de la que daba, y no era algo de lo que la gente se diera cuenta por lo general.

—Es evidente que a ti también —afirmó él.

—Bueno, podríamos seguir así toda la mañana, pero yo no tengo tiempo que perder —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Porque te has pasado la noche despierta con el veterinario —

dijo él, provocándola deliberada mente.

—Ya te he explicado por qué, así que no tengo intención de volver a hacerlo —respondió May acalorada—. ¿Qué quiere usted, señor Marshall?

Tras conocer a la mayor de las hermanas Calendar y descubrir que no eran en absoluto lo que él pensaba, Jude no estaba ya tan seguro. Y no era una sensación muy cómoda para él.

—Bueno, podrías empezar por explicarme dónde están Will y Max.

—Suponiendo que sus cuerpos no estén enterrados debajo de la cocina, ¿no?

—Sí, suponiéndolo —concedió él sonriendo.

—No lo están.

—¿Y bien? —insistió él impaciente al ver que May no respondía.

May lo miró pensativa, frunciendo el ceño. Su expresión era indescifrable, a pesar de ser Jude un experto en la interpretación de gestos.

—Will está en Londres, y Max en el Caribe —dijo ella al fin.

—¿Y tus hermanas?

—March en Londres, y January en el Caribe —le in formó ella desafiante.

—¡ Qué coincidencia! —exclamó él.

En realidad Jude sabía exactamente dónde y con quién estaba Max y Will. Simplemente quería comprobar si May Calendar estaba dispuesta a decirle la verdad. Y así era.

—Pues no, es natural que March y January quieran estar con sus respectivos novios —añadió ella con satisfacción.

A esa conclusión había llegado Jude tras la llamada telefónica de Max una semana antes. Max le había informado de que se había comprometido con January Calendar, y un par de días más tarde Will lo había llamado para decirle que se había comprometido con March Calendar. Por supuesto la noticia de que sus dos mejores amigos se habían comprometido lo había sorprendido, pero más aún lo había sorprendido el hecho de que se hubieran comprometido con dos de las hermanas Calendar.

Los tres habían sido compañeros de colegio y habían trabajado juntos durante años, y a pesar de haber salido con muchas mujeres, Jude siempre había creído que ninguno de ellos se enamoraría. Y menos aún se casaría. Pero era evidente que se había equivocado, y Jude no era de esas personas dispuestas a admitir un error.

—Acabas de preguntarme qué quiero —dijo él poniéndose de pie

bruscamente—. Quiero lo mismo que vino a buscar Max, comprar la granja.

—Seguro que Max le dijo que no está en venta

—contestó ella ladeando la cabeza.

—Sí, me lo dijo.

——¿Y?

La voz de May era indudablemente desafiante, pero también estaba llena de rencor. Y ninguno de esos sentimientos iba a llevarlo a ninguna parte, comprendió Jude tratando de relajarse y sonreír

—Pero May, sin duda después de estos días aquí sola te has dado cuenta de que no puedes llevar la granja tú sola, ¿no?

—Lo que yo pueda o no pueda hacer no es asunto suyo, señor Marshall. Además, no recuerdo haberle dado permiso para llamarme por mi nombre, de pila.

Jude se reprimió para no contestar de mal humor, maravillándose al mismo tiempo de que aquella mujer pudiera enojarlo. Por lo general sabía controlar sus sentimientos, e incluso había descubierto que eso le daba cierta ventaja sobre su oponente… ¿Su oponente?, ¿era eso May Calendar para él?

Observándola detenidamente, con aquel bellísimo rostro cansado, pálido y excesivamente delgado, resultaba difícil calificarla así. De hecho Jude comenzaba a sentirse culpable por causarle más problemas de los que ya tenía. Lo cual era extraño en él, además de resultar peligroso.

—Escucha, quizá éSte no sea el mejor momento para charlar —dijo él—. Es evidente que estás muy cansada, y…

—Volver mañana no le servirá de nada. No voy a cambiar de opinión —aseguró May—. Le diré lo mismo que le dije a Max y a Will: la granja no está en venta.

Jude frunció el ceño con frustración. Aquélla’ era la mujer más cabezota, intransigente…

—Desde luego no voy a vendérsela a alguien como usted —continuó May en tono insultante—. No necesitamos ningún club de campo en Hanworth Estate, señor Marshall. Ni necesitamos el campo de golf que pretende construir sobre esta granja.

Al menos estaba enterada, reconoció Jude admirado. Porque eso era exactamente lo que pretendía hacer en esas tierras en cuanto fueran suyas. A me nos, por supuesto, que Max o Will… Pero no, Jude estaba convencido de que ni Max ni Will serían capaces de traicionar su confianza. Por mucho que se hubieran comprometido con las hermanas Calendar… De hecho sabía que no lo habían

hecho, porque había rechazado la carta de dimisión de Max, que se justificaba argumentando un conflicto de intereses, y había examinado los dos planos de Will, el primero incluyendo la granja Calendar y el segundo excluyéndola.

—Esa es sólo su opinión.., señorita Calendar —dijo él poniendo énfasis en el nombre y encogiéndose de hombros.

—Si se molestara usted en preguntar, vería que es la opinión generalizada —lo contradijo ella.

No tenía tiempo para discutir, decidió Jude abrochándose la chaqueta, capaz por fin de apreciar el muro contra el que habían chocado Max y Will. May Calendar, sin embargo, descubriría que él era mucho ‘más duro que sus colegas. Y que no estaba dispuesto a dejarse distraer por una mujer indefensa. Ni si quiera por tres.

—Ya hablaremos de esto, señorita Calendar —con testó Jude alcanzando la puerta—. De momento ya nos hemos presentado.

Capítulo 2

LA VISITA de Jude Marshall sí que suponía una sorpresa, se dijo May derrumbándose en la silla de la cocina nada más marcharse él. Era la última persona a la que esperaba ver.

Jude Marshall se había convertido en un escurridizo y odiado espectro para las tres hermanas durante los últimos meses. Exactamente, nada más recibir la primera carta de Marshall Corporation ofreciéndoles una suma desorbitada por la granja. Una granja que, por lo demás, jamás había estado en venta.

La carta había llegado desde América, razón por la cual las tres hermanas habían supuesto que Jude Marshall era americano. Y razón por la cual, también, May no había caído en la cuenta de quién era él al oír su acento inglés.

Sí, su visita era una sorpresa en más de un sentido, se dijo May. Para empezar, May no esperaba que él fuera tan guapo y arrogante. Ni que supiera preparar café. Además tenía razón en cuanto a 10 agobiante que resultaba llevar la granja sola. March se había marchado a Londres a conocer a los padres de Will hacía sólo unos pocos días, y su hermana menor la había telefoneado desde el Caribe para decirle que ella y Max habían decidido pasar allí otra semana. January parecía tan feliz, que May había preferido no contarle que estaba sola. En lugar de ello le había asegurado que todo iba bien. Pero durante aquellos pocos días May había podido vislumbrar lo que sería vivir sola en la granja cuando sus hermanas se casaran, y la experiencia no resultaba en absoluto alentadora.

Sin embargo ésa no era razón para rendirse a la presión y vender, decidió May. Y menos aún después de conocer a Jude Marshall y ver lo arrogante que era.

Aquella noche, no obstante, al entrar por fin en casa después de terminar el trabajo, May ya no es taba tan segura. No le quedaban fuerzas ni para prepararse la cena. Quedaba un poco de café de la mañana. Mejor eso que nada.

No, mejor no, se dijo dando un sorbo y apoyando un momento la cabeza en los brazos sobre la mesa. Estaba agotada pero se repondría enseguida, en cuanto hubiera descansado unos minutos...

—Vamos, May, despierta —dijo una voz amable y descocida ——¿May?

Alguien la sacudió en medio de un sueño maravilloso. Estaba tumbada en una playa dorada, bajo un sol brillante. Las olas de un mar tropical lamían la arena a sus pies. Sin embargo, al despertar,

la tensión de los brazos y el dolor de espalda le recordó que era sólo un sueño.

—May, si no despiertas tendré que suponer que esta vez has sufrido un ataque al corazón. Y te haré el boca a boca! — la voz en broma.

Era la voz de Jude Marshall. May la reconoció en seguida y alzó la cabeza de mal humor, consciente de que su aspecto sería aún peor que por la mañana. Seguía sucia y con la misma ropa. El sonrió y añadió:

—¡Sabia que eso te resucitaría¡

—¿Qué quiere, señor Marshall?

—Te gusta mucho hacerme esa pregunta —contestó él burlón—. ¡ Vaya un modo de tratarme, después dé traerte la cena! —añadió con un tono de reproche, alzando una bolsa—. Comida china para llevar. Al ver cómo estabas esta mañana, pensé que no tendrías ganas de cocinar.

May frunció el ceño somnolienta, consciente de su amabilidad pero también suspicaz. Era lógico que hubiera llegado a esa conclusión, pero no tenía por qué hacer, nada por ella.

—¿Y por qué se ha molestado, señor Marshall?

—Deja de hacer preguntas y dime dónde están los platos, mujer, antes de que se enfríe.

—En el segundo armario a la derecha.

Había dicho platos, en plural. ¿Pretendía aquel hombre cenar con ella? Jude Marshall dejó dos platos sobre la mesa y comenzó a servir. Así que sí era ésa su intención.

—Eh… ¿señor Marshall?

—¿Te importa que dejemos clara una cosa, May? —la interrumpió él frunciendo el ceño.

—¿Qué? —preguntó ella poniéndose tensa.

—Estoy seguro de que tienes buenas razones para mostrarte deliberadamente antipática conmigo, o, al menos, crees que las tienes, pero no voy a sentarme a cenar con una persona que insiste en llamarme señor Marshall. Te he traído la cena, ¿recuerdas? —añadió alzando las cejas significativamente.

May se ruborizó. Era cierto que se mostraba deliberadamente antipática, no podía negarlo. Pero él se mostraba deliberadamente amable, lo cual resultaba sospechoso e igualmente inaceptable.

—¿De acuerdo? —insistió él resuelto.

May alzó la vista hacia él sin parpadear. Deseaba decirle que se marchara y se llevara su maldita cena, pero el olor de la comida era

demasiado tentador.

—Está bien —accedió ella—, pero...

—Dejémonos de peros por ahora —la interrumpió Jude—. Come —ordenó escueto, sentándose frente a ella.

May no recordaba la última vez que alguien le había dado una orden. Probablemente desde que murió su padre un año atrás. Pero el aspecto de Jude Marshall no tenía nada que ver con el de una figura paterna. May era muy consciente de todos los detalles de su físico mientras Jude servía la comida: de las manos fuertes y delgadas sin anillos, del vello negro que comenzaba en la muñeca y probablemente cubría los brazos y el pecho, de la forma en que le caía el cabello por la cara y se lo apartaba descuidadamente, del brillo inteligente de los ojos gris plateado, de la sombra negra de la mandíbula que sugería que necesitaba dos afeitados al día... Aquel día se había ahorrado la molestia la segunda vez. En lugar de ello había preferido hacer el trayecto hasta la granja y llevarle la cena. Le costaba creer que fuera a cenar precisamente con Jude Marsháll, su ene migo.

—Está muy rico, gracias —dijo ella con voz ronca.

—¿Te ha costado mucho decirlo? —preguntó él alzando la vista.

—Mucho —confirmó May seria—. Espero que no tuvieras nada más importante que hacer... o que no haya nadie esperándote en el hotel.

—Nada que no pueda esperar —contestó él encogiéndose de hombros sin darle importancia.

May lo miró inquisitiva. ¿Significaba eso que nadie lo esperaba, o que la persona que lo esperaba en el hotel no tenía importancia?

— he dicho ahora? —preguntó Jude. Frunciendo el ceño y observando su expresión.

—Nada —contestó ella volviendo la vista al plato.

El seguía mirándola, May era muy consciente de ello. Para ser sinceros, May jamás había sido tan consciente de la presencia de ninguna otra persona. Sentía lástima de la persona que estuviera esperándolo en el hotel, si es que alguien lo esperaba. Era terrible pensar que carecía hasta tal punto de importancia, que Jude prefería cenar con una granjera desconocida. Por mucho que le interesara comprar la granja.

—Esta tarde he hablado con Max —dijo él.

May alzó la vista bruscamente, pero la expresión del rostro de Jude era indescifrable. Ella se lamió los labios y escogió cuidadosamente las palabras:

—¿Le has dicho que por fin nos conocemos?

—¿Debería? —preguntó él a su vez observándola.

Otra vez volvía a hacer lo mismo, a contestar a una pregunta con otra pregunta. Jude tenía que saber que prefería que ninguna de sus hermanas se enterara de que él estaba allí. No quería que supieran que él se había presentado en la granja. Y menos aún que estaba sola.

January lo había pasado muy mal con el asunto del asaltante, y May se alegraba de que se hubiera comprometido con Max y de que se hubiera ido con él de viaje. Sin embargo su hermana volvería en cuanto se enterara de que Jude estaba en Yorkshire y de que estaba sola en la granja.

—¿Y? —preguntó May impaciente.

—Tienes razón —sacudió la cabeza Jude—, podríamos seguir así toda la noche, contestando ambos a una pregunta con otra pregunta.

—No, toda la noche no —negó May—. Esta noche pienso irme pronto a la cama. Muy pronto. Y sola —añadió para evitar más confusiones—. De hecho...

May se calló al oír que alguien llamaba a la puerta y miró a Jude Marshall con una expresión de reproche.

—No puede ser January, ella no llamaría a la puerta —comentó él interpretando correctamente el gesto de May.

Sin embargo Jude seguía sin contestar a la pregunta de si le había dicho a Max dónde estaba. En realidad no hacía falta. A pesar de no conocerlo apenas, May sabía que Jude era reacio a dar información. May se puso en pie al oír que llamaban a la puerta por segunda vez y advirtió:

—Ya hablaremos de eso después.

Quería que quedara bien claro que ni January ni March debían preocuparse por su situación. Y, efectivamente, nada más abrir la puerta la situación se complicó aún más. Era David Melton.

May se había unido al grupo de teatro del pueblo hacía dos años, y David Melton, un famoso director de cine, la había visto actuar durante una visita a su hermana a Yorkshire. Para su sorpresa, él le había ofrecido un papel en la película que rodaría ese verano. Si pasaba la prueba con éxito, claro. Y así había sido. Pero, por razones que May no quería contar a nadie, había decidido rechazar el papel. Por eso no comprendía qué hacía David Melton ante su puerta...

Jude observó el rostro de May. Evidentemente reconocía al

visitante, porque esbozó una expresión de sorpresa. Pero también de desazón. Jude volvió la vista hacia aquel hombre. Debía tener algo más de cuarenta años, era alto y esbelto, rubio y con cara de niño, guapo. Lo cual no le decía nada. Lo mismo podía ser un vendedor que cualquier otra cosa.

—David… —dijo ella con voz ronca.

—Estaba por aquí… tenía que venir, May —con testó el hombre resuelto.

—No he cambiado de opinión —sacudió la cabeza May con soltura.

—Pero…

—Encontrarás a otra persona —aseguró ella volviendo por un segundo la vista hacia Jude y delatando su presencia.

David miró a Jude impaciente e insistió en dirección a May:

—No quiero a ninguna otra persona, May. Tienes que ser tú. Eres perfecta…

—No quiero hablar de esto ahora —lo interrumpió May con firmeza, consciente de que Jude escuchaba.

Jude sentía cada vez más curiosidad. ¿Acaso aquel David era un amante abandonado que se negaba a dejarla? O, si no era así, ¿qué era? No se le ocurría ninguna otra cosa, así que probablemente fuera su amante. Aunque él jamás habría hablado de ese modo delante de otra persona. Ni habría reaccionado con tanta indiferencia ante el hecho de que May estuviera sola con otro hombre. A menos que lo considerara insignificante, lo cual resultaba irritante.

Jude se puso de pie y se acercó a May, poniendo deliberadamente una mano en la puerta por detrás de ella.

—¿Algún problema, May?

—Nada que no tenga arreglo, gracias —contestó ella despectiva, mirándolo brevemente:

—Me temo que nos ha pillado usted en medio de la cena… —comentó Jude impertinentemente.

El hombre lo miró molesto.

—Sólo quería hablar un momento con May… —dijo David.

—Y yo le he dicho que estamos cenando —contestó Jude desafiante.

May alzó la vista hacia él frunciendo el ceño, consciente de que perdía las riendas de la situación. Luego se volvió sonriente hacia David y dijo:

—Aprecio mucho tu… insistencia, pero ya te he dicho que no me

interesa.

—No pienso ceder —aseguró David sacudiendo la cabeza.

May parecía confusa, parecía no saber qué hacer. Así que David continuó:

—No comprendo qué ha ido mal. Al principio, cuando hablamos, todo te pareció bien, todos los planes que hicimos en Londres te gustaron, pero luego...

—¿Cuántas veces tiene que decirle que no está interesada? —intervino Jude cortante, dando un paso adelante y poniendo un brazo posesivamente sobre los hombros de May.

Tenía los hombros demasiado estrechos, estaba excesivamente delgada, era excesivamente delicada para la vida que llevaba, pensó Jude. David observó el gesto con suspicacia y cautela.

—¿Y usted es...?

—Un amigo de May —contestó Jude.

—Comprendo —murmuró David que, por la forma inquisitiva de volver la vista hacia May, no debía comprender nada.

—De verdad que preferiría no tener que seguir ha blando más de esto, David —insistió May con voz lastimera—. Fue... un bonito sueño mientras duró, pero no es para mí. Lo siento.

—No voy a ceder —repitió David metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones y respirando hondo—. Volveré. Quizá podamos hablar otro día.

—Yo no contaría con ello —afirmó Jude con poca paciencia.

¿Es que no veía que May no estaba interesada?, ¿acaso era incapaz de aceptarlo?, se preguntó Jude. May quería que se marchara y que no volviera a molestarla. ¿Era así como se habían sentido Max y Will, ansiosos por proteger a sus mujeres y al mismo tiempo encontrándolas irresistibles? Sólo que May Calendar no era su mujer. Jamás lo sería.

—¿Estás en casa de tu hermana? —preguntó May a David—. Te llamaré mañana —se apresuró a añadir al ver a David asentir.

—Esperaré tu llamada —aseguró David volviéndose luego hacia Jude y añadiendo—: Buenas noches.

—Adiós —contestó Jude desafiante.

David hizo un gesto y se marchó en dirección al coche, un Jaguar deportivo, observó Jude con disgusto. Fuera quien fuera, tenía el suficiente dinero para ayudar a May si quería. Y, a tenor de la conversación que habían mantenido, quería. Sin embargo ella no parecía interesada en nada de lo que aquel hombre pudiera ofrecerle, así que quizá...

—¿Qué demonios crees que haces? —preguntó May enojada y desafiante, cerrando la puerta.

Tenía las mejillas ruborizadas y los ojos brillantes.

—¿Tratar de ser útil? Ese hombre te estaba molestando, así que...

—¿Útil? ¿útil? —repitió May incrédula, con los brazos en jarras —. ¿Sabes conducir un tractor?

—Por desgracia no —contestó Jude parpadeando atónito.

—¿Ordeñar una vaca?

—¡Desde luego que no!

—¡Cuidar de un cordero enfermo?

—Probablemente no.

—¿Dar de comer a las gallinas, recoger los huevos?

Jude respiró hondo, impaciente. Sabía adónde quería llegar May.

—Escucha, May...

—¡No claro que no sabes hacer ninguna de esas cosas! —exclamó ella con igual impaciencia—. Pero yo sí, y las hago. Sólo haciendo esas cosas podrías serme útil... señor Marshall. No sé de dónde te has sacado la idea de que soy una mujer indefensa...

—¿No lo sabes? —la interrumpió él.

— No eran circunstancias normales! U—se disculpó May ruborizada, recordando su agotamiento—. Y ahora, si no te importa, márchate...

Jude la observó con frustración. Aquélla era, indudablemente, la mujer más... ¿Eran lágrimas lo que brillaban en sus increíbles ojos verdes? Y si era así, ¿se debían a la frustración a causa del trabajo, O a otra cosa?

—No hemos terminado de cenar —señaló Jude en voz baja.

—He perdido el apetito —contestó ella sacudiendo la cabeza.

—May...

—¿Quieres marcharte? —gritó ella mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—No, no pienso irme —contestó él impaciente—. May, no he pensado ni por un momento que fueras una mujer indefensa, pero estás agotada, cualquiera se daría cuenta...

¿Cómo iba a pensar algo así cuando era ella quien había mantenido en pie a toda la familia desde que era pequeña?

—¡Gracias¡

—Es imposible razonar contigo, ¿verdad?

—En absoluto —negó ella fríamente.

Jude sacudió la cabeza. Jamás había conocido a una mujer como May Calendar. Jamás había deseado zarandear y besar a una mujer al mismo tiempo como deseaba hacer con ella...

¿Besarla? Sí, era cierto. Deseaba besar a May Calendar. Estrecharla en sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido, hasta que ambos se quedaran sin sentido. Y ésa era, precisamente, la razón por la que no iba a hacerlo.

—Bien —dijo él recogiendo la chaqueta del respaldo de la silla y dirigiéndose a la puerta—. ¿Quieres que le dé algún mensaje a Max o a tu hermana si vuelven a llamar?

Sabía perfectamente que no quería que supieran que estaba sola. Sólo lo preguntaba para desafiarla. May tragó y se puso pálida.

—No... —contestó lamiéndose los labios—. Ningún mensaje. Excepto que...

—¿Si? —preguntó él deteniéndose ante la puerta.

—Podrías decirle a January que Ginny y los gemelos están bien. La oveja de anoche, la que tuvo corderos —explicó May al notar su confusión.

Jude asintió inclinando la cabeza y añadió:

—Yo que tú me acostaría pronto, May. ¡ Antes de que te caigas por los suelos!

—Aún tengo cosas que hacer —sacudió ella la cabeza.

—Tú decides —contestó Jude encogiéndose de hombros ante su testarudez—, pero me parece que esas tareas pueden esperar a mañana.

—Eso decía mi padre —sonrió ella débilmente. Decía. Jude sabía muy bien, porque lo había comprobado tras enterarse del compromiso de Max, que ninguno de sus padres vivía. La madre había muerto cuando las tres niñas eran muy pequeña5 y el padre había fallecido hacía sólo un año. Y por eso precisa mente tratar de comprarles la granja no le hacía sentirse demasiado bien.

—¡Pues deberías haberlo escuchado! —exclamó Jude enfadado.

En realidad ya no sabía si estaba enfadado con ella o consigo mismo, pero sí sabía que tenía que volver a ver las cosas con cierta perspectiva concentrarse en su objetivo, que era comprar la granja, y marcharse.

Y para hacerlo primero tenia que alejarse de May

Calendar.

Además, April estaría esperándolo en el hotel. La encantadora, entretenida y siempre amable April.

—Le escuché, señor Marshall, pero a usted no tengo por qué

escucharlo...

_! Exacto¡ —exclamó Jude perdiendo finalmente la poca paciencia que le quedaba ante la formalidad con que lo trataba May otra vez.

Había sido amable con ella, incluso aunque ella hubiera preferido que no lo fuera. Se había mostrado razonable, le había llevado la cena. Pero, ¿sin ningún motivo oculto?, se preguntó Jude. ¿Y qué si tenía un motivo oculto? A pesar de ello May podía mostrarse más agradable.

—¡Exacto qué, señor Marshall? —preguntó ella sonriendo burlona.

—Esto —contestó él medio gritando.

Segundos después Jude la arrastró a sus brazos y la besó, borrando aquella sonrisa burlona de su rostro. Un error, admitió Jude gruñendo. Un absoluto error.

Ella sabía a miel. Sus labios eran suaves, reaccionaron instantáneamente. Probablemente porque es taba demasiado sorprendida como para hacer otra cosa, comprendió Jude mientras amoldaba el cuerpo de May al suyo y sentía el calor de su pecho contra el torso. Jude la hizo inclinar la cabeza para profundizar en el beso mientras sentía la suavidad de su cabello por encima del brazo.

Néctar. Dulce néctar. Tan concentrado estaba Jude en saborearlo, que al principio ni siquiera se dio cuenta de que ella lo golpeaba con los puños en el pecho. Sólo fue consciente de su resistencia cuándo ella apartó los labios y alzó el rostro para mirarlo a los ojos.

—¡Suéltame! —ordenó May furiosa, empujándolo por el pecho inútilmente—. Eres... eres...

—¿Si? —preguntó Jude desafiante, dejando caer las manos a los lados y dando un paso atrás.

Había tardado varios segundos en controlar sus emociones, pero por fin lo había conseguido ¿Qué era exactamente lo que había pretendido hacer? Cierto, May era guapa, inmensamente deseable, desafiante... pero también era su enemiga.

May se llevó una mano a los labios hinchados y lo miró abriendo inmensamente los ojos con una expresión acusadora, diciendo:

—No tengo ni idea de qué pretendías con eso, pero... Vete. Sencillamente, vete —añadió con toda tranquilidad.

Sí, por supuesto que se marcharía. Su intención era poner la mayor distancia posible entre los dos. May era peligrosa. Para su

autocontrol. Para sí mismo como persona. Para su existencia.

—No te sientas mal por haber respondido así, May —añadió Jude esbozando una sonrisa deliberadamente burlona—. No eres la primera mujer que lo hace, ni serás la última.

May se puso aún más pálida. Sus ojos verdes re— saltaron en el rostro.

—¿Fuera? —gritó apretando los dientes.

Jude se agachó a recoger la chaqueta que había dejado caer al besarla y se la puso tranquilamente, tomándose su tiempo y sosteniendo su mirada.

—Come algo más, May —añadió él al salir—. Sería una pena tirar toda esa comida sólo porque yo no te guste.

—Adiós, señor Marshall —contestó ella desafiante, igual que había hecho él minutos antes con David.

—De adiós nada, May —aseguró él deteniéndose en la puerta—. No pienso irme como mis colaboradores hasta que no consiga lo que he venido a buscar.

—Entonces te sugiero que te compres una casa por aquí, porque no estoy interesada en vender la granja. Ni a ti, ni a nadie.

—Es evidente —admitió él—, pero puede que tus hermanas no piensen lo mismo ahora que se van a casar.

Jude se arrepintió de ese último comentario incluso antes de terminar de pronunciar las palabras. Observó la forma en que ella volvía a ponerse pálida, la expresión angustiada de sus profundos ojos verdes. May ya no estaba tan segura de qué dirían sus hermanas, por mucho que no quisiera admitirlo.

Y eso le hizo sentirse mal. Sí, era un hombre re suelto, enérgico. Jamás había permitido que un negocio se le escapara de las manos. Pero jamás se había sentido cruel tampoco.

¿Qué diablos le estaba sucediendo? May Calendar, eso era lo que le estaba sucediendo. May Calendar con sus ojos verdes enormes, su piel de magnolia y su aire de fragilidad. Pero Jude no iba a permitirlo.

—Que pases una buena noche —se despidió Jude cerrando la puerta y dirigiéndose a su coche sin dejar de jurar.

Capítulo 3

ERES muy amable, David —sonrió May tímida mente—, pero me temo que estás perdiendo el tiempo. No voy a cambiar de opinión.

Estaban sentados en la barra del bar esperando a que les dieran mesa en el restaurante del hotel.

—No me parece que cenar con uña belleza sea perder el tiempo —aseguró David Melton con ojos cálidos.

David era terriblemente amable, por eso precisa mente le resultaba más difícil. Por eso y por el hecho de que realmente a May le habría encantado aceptar el papel en la película. Pero por razones que no tenía intención de contarle ni a él ni a nadie, sencillamente era imposible.

May había cumplido su promesa y había llamado a David a casa de su hermana al día siguiente, aun que sólo fuera para repetirle lo que ya le había dicho en Londres y en la granja la noche anterior. Pero David la había invitado a cenar. Y había pro. metido no presionarla. Una sencilla cena entre amigos. Ni siquiera mencionaría la película si ella no quería.

La oferta resultaba demasiado tentadora. David era un hombre guapo, encantador y muy interesante Y si estaba dispuesto a no mencionar la película...

Había sido ella quien había sacado la conversación. Principalmente porque se sentía culpable por haberle hecho perder el tiempo con la prueba en Londres. Recibir la oferta de trabajar en una película tras una representación en un teatro de provincias era como un sueño, y David debía estar preguntándose si se había vuelto loca.

—El hecho de que hayas rechazado el papel de Stella en la película, ¿tiene algo que ver con el hombre que estaba en tu casa anoche? —preguntó David dando un sorbo de vino blanco.

—El hombre que... ah... —May se puso seria al comprender a quién se refería—. No, Jude no tiene nada que ver con esto, no tiene la más mínima importancia —aseguró May sacudiendo la cabeza—. ¿Qué te hace tanta gracia? —añadió confusa al ver a David soltar una carcajada.

—¡Dudo que ese hombre piense que no tiene la más mínima importancia! —respondió David sacudiendo la cabeza.

—Sí, es cierto —convino May sonriendo ante lo acertado del comentario—. Pero en este caso no la tiene.

—¿Quién es?

¿Que quién era Jude Marshall? Un oportunista, una víbora escurridiza, un hombre que se había aprovechado de su agotamiento la noche anterior para tratar de comprarle la granja.

—Nadie de importancia —respondió May recordando el beso de la noche anterior y su forma de responder.

Al principio se había sorprendido tanto, que había sido incapaz de hacer otra cosa que quedarse inmóvil en sus brazos. Pero una vez superada la sorpresa, en lugar de empujarlo como hubiera debido, May había reaccionado positivamente. Y eso era algo que tarda ría mucho tiempo en perdonarle.

—Me alegro de oírlo —contestó David no muy con vencido.

Había llegado el momento de cambiar de tema de conversación, decidió May.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo por aquí?

—Un par de días más o menos, creo. May... —Da vid se inclinó hacia delante y la miró fijamente a los ojos antes de continuar—: quiero que conozcas a una persona ahora que estoy aquí.

—¿En serio? —preguntó May abriendo inmensa mente los ojos.

Por lo que ella sabía, las únicas personas a las que David conocía en Yorkshire eran su hermana y su familia, y estaba casi segura de que no era a ellas a quienes él se refería. May encontraba entretenida la compañía de David, se había divertido mucho con él en Londres, pero aquélla era la primera vez que salían juntos sólo por salir, sin ningún motivo de trabajo.

—Sí —confirmó él observándola atentamente—. ¿Sabes?...

—¡Vaya, vaya, vaya! Así que no te pasas la vida ordeñando vacas y dando de comer a las gallinas, después de todo —comentó una voz burlona que le resultó a May excesivamente familiar.

May cerró los ojos un segundo y respiró hondo antes de contestar. Judie Marshall era, sin ninguna duda, la última persona a la que deseaba ver esa no che. Bueno, quizá no la última, pero casi.

—Señor Marshall —saludó ella fríamente, alzando la vista hacia él con naturalidad.

Y no resultaba nada fácil: él estaba devastadoramente atractivo aquella noche. David le había parecido guapo con su traje oscuro y su camisa azul, pero Jude Marshall en traje de etiqueta era arrebatador. Sus hombros eran anchos, su cintura estrecha, sus piernas largas y esbeltas, y la camisa blanca enfatizaba el dorado de su cutis y sus manos, que a su vez resaltaba el gris casi plateado de sus ojos.

May se enderezó resuelta. No estaba dispuesta a seguir ahí sentada, abrumada como una adolescente por aquel hombre sofisticado. A pesar de que fuera eso exactamente lo que sintiera...

—Ni con botas de goma y gorro de lana —añadió May despectiva, consciente de que al menos esa no che su aspecto era presentable.

Jude la miró de arriba abajo y frunció el ceño al comprobar que se había lavado el cabello, que caía sedoso por los hombros, y que llevaba un vestido verde oscuro pegado a la esbelta figura, revelando la longitud de sus piernas. Luego alzó la vista hasta su rostro y añadió:

—Es evidente. Creo que no nos han presentado.. —continuó desviando la vista hacia David.

A menos que quisiera mostrarse tan descortés como Jude la noche anterior, David no tenía más re medio que ponerse de pie y presentarse.

—David Melton —dijo alargando la mano.

—Jude Marshall —contestó Jude escueto y burlón—. ¿Melton...?, ¿dónde he oído yo...? —Creo que nuestra mesa está lista, David —dijo May cortante, poniéndose de pie también al ver que el camarero asomaba la cabeza sin atreverse a interrumpirlos—. Si nos disculpas, Jude... —añadió mirándolo fijamente.

Jude le devolvió la mirada con serenidad durante unos segundos y luego bajó la vista hacia su esbelta figura. Para cuando volvió a alzarla a su rostro, May estaba ruborizada. Además le temblaban las piernas, y respiraba con dificultad igual que si hubiera estado corriendo...

—¿Cenáis en el hotel? —preguntó Jude.

May se sintió desfallecer. Al sugerirle David que salieran a cenar no se le había ocurrido pensar que, siendo aquél el mejor hotel de la ciudad, probable mente Jude Marshall se alojaría allí. Y ya era demasiado tarde. Además, por la forma en que iba vestido, lo más probable era que cenara allí también. Acompañado, claro.

—Es evidente —contestó May—. ¿Y tú?

—Es evidente —repitió Jude secamente—. Estoy esperando a mi acompañante. Quizá podamos tomar una copa juntos después de cenar, ¿no?

—No creo, pero gracias —lo rechazó May—. Algunos tenemos que levantarnos pronto mañana por la mañana.

—Gracias de todos modos —intervino David antes de que Jude pudiera añadir algo más.

David agarró a May del brazo y siguió al camarero al comedor. May sintió la mirada helada y gris de Jude en la espalda a cada paso. Al llegar a la mesa tomó asiento y suspiró profundamente, comprendiendo entonces que había estado conteniendo el aliento. Jude Marshall producía ese efecto en ella, re conoció en silencio. O bien deseaba pegarle, o besarlo. Y en esos instantes, sin duda, prefería lo segundo.

—Lamento mucho todo esto —se disculpó May ante David sonriendo—. ¡Tengo la sensación de que ese hombre me persigue!

La perseguía. Despierta, o dormida. Apenas había sido capaz de conciliar el sueño la noche anterior a pesar del agotamiento. No hacía más que recordar la forma en que Jude Marshall la había besado. Pero, ¿por qué lo había hecho? Sí, sabía que él estaba enfadado con ella, que se sentía frustrado a causa de su rebeldía. Pero ésa no era razón para besarla...

—Sí, ese hombre es muy... insistente —comentó David encogiéndose de hombros.

Era una forma de describirlo. May sólo sabía que le había arruinado la velada, que el hecho de que Jude fuera a cenar en el mismo restaurante bastaba para quitarle el apetito. O para relajarse y disfrutar de la compañía de David.

—No tiene la más mínima importancia —repitió May suspirando.

—¿Preferirías cenar en otro sitio?

—¡ No podemos hacer eso! —exclamó May.

—Por supuesto que podemos —aseguró David.

—¡Pero… pero.... ya hemos pedido!

El camarero se acercaba en ese momento con el primer plato.

—Le diremos que no lo queremos. Lo último que deseo, May, es que estés tensa. La idea era salir y pasar un buen rato junto, relajarnos. Y es evidente que no vas a poder relajarte con Jude Marshall a escasos metros —aseguró David dejando la servilleta sobre la mesa y poniéndose de pie.

David se acercó al camarero y habló con él. El camarero volvió con los platos a la cocina.

—Vuelvo dentro de un momento —prometió David dirigiéndose segundos después a buscar al maitre.

May lo observó incrédula. No podía creer que

David estuviera dispuesto a marcharse a otro restaurante sólo porque ella estuviera incómoda.

Sin embargo segundos después, al ver entrar a Jude en el

comedor acompañado de una bella mujer, May comprendió que de ninguna forma se habría quedado allí. Ni aunque David se hubiera empeñado.

La mujer era alta y esbelta, de cabellos negros cortos y peinado moderno. Sus luminosos ojos ver des destacaban en el rostro, sus labios eran sugerentes y su escote amplio y cremoso. Sin duda, a pesar de tener más de cuarenta años, era una mujer despampanante. Todo el mundo en el restaurante la miró. Excepto May.

Tras un rápido vistazo, May se puso de pie sin esperar a que volviera David y se marchó apresurada mente en dirección al vestíbulo. Respiraba con dificultad y su pulso corría tan veloz, que hasta podía sentirlo. ¿Qué diablos estaba ella haciendo allí?

—¡ Cobarde! —murmuró Jude con voz ronca.

May se puso tensa. Estaba de espaldas, echando heno en los corrales, pero no se dio la vuelta ni se molestó en contestar. Aquello era una acusación.

Jude no había podido creerlo cuando, una vez sentados April y él a la mesa, había mirado a su alrededor buscando a May y a su acompañante y se había dado cuenta de que no estaban.

—May, he dicho...

—Ya te he oído —lo interrumpió May bruscamente dándose la vuelta y mirándolo inquisitiva.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¡No empecemos otra vez! —sacudió él la cabeza disgustado—. ¿Por qué te marchaste anoche del hotel tan precipitadamente?

—¿Me marché? —repitió ella contestando con otra pregunta y haciendo caso omiso de la evidente frustración de Jude.

¿Lo hacía a propósito? Era muy probable, pensó Jude.

—Tú sabes muy bien que sí.

—Nos marchamos del restaurante, Jude, pero eso no significa que nos marcháramos del hotel —señaló May.

Jude hizo un gesto de enfado aún mayor al comprender lo que ella sugería. Si eso era verdad, entonces David Melton y ella habían subido a una de las habitaciones del hotel...

—Además, me extraña que lo notaras teniendo en cuenta la identidad de la persona que te acompañaba —continuó May de mal humor.

Jude trató de borrar de su mente las imágenes de May en brazos de David, pero no fue fácil. Sin embargo dejaría ese tema para más

tarde.

—Ah, así que la reconociste —murmuró él son riendo satisfecho.

—¡Yo y el resto de personas del restaurante! —ex clamó ella.

¿Cómo no reconocer a una actriz como April Robine? Jude no estaba seguro de que le gustara el gesto de desagrado que esbozaba May al hablar de la actriz. Hacía meses que la conocía, y siempre había sido una mujer amable y cálida, paciente con los fans que invadían su intimidad. La noche anterior unos cuantos comensales se habían acercado a pedirle un autógrafo, y ninguno se había marchado decepcionado.

—Pues tu amigo David la encontró encantadora anoche cuando se acercó a saludar —comentó Jude sarcástico.

La afirmación sorprendió tanto a May, que fue in capaz de ocultarlo. Se puso pálida.

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero a que April y tu amigo David ya se conocían —contestó Jude, que también se había sor prendido mucho la noche anterior al ver con cuánta efusión se saludaban—. De hecho, por su forma de besarse, se diría que se conocen bastante bien.

Jude frunció el ceño al ver que May palidecía aún más. Dos días antes ella había asegurado que no es taba interesada en David Melton, había insistido en que él no significaba nada. Y sin embargo su reacción en ese momento parecía indicar lo contrario...

May se lamió los labios y tragó antes de contestar:

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Todo, diría yo... si es que es cierto que David y tú pasasteis la noche juntos en el hotel.

—Para tu información, anoche dormí en mi cama.

—¿Quires decir con eso que sólo estuvisteis en la habitación durante la velada? —preguntó Jude.

—¡ Quiero decir que no es asunto tuyo!

Jude estaba a punto de agarrarla de los hombros y zarandearla. O besarla. Y ninguna de las dos cosas era una buena idea, lo había comprendido dos días antes. Aún recordaba la suavidad de sus labios y la forma en que ella había respondido, la calidez de sus curvas amoldándose a él. La mera idea de que David Melton pudiera saborear esos labios y esa seductora suavidad bastaba para que Jude se olvidara de todo lo demás. Pero no quería sentirse así. No quería sentir eso por esa mujer. Ni por ninguna otra.

—May, he venido a pedirte que vengas a cenar con migo esta noche —afirmó Jude respirando hondo.

—¿En serio? —preguntó ella burlona.
—Sí, en serio.
—Pues tienes una extraña forma de hacerlo.
Sí, hablar de David Melton lo había distraído. Pero ya era hora de olvidar a Melton y a April y de concentrarse en lo que deseaba de aquella mujer.
—Está bien, comencemos de nuevo, ¿quieres? —suspiró Jude frustrado—. May, ¿vendrás conmigo a cenar esta noche?
—No —respondió ella sin dudar—. ¿Se puede saber por qué todo el mundo cree que necesito que me inviten a cenar?
—Probablemente porque estás demasiado delgada.
—¡ Gracias, pero la respuesta sigue siendo no!
—¿Es que te ha invitado Melton?
—No, me ha invitado a comer —respondió May satisfecha al ver su frustración.
—¿Y quién es el hombre afortunado con el que sales esta noche? —insistió él.
—¡Pretendes insultarme, Jude, o es tu forma habitual de ser?
—Ambas cosas, me temo —contestó él.
Para sorpresa de Jude, May se echó a reír. Sus ojos verdes brillaban, se le formaron dos hoyuelos a los lados de la boca. Era guapísima, reconoció Jude. Aún sin maquillaje, con una sencilla coleta y la ropa horrible de trabajo, era guapa. Demasiado guapa.
—Aún no me has contestado.
—Me parece que sí. Mé has pedido que salga a cenar contigo, y te he dicho que no. Aunque sigo sin comprender por qué crees que iba a acceder.
—¿Porque tu madre te enseñó buenos modales? —sugirió él recordando entonces que había muerto.
—No fue mi madre quien me enseñó modales —afirmó May con unos ojos verdes helados como las piedras preciosas a las que se parecían—. Y tampoco comprendo por qué crees que debo ser educada con tigo.
—¿Porque anoche te traje la cena? —volvió a sugerir Jude.
—En ese caso, ¿no debería ser yo quien te invitara a ti?
—Bueno, no es la invitación más halagadora que haya recibido nunca, pero acepto —respondió Jude con ojos brillantes de satisfacción.
May se quedó atónita. Jude le había tendido una trampa, y ella había caído.
—Espera un momento…

—Demasiado tarde, May. Tú me lo has pedido, y yo he aceptado.

—Yo no te he pedido...

—Claro que sí —aseguró él burlón y satisfecho. Pero esta noche tengo una reunión de aficiona dos al teatro!

—Tendrás que cancelarla. Te permitiré elegir el restaurante y reservar mesa, ¿de acuerdo? Prefiero la cocina francesa, pero si no..:

—Si de verdad esperas que te invite, tendrás que conformarte con mi cocina. Cenaremos aquí, y a ti te gustará. Aunque...

—Suena fantástico —aceptó Jude—. ¿Te parece bien a las siete y media?

—Sí, pero...

—Traeré el vino —continuó él contento—. ¿Tinto o blanco?

—Blanco, pero...

—Entonces a las siete y media, May —asintió él re suelto.

—¡ Eres el hombre más arrogante y manipulador con el que he tenido la desgracia de tropezar! —ex clamó al fin May con frustración.

—Hay que serlo uno mismo para reconocerlo en otro —sonrió él.

—Yo no soy una persona arrogante ni manipula dora —negó May indignada.

—¿No? Bueno, quizá no te conozca lo suficiente como para dar una opinión cualificada

—¡Y quizá no llegues a conocerme nunca! —ex clamó ella enfadada.

—Eso ya lo veremos, ¿de acuerdo? Te dejo trabajar, ya que tienes también una cita para comer —comentó él.

May veía demasiado a David Melton para no estar interesada en él. No es que fuera asunto suyo, simplemente se trataba de otra más de las típicas contra dicciones de las mujeres.

—¡ Qué amable!

—Sí, así es —asintió Jude decidiendo que era hora de marcharse.

Al fin y al cabo iba a volver a verla aquella noche, tendrían oportunidad de hablar detenidamente sobre su oferta de compra de la granja.

—Puede que engordes un poco, ya que hoy tienes dos citas.

May era increíblemente guapa, arrebatadora, pero su belleza tenía cierta fragilidad, cierta delicadeza que no acababa de casar con el trabajo que desarrollaba. Aunque en ese momento,

precisamente, no parecía la mujer más delicada del mundo. May sostenía aún la horca, y parecía dispuesta a clavársela en el pecho.

—Para tu información, soy delgada por naturaleza —contestó ella apretando los dientes—. Las tres lo somos —añadió a la defensiva.

—Tus hermanas no sé, porque no las conozco, pero una cosa es estar delgada, y otra escuálida. Y tú, desde luego, estás escuálida.

—Cuando necesite tu opinión, Jude, te la pediré —contestó May dándole la espalda y volviendo a la tarea.

Aquél era el fin de la conversación. Jude se encogió de hombros contento. Después de todo ella volvía a llamarlo Jude, y ni siquiera había tenido que recordárselo. Además, volvería a verla esa noche, y entonces conseguiría muchas más cosas de ella.

Sólo en el trayecto de vuelta cayó Jude en la cuenta de que May, con su costumbre de responder a una pregunta con otra, no le había dicho la razón por la que había abandonado el restaurante tan precipitadamente la noche anterior...

Capítulo 4

ESTÁS mejor? —preguntó David mientras se sentaban en los taburetes de un pub cerca de la granja.

—Mucho mejor, gracias —contestó' May ruborizándose y sintiéndose aún culpable.

La noche anterior se había puesto muy nerviosa cuando David abandonó la mesa del restaurante. Tanto, que casi estaba febril mientras lo esperaba caminando de un lado a otro por el vestíbulo. Por eso a David no le había costado nada creerla al decirle que se encontraba mal y que casi prefería dejar la cena para otro día. En cierto modo no era mentira, se había dicho May a modo de disculpa. Se sentía realmente mal, habría sido incapaz de cenar.

—Anoche dijiste que querías presentarme a alguien, ¿no?

—Ah, sí —contestó David sorprendido de que cambiara tan rápidamente de tema de conversación.

—Creo que sé a quién te referías, y tengo que decirte que...

—May, he estado pensando en lo que hablamos en Londres hace un par de semanas y... —David se inclinó hacia ella y la miró intensamente a los ojos antes de continuar—: y me he dado cuenta de que cambiaste de opinión justo después de que te contara quienes eran las estrellas de la película. Comprendo que trabajar con actores dé la talla de Dan Howard y April Robiné resulte abrumador, pero Dan es un compañero de trabajo fantástico, y en cuanto a April...

—Jude me ha dicho que anoche te acercaste a su mesa a saludarla —lo interrumpió May dándole a en tender que sabía que era a ella a quien quería presentarle.

—¿En serio? —preguntó David sorprendido.

—Sí —confirmó May sin entrar en más detalles.

No estaba dispuesta de ningún modo a dejar que ese encuentro tuviera lugar.

—No me siento en absoluto abrumada por el hecho de trabajar con April Robine, David —continuó May apretando los dientes—. Pero te aseguro que no tengo ningunas ganas de conocerla.

—Pero...

—Y fin de la cuestión —lo interrumpió May re suelta—. Has sido muy amable, pero mi respuesta sigue siendo no —añadió con más delicadeza, observando la expresión dolida y confusa de David.

—Si cedieras y charlaras con April te darías cuenta de que...

—¡No¡ —negó May bruscamente, respirando hondo y tratando

de calmarse mientras David la observaba atónito—. Lo siento, pero de verdad que no.

Era imposible explicarle la razón, pero al menos tenía que comprender que su negativa era rotunda. David acertaba al adivinar el momento en que May había cambiado de opinión con respecto al hecho de trabajar en la película. Y el asunto no tenía nada que ver con Dan Howard.

—April es una mujer realmente encantadora —afirmó David incómodo.

—Estoy convencida.

—May...

—David, lamento llegar tarde —los interrumpió una voz—. Salimos del hotel con tiempo de sobra, pero tu vimos dificultades para encontrar este pub —añadió la voz femenina riendo.

May se quedó helada e inmóvil nada más oír aquella voz. No podía respirar, no podía moverse, y menos aún podía volverse y mirar a la mujer que acababa de llegar. Pero sabía quién era, aquella voz seductoramente profunda resultaba inconfundible:

April Robine...

No cabía duda de que David había preparado el encuentro deliberadamente para que conociera a la famosa actriz. De hecho las palabras de ella lo con firmaban. Y por eso no era de extrañar que segundos antes él se hubiera inquietado tanto al negarse May a conocerla.

May le lanzó a David una mirada acusadora, que él le devolvió con expresión de preocupación antes de ponerse de pie para saludar a la actriz. Tenía todos los músculos tensos, los pulmones apenas sin aire. Era imposible que eso estuviera sucediendo. Imposible. Su peor pesadilla... era real.

May había creído que rechazando la oferta de participar en la película lograría evitar ese encuentro, que podría olvidar el asunto para siempre. Pero en lugar de ello se veía precisamente frente a la mujer a la que no quería conocer.., jamás.

—May —Saludo burlón Jude Marshall.

Por fin May se movió, dándose la vuelta brusca mente en la banqueta para ver a Jude Marshall junto a April Robine. La expresión de Jude era desafiante. Así que era a él a quien se refería la actriz al decir que habían salido del hotel con tiempo de sobra...

Al menos, mientras dirigiera la vista hacia Jude, no tendría que mirarla a ella. No obstante May era perfectamente consciente de la presencia de aquella mujer, la oía hablar con David, olía su

perfume. Un perfume que la mareaba.

—¿Te encuentras bien, May? —preguntó Jude con expresión de preocupación.

—Por supuesto que estoy bien —contestó ella poniéndose de pie, haciéndose la dura y tratando de no desmayarse—. No esperaba verte aquí.

Jude podía haberle dicho esa mañana que April y él pensaban acompañarlos a comer. Podía haberle dado una oportunidad para escapar. Pero quizá por eso no se lo hubiera dicho, aunque no tuviera ni idea de qué razones tenía May para escapar.

—No quería estropearte la sorpresa —bromeó Jude.

—Preferiría no tener este tipo de sorpresas —suspiró May agitada.

—Realmente no te encuentras bien, ¿verdad? —insistió él observándola.

—Quizá esté simplemente abrumada ante una compañía tan destacada —comentó May repitiendo las palabras de David.

Era terrible. David le presentaría a April en cualquier momento. ¿Y cómo reaccionaría la actriz?, ¿se horrorizaría tanto como ella? Fuera cual fuera la reacción de April Robine, May no dudaba que sabría ocultarla mejor que ella.

—No creo que nada pueda abrumarte, May —comentó Jude sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño.

—May… —la llamó David agarrándola del brazo y atrayéndola a su lado—, quiero presentarte a April Robine. April, ésta es May Calendar.

May miró a la actriz a la cara por primera vez. Su belleza era indiscutible, ni siquiera parecía que pasara de los cuarenta, cosa que May sabía a ciencia cierta. Su rostro no expresó la menor sorpresa al volverse serenamente hacia ella.

Jude tenía razón, así era. May había decidido hacía mucho tiempo que valía tanto como cualquiera, que podía hacer cualquier cosa que se propusiera, y

Jude observó a May mientras David hacía las presentaciones. Sus mejillas estaban más pálidas de lo normal, destacando el verde de sus ojos. Por mucho que ella lo negara, algo le ocurría.

—Señorita Robine —saludó May con un nudo en la garganta.

—Por favor, llámame April —rogó la actriz con su amabilidad habitual—. ¿Puedo llamarte yo May?

Jude seguía observando a. May, la vio tragar de forma convulsiva. ¿Qué diablos…?

—Preferiría que me llamara señorita Calendar —contestó May bruscamente—, yo a usted prefiero llamarla señorita Robine.

¿Qué diablos hacía May?, se preguntó Jude. Un tenso silencio siguió al comentario descortés. May no había sido tan grosera ni siquiera con él, y eso a pesar de guardarle rencor. Jude apenas la conocía, pero estaba seguro de que nunca había tratado así a nadie.

Quizá hubiera debido advertirle de aquel encuentro esa mañana, así habría tenido tiempo de hacerse a la idea. Posiblemente sólo estuviera nerviosa. Al fin y al cabo April era una estrella internacional, un ídolo inalcanzable. Sin duda May se relajaría en cuanto se diera cuenta de lo agradable que era, y quizá entonces pudiera incluso disfrutar...

—Pero eso es ridículo, May —comentó Jude restándole importancia y alcanzando un taburete para April—. Si vamos a comer los cuatro juntos...

—Ah, pero es que no vamos a comer juntos —se apresuró a decir May seria, aferrándose al asa de su bolso—. Me temo que acabo de recordar que tengo algo urgente que hacer, así que si me disculpáis...

—¡No, no te disculpamos! —exclamó Jude bruscamente.

David Melton observaba la escena mudo y atónito. April también estaba más nerviosa que de costumbre. No era de extrañar. El comportamiento de May era inaceptable.

Jude respiró hondo tratando de calmarse, consciente de que llamaban la atención del resto de clientes del pub. Y no sólo porque hubieran reconocido a April, la tensión entre ellos era evidente..

—Escucha, sentémonos y tomemos una copa —sugirió Jude—. Luego decidiremos si comemos los cuatro o no, ¿de acuerdo?

May lo miró sin parpadear, con ojos helados y una expresión indescifrable, y contestó:

—Ya te he dicho que tengo cosas que hacer. Lamento todo esto, David, pero... —añadió volviéndose hacia él con algo menos de frialdad—. Deberías habérmelo advertido —continuó girando sobre sus talones y atravesando el pub casi corriendo.

—¡May…!

—Déjala, Jude — April poniendo una mano sobre su brazo para detenerlo que nada ni nadie tenía ningún poder sobre ella. A excepción de April Robine...

—¡Y un cuerno! —exclamó Jude.

Jude salió del pub a grandes pasos chocando casi contra May nada más atravesar la puerta. Ella estaba parada. El la hizo girarse

agarrándola por los hombros y preguntó:

—¿Qué demonios...?

Pero Jude se interrumpió y frunció el ceño al ver las lágrimas resbalar por sus mejillas.

—¡May¡

—¡Dejame en paz! —gritó ella soltándose—. ¡Todos, dejadme en paz! ¡ Vuelve ahí dentro... con tu amiga! —añadió en tono acusador, buscando frenética las llaves del coche en el bolso.

Jude la miró con frustración, compadeciéndose de ella. La había seguido dispuesto a soltarle una reprimenda, a exigirle una explicación, pero sus lágrimas daban a entender que ocurría algo grave.

—¿Es porque David Melton se acercó anoche a saludar a April? —preguntó Jude frunciendo el ceño—. ¿Crees que son amantes?, ¿es e lo que te molesta?

—¿David…? —repitió May mirándolo sin comprender—. ¿David? No sé de qué estás hablando, Jude —negó May sacudiendo la cabeza y encontrando por fin las llaves.

—Hablo de tu falta de cortesía.

—¿He sido descortés contigo? —preguntó ella desafiante y con ojos brillantes.

—No...

—¿Con David?

—Me importa un comino si eres descortés con Da vid...

—Entonces debe ser con April Robine.

—Sabes muy bien que sí —afirmó Jude perdiendo la paciencia.

—¿Y te molesta? —preguntó ella burlona.

—Claro que me... —Jude se calló y respiró hondo. Jamás levantaba la voz, ni siquiera cuando se enfadaba. A ser posible, evitaba enfadarse. Enfadarse sólo servía para nublar la razón e impedir pensar con claridad, para hacer cosas irracionales, y eso era algo que no podía permitirse.

—May, por el amor de Dios, ¿qué te ocurre? —insistió Jude.

—¿Que qué me ocurre? Nada, ¿por qué? Ya te lo he dicho, tengo cosas que hacer.

—¿Tan importantes que no puedes aplazarlas?, ¿tan urgentes que no puedes siquiera sentarte a comer con nosotros?

—Sí —respondió ella con sencillez.

—¿Y esas lágrimas? Supongo que son por nada, claro.

—Olvídate de ellas.

—No, no quiero —afirmó Jude tomándola de los hombros—.

Quiero saber qué ocurre, May... y tú vas a decírmelo.

—¡ No voy a decírtelo! —gritó May apretando los dientes y tratando de soltarse.

Jude la miró impotente, lleno de frustración. Sólo había un modo de domar a aquella mujer...

—¡ Déjame, Jude! —ordenó May adivinando lo que él pretendía.

—No —sacudió él la cabeza sin soltarle los hombros—. ¡Ah! —gritó Jude.

May había vuelto la cabeza a un lado para morderle la mano. Ella soltó bruscamente y observó in crédulo las marcas de sus dientes.

—¿Por qué has hecho eso?

—Te he dicho que me soltaras, y tú te has negado

—¿Y ésa es razón para morderme?

—No es nada, Jude. No tengo la rabia ni nada parecido —sonrió May sin ganas.

— Yo no estaría tan seguro, a juzgar por tu forma de comportarte! —musitó él.

—Si quieres respuestas, Jude, te sugiero que vuelvas ahí dentro y le preguntes a April Robine. Aunque no te garantizo que te conteste con sinceridad.

Jude se quedó inmóvil de pronto. Así que el problema era April, no David... Detestaba no saber qué ocurría. Y más aún detestaba el hecho de que May no tuviera intención de contárselo.

—Quizá lo haga —comentó él.

—Estupendo. ¿Quieres decirle a David de mi parte que...?

—¡No voy a decirle nada a David de tu parte! —la interrumpió Jude de malos modos—. No soy tu mensajero, May. Si tienes algo que decirle, entra ahí y díselo tú.

May respiró hondo, miró por un segundo la puerta del pub con ojos oscurecidos y añadió:

—Gracias, pero paso. Ya te he retenido bastante, ve a comer.

Jude la observó lleno de frustración durante unos cuantos segundos y finalmente sacudió la cabeza, diciendo:

— Dudo que ninguno de nosotros coma después de lo que acaba de suceder!

—Eso es asunto vuestro.

—No, May, es culpa tuya, tú has creado esta situación —contestó Jude.

—¡Yo no la he creado, ha sido ella! —exclamó May sacudiendo la cabeza como si creyera que había hablado demasiado—. Tengo

que irme, Jude. Tú... ¡ni no comprendes! —exclamó trémula.

—¡Pues explícamelo!

—¡No… no puedo! —sacudió May la cabeza con firmeza—. Lo siento, Jude. Lo lamento de verdad —añadió echando a correr en dirección al coche.

Jude se quedó allí confuso, observando a May. Ella había hablado como si conociera a April desde hacía tiempo, como si su comportamiento fuera fruto de algún conflicto pasado entre las dos. Y sin embargo el comportamiento de April no sugería que hubiera ningún conflicto de ningún tipo, ni siquiera había mencionado que conociera a May durante el trayecto del hotel al pub. Aunque quizá April no supiera que David quería presentársela. April, no obstante, había sido amable con May, así que quizá sólo May le guardara rencor a April, y no a la inversa. Lo que era seguro era que ambas mujeres se conocían, aunque April no pareciera recordarlo. De otro modo jamás se habría producido esa situación.

Pero, ¿cómo era posible que dos mujeres tan distintas como May Calendar y April Robine se conocieran? April era inglesa, pero llevaba veinte años vi viendo en América. Trabajaba allí. Y por lo que Jude sabía, May apenas había salido de la granja.

Capítulo 5

MAY...!

May se tambaleó ligeramente al salir del tractor. Había vuelto a casa antes de lo que esperaba y se había puesto con las tareas de la granja tras la cita para comer con David. Esperaba esa visita, por supuesto, pero a pesar de ello se estremeció.

—May, creo que tenemos que hablar, ¿no te parece? —preguntó April Robine.

May se mantuvo deliberadamente de espaldas a ella tratando de controlar el cúmulo de emociones que la embargaban y que sin duda se reflejaban en su rostro. Al llegar con el tractor segundos antes no había visto ningún coche aparcado junto a la casa, ninguna señal la advirtió de la llegada de aquella mujer. Lo único positivo de la visita era el hecho de que es taba sola, de que sus hermanas estaban fuera.

—¿May?

May se puso tensa y se giró lentamente hacia ella, viendo entonces el coche rojo junto al garaje. Imposible verlo en aquel rincón. La actriz parecía más nerviosa que por la mañana, estaba pálida.

—Sabías que no quería que vinieras aquí —afirmó May con tono acusador—. Me sorprende que hayas recordado el camino.

—Recuerdo perfectamente todos los detalles de esta granja, May... —contestó April trémula.

—¿En serio? Entonces recordarás la forma en que te marchaste, ¿no? —preguntó May desenganchando el trailer del tractor con manos temblorosas por la rabia y la sorpresa.

¿Cómo se atrevía aquella mujer a presentarse en la granja? No, no lloraría. No le daría la satisfacción de demostrarle cuánto le molestaba y ofendía su presencia.

—¿Aún sigues aquí? —añadió May dándose la vuelta y observando que April estaba parada, helada e inmóvil.

—Lamenté mucho lo de tu padre el año pasado cuando me enteré... —dijo April observando su rostro inquisitivamente.

—¿En serio?

—Sí, lo lamenté de verdad —contestó April con un brillo momentáneo de ira en la mirada—. Yo... él era... James y yo teníamos nuestras diferencias, pero jamás le deseé ningún mal...

—¡Vamos, por favor! —murmuró May disgustada—. ¡ Ahórrame tus mentiras!

—No son mentiras —suspiró la actriz—. Al contrario, May. Tú eras muy pequeña, no puedes tener ni idea de...

— idea de qué?, ¿de 1 desgraciado que fue mi padre porque su esposa lo abandonó? —preguntó May sacudiendo despectiva la cabeza—. Puede que fuera pequeña, pero vi cómo mi padre perdía el interés por vivir. Siguió viviendo por nosotras, por sus hijas.

—¡También sois mis hijas! —gritó April emocionada, alzando las manos suplicante.

May se quedó inmóvil. La ira que la había embargado hasta ruborizarla y ponerla en un estado casi febril desapareció, sustituida bruscamente por una frialdad total.

Sí, January, March y May eran hijas de aquella mujer. Es decir, lo habían sido hasta el momento en que ella las abandonó. A ellas y a su padre, y todo para convertirse en una estrella.

Era irónico que dos semanas antes David le hubiera ofrecido el papel de Stella en su película cuando April Robine interpretaría el papel de la madre. May se había puesto muy nerviosa y contenta con la oferta, iba a interpretar el papel de la hija de la heroína. Pero después toda esa felicidad se había desvanecido nada más contarle David quién interpretaría el papel de madre.

David decía que ella era perfecta para el papel. ¡ Por supuesto que lo era! El director no podía ni imaginar hasta qué punto. Porque April Robine era su madre de verdad.

May lo había negado durante años. Había acordado tácitamente con su padre que January y March crecerían convencidas de que su madre había muerto. Sólo que esa mujer volvía a la vida y a sus vidas, se entrometía.

—Nuestra madre está muerta —afirmó May con sencillez.

April gimió atónita.

—¿Es eso lo que piensan January y March también?

—Es lo que pensamos todos —aseguró May con dureza—. Sólo yo sé que mi madre era una mujer bella y egoísta a la que le importaba más el dinero y la fama que sú marido y sus tres hijas. Murió para todos nosotros en el momento en que eligió.

April tragó. De pronto su rostro sumamente pálido reflejó los cuarenta y seis años que tenía.

—Sabía que James me odiaba, pero no creí que...

—El no te odiaba —la interrumpió May incrédula—. Te amaba. Sólo a ti. Hasta el día en que murió —añadió emocionada, convencida de que era verdad.

Su padre jamás había mirado a ninguna otra mujer, había

amado a su esposa hasta el final a pesar de lo que ella le había hecho. April cerró los ojos breve mente y se tambaleó.

—No hubo ninguna elección —dijo April suspirando trémula—. Tu padre...

— Me niego a hablar de mi padre contigo! —la interrumpió May enérgica—. ¡Viví con él más de veinte años después de que te marcharas, lo vi destrozado, así que no te atrevas a decir nada de él después de todos estos años!

—Tenemos que hablar, May... —insistió la actriz tragando.

—¿Por qué? ¡ Yo no tengo nada que decirte! ¡ Y seguro que tú tampoco después de todos estos años!

—¿Tienes idea de cómo me sentí cuando David me dijo que la joven a la que había elegido para el papel de Stella se llamaba May Calendar?

— Me lo imagino!

—No, no te lo imaginas —la contradijo April en voz baja.

—Sí, porque yo sentí lo mismo cuando me dijo que tú harías el papel de madre.

La noticia la había sorprendido tanto, que May había vuelto a Yorkshire en el primer tren. Y se había negado a hablar del asunto con sus hermanas, diciéndoles simplemente que había rechazado el papel.

April sacudió la cabeza y contestó:

—No lo creo. Cuéntame cosas de January y March. ¿Están...?

—¡ No es asunto tuyo! —exclamó May preguntándose cuándo acabaría aquella conversación.

—Jude me ha contado que se han comprometido para casarse con dos amigos suyos...

—¿Le has dicho a Jude que somos tus hijas? —preguntó May incrédula.

—¿Tú qué crees?

—Que prefieres que Jude no sepa que tienes tres hijas de más de veinte años.

Después de todo Jude era diez años más joven que la actriz con la que, evidentemente, mantenía relaciones. Saber que ella tenía tres hijas algo más jóvenes que él habría enfriado la relación.

—No es ésa la razón por la que no se lo he dicho, May. No sé qué impresión habrás sacado del hecho de que llegara esta mañana con Jude, pero te aseguro que.'..

—No necesito que me asegures nada, no quiero nada de ti, señorita Robine... —la interrumpió May—. Y January y March

tampoco…

—No puedes decidir por ellas —protestó April.

—En esto sí —afirmó May—. Crecieron sin madre, y ahora que están a punto de casarse ya no les hace falta.

—Sobre todo una madre como yo, ¿verdad?

—Exacto —afirmó May dándole la espalda.

No podía soportar la tensión ni un minuto más, necesitaba acabar con esa conversación antes de romper a llorar. Aquélla era su madre, la madre a la que había adorado durante sus primeros años de vida, la mujer a la que tanto había echado de menos y sin la cual había tenido que acostumbrarse a vivir. Y todo porque ella había abandonado a su marido y a sus hijas para realizarse como actriz. Sólo la fragancia de su perfume aquella mañana, que tan bien recordaba, la había mareado.

—David tiene mi respuesta, no voy a hacer la película, así que no hay nada más que decir —añadió May.

—David me ha dicho que eres muy buena actriz.

—Eso dice él —contestó May encogiéndose de hombros.

—¿De dónde crees que has sacado ese talento?

—Del mismo sitio que January ha sacado su talento para cantar y March para pintar, supongo.

—¿January canta y March pinta? —preguntó April incrédula.

—¡Si pero las tres prescindiríamos de ese talento con tal de no tener una madre como tú! —exclamó May insultante.

—¿Es que vas a perder tu oportunidad de ser una estrella sólo porque yo trabajo en la película? —preguntó April cada vez más pálida.

—Algunas personas tenemos valores, un orden de prioridades.

April se estremeció ante el deliberado insulto, pero alzó la barbilla y miró a May frunciendo el ceño.

—Tú…

April se calló. Ambas oyeron llegar un coche.

—¿Esperas a alguien? —preguntó la actriz.

¡ Jude! Tenía que ser él. May miró el reloj y comprobó que eran las siete y media, la hora a la que había anunciado que llegaría a cenar. May había creído que después de lo sucedido aquella mañana él no se presentaría, pero se equivocaba.

¿Cómo explicarle la presencia de April Robine allí?, ¿qué excusa le daría la actriz?

Al ver a April y a May juntas, de pie, hablando, Jude se sorprendió. ¿Qué diablos hacía April allí? Aquella granja cubierta

de barro era el último sitio en el que esperaba encontrar a la elegante actriz. May había vuelto a ponerse su ropa de trabajo y su gorro de lana, así que el contraste entre ambas era evidente. Pero lo más extraño de todo era que April estuviera allí después de lo ocurrido esa mañana. Jude aparcó junto al coche rojo de April y se dirigió lentamente hacia ellas.

—Señoritas —saludó mirándolas extrañado.

—¡Jude¡ —exclamó April—. No sabía que tuvieras intención de venir aquí.

—Yo tampoco sabía que tú fueras a venir —contestó Jude con naturalidad.

—¿Te has fijado en que Jude siempre contesta a una pregunta con otra pregunta? —preguntó May.

—Ahora que lo dices... —contestó April.

—Ahora mismo he contestado con una afirmación a otra afirmación —se defendió Jude.

—Es lo mismo —continuó May—. De todos modos siempre te las arreglas para no soltar prenda.

—Quizá —contestó Jude cauto.

—¿Lo ves? —insistió May mirando a April.

—Sí —sonrió April cálidamente.

—¿Estás invitada a cenar tú también? —preguntó Jude arqueando las cejas.

—¡No¡

—No creo...

Ambas mujeres habían contestado al mismo tiempo. May negándolo enérgicamente, April dudando.

—No lo creo —añadió April.

—Lástima —murmuró Jude tras un breve vistazo a la expresión terca y seria de May.

Habría sido interesante compartir la conversación entre dos mujeres tan distintas. Jude habría podido incluso averiguar la razón de su antipatía mutua, o al menos por parte de May. Porque April, más que enfadada, estaba nerviosa.

—Entonces os dejo para que cenéis —comentó April sonriendo, pero sin su habitual brillo cálido en los ojos.

—¡Ni siquiera estoy seguro de que May recuerde que me invitó a mí! —exclamó Jude bromeando.

El hecho de que siguiera vestida con ropa de trabajo no resultaba demasiado prometedor. Sin duda May había creído que no se presentaría a cenar después de lo de aquella mañana. Jude se

sintió satisfecho al comprender que había vuelto a desconcertarla al presentarse allí. Aunque no demasiado satisfecho, porque seguía sin saber qué había entre ellas dos.

—Claro que recuerdo que te invité —aseguró May—. El polio lleva varias horas en el horno.

— ¿Hay suficiente para tres? —preguntó Jude significativamente.

—Pues...

—Lo siento, pero yo ya tengo una cita —la interrumpió April—. De hecho será mejor que me vaya —añadió mirando el reloj—. Espero volver a verte antes de marcharme —continuó en dirección a May.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó May con frialdad.

—No lo sé... —contestó April encogiéndose de hombros.

—Bueno, entonces, por si no nos vemos, que ten gas un buen viaje —se despidió May.

En otras palabras, May no quería volver a verla, concluyó Jude.

—Gracias —contestó April sonriendo nerviosa—. Ya nos veremos, Jude.

—Cuenta con ello —dijo él.

—Ha sido... me alegro mucho de haberte visto, May —añadió April con voz ronca.

Sentimiento que May no compartía, era evidente. May se mostraba tan fría, que parecía de piedra. ¿Qué ocurría?, ¿por qué razón rechazaba a la actriz? Rechazo del que April era perfectamente consciente, comprendió Jude. A pesar de su serenidad. Jude ob servó a April marcharse. Estaba muy pálida. Y se prometió averiguar la verdad. Una de las dos se la di ría.

Capítulo 6

MAY OBSERVÓ a Jude por el rabillo del ojo mientras April se marchaba. Sabía que él es taba muy confuso por la situación, que se había extrañado de encontrar allí a la actriz. Pues bien, por primera vez no tenía intención de contarle lo que ocurría. Y, tras la breve conversación mantenida con April Robine, sabía que ella tampoco le di ría nada.

April Robine... ése era el único modo en que podía pensar en ella. May se negaba a reconocer que era su madre. ¿Qué clase de mujer abandonaba no sólo a su marido, sino también a sus hijas de cinco, cuatro, y tres años? Ninguna a la que May tuviera de seos de conocer. May respiró hondo y miró a Jude con indiferencia.

—Puedes entrar en la cocina e ir. Calentándote, yo iré dentro de un minuto —dijo May.

Sabía que esos minutos no bastarían para calmarla después de la conversación mantenida con April Robine, pero no disponía de tiempo.

—No tengo frío —contestó Jude a pesar de que so piaba un viento helado—. Además, seguro que en la cocina hace más frío aún que aquí.

—¿Tú crees? El horno está encendido, y calienta mucho —declaró May malinterpretando deliberada mente el comentario.

—No me refería a eso, y tú lo sabes —dijo Jude mirándola con el ceño fruncido.

—¿Lo sé? —repitió ella encogiéndose de hombros—. Voy a ver... ¿Qué haces?

May gritó al sentir que Jude la agarraba del brazo y la giraba para que lo mirara a la cara.

—¿Vas a decirme qué ocurre, o tengo que averiguarlo por mi cuenta? —preguntó él de mal humor.

May lo miró a los ojos frunciendo el ceño. El era, probablemente, el amante de su madre. Casi con toda seguridad llevaba una temporada siéndolo, así que si alguien le debía una explicación, no era ella.

—¿Por qué no se lo preguntas a April Robine? Aunque, según parece, mantenéis una relación muy... relajada, teniendo en cuenta que tú vas a cenar conmigo y ella va a cenar con otro...

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Lo que tú quieras —contestó ella encogiéndose de hombros,

comprendiendo de pronto que estaba demasiado tensa y suspicaz como para volver a discutir—. Hoy ha sido un día muy largo, Jude, estoy cansada y tengo hambre. Así que, ¿por qué no lo dejamos para otro día?

Jude la miró a los ojos durante unos largos y tensos segundos antes de soltarla y sonreír burlón, diciendo:

—No me esperabas a cenar, ¿a que no?

— No —confirmó May—. Pero te en— canta desconcertar a los demás, ¿verdad? —adivinó May comprendiendo por su gesto que tenía razón.

—Y a ti te gusta demasiado analizarlo todo. Iré al coche a por el vino.

May lo observó alejarse con movimientos fluidos, caminando viril mientras el viento le soplaba sobre el cabello de la nuca. ¿Qué relación mantenía con April Robine?, ¿eran amantes?, ¿amigos? May no tenía ni idea. pero habría sido una estupidez dejar que su atracción sexual hacia él fuera demasiado lejos mientras no lo supiera.

Sin embargo controlar esa atracción no resultó nada fácil, porque Jude se mostró deliberadamente amable durante la cena, contándole historias de Max, Will y él durante sus años de colegio. La tensión parecía haberse desvanecido, pero May sabía que en el fondo no era así. No había desaparecido en ninguno de los dos...

—¿Tienes más familia aparte de tus padres, Jude? —preguntó May con curiosidad durante la sobremesa, tomando café y un licor de naranja.

—¿Te refieres a hermanos?

—Sí —confirmó ella.

—Me temo que soy hijo único —contestó Jude en cogiéndose de hombros—. Aunque seguramente era mejor, teniendo en cuenta la cantidad de veces que viajamos de Inglaterra a América y viceversa cuando era pequeño. No creo que llegáramos a quedarnos más de dos años en ninguna casa.

Eso explicaba que no tuviera raíces, pensó May. Y también el hecho de que no comprendiera en absoluto su apego a la granja familiar. Para ella, en cambio, desde la muerte de su padre, sus hermanas eran las personas más importantes del mundo.

—Sé adónde quieres ir a parar, May —sonrió Jude.

—¿En serio?

—Sí —asintió él—. Pero eso no cambia el hecho de que esta granja sea demasiado trabajo para ti.

—Sin duda April Robine estaría de acuerdo contigo—comentó May.

La actriz debía ser incapaz de comprender la testarudez de May a la hora de vender la granja. Ella la había abandonado apresuradamente veintidós años antes.

—¿April? —repitió Jude frunciendo el ceño—. ¿Qué tiene ella que ver con eso?

May parpadeó, comprendiendo que con ese comentario sólo había conseguido demostrar una vez más su rencor. Rencor que Jude no lo podía comprender.

—Bueno...

—Yo no hablo de negocios con April, si es a eso a lo que te refieres, May —aseguró Jude.

—¿Por qué?

—Pues porque... May, ¿qué crees que mantengo con April?

—Llegasteis aquí juntos, y os alojáis en el mismo hotel...

—Llegamos juntos porque yo tenía que venir por negocios, y resultó que ella también tenía algo que hacer aquí —señaló Jude significativamente—. Y aun que nos alojamos en el mismo hotel...

—No me debes ninguna explicación, Jude —lo interrumpió May poniéndose de pie bruscamente y decidiendo de pronto que prefería no saberlo.

Porque, a pesar de todo, a pesar de la insistencia de Jude en comprar la granja, del hecho de que se lo encontrara cada vez que volvía la cabeza, y de su amistad con April, May se sentía atraída hacia él.

—¿No te debo ninguna explicación, May? —repitió Jude poniéndose también de pie.

May lo miró con aprensión, con los ojos muy abiertos. Aquel día habían ocurrido demasiadas cosas. Si Jude la besaba otra vez, sencillamente no podría soportarlo. Y eso era lo que él, según parecía, tenía intención de hacer.

El cuerpo de May se amoldó perfectamente al de él al estrecharla Jade en sus brazos. Sus curvas encajaban en él, y su boca respondía al contacto de la de él como una flor abriéndose al sol. Era todo tan sencillo cuando él la abrazaba, cuando la besaba de esa forma... Nada importaba. Sólo...

May no podía seguir pensando, sólo podía sentir. Sus manos, cada vez más exigentes, abrazaron la nuca de él mientras Jude profundizaba en el beso. Jude la acariciaba incansablemente de arriba abajo, ella sentía cálidos estremecimientos por todo el cuerpo

cada vez que la tocaba.

—¿Eres tan bella, May! —respiró Jude con voz ronca mientras sus labios recorrían la larga y cremosa garganta.

La lengua de Jude buscó los huecos de su cuello, mordiéndole suavemente el lóbulo de la oreja. May se estremeció de deseo como nunca, comprendiendo que deseaba a aquel hombre como jamás había deseado a ningún otro, que anhelaba sentirlo desnudo a su lado contra su piel

¿Cómo sentir otra cosa cuando Jude la besaba de aquella forma, la tocaba de esa forma, acariciando uno de sus pechos con la mano? La blusa de seda que se había puesto para cenar no era barrera para sus caricias. El rozaba ritmicamente su pezón con el dedo.

Jude respiró hondo y alzó las manos para tomar con ellas su rostro. Luego apoyó la frente sobre la de ella y la miró a los ojos.

—Quiero hacer el amor contigo, May —gimió Jude con voz ronca—. Y creo que tú quieres hacerlo con migo.

Ella respiró trémula. Sabía que eso era lo que quería. Lo quería más de lo que había querido nada nunca en la vida. Moriría si Jude no le hacía el amor. De inmediato.

Lo cual era ridículo, porque estaban en la cocina y el único lugar donde po4ían hacerlo era el suelo frío...

—Pero no quiero arrepentimientos, May —continuó Jude hablando en voz baja, acariciando sus mejillas con los dedos, sosteniendo su mirada con ojos de plata.

May no podía romper el hechizo de esa mirada, estaba atrapada en un mar de emociones, ardía de necesidad de él. Lo deseaba... cuánto lo deseaba!

—¿Te ayudaría saber que no hay nada entre April y yo? —añadió él rompiendo el silencio.

May se puso tensa como si él la hubiera golpeado, se quedó helada de pronto en brazos de Jude. Tenía los ojos inmensamente abiertos, estaba atónita. ¡April! ¡April Robine! La mujer que una vez había sido su madre.

Jude se maldijo en silencio por nombrar a April al ver el efecto que producía en May. Se puso repentinamente tensa, abrió enormemente los ojos y perdió su aire ensoñador y erótico, comenzando a rechazarlo.

—Creo que lo mejor sería que te marcharas —dijo al fin May enterrando el rostro en las manos.

—May... —

—¡No, Jude! —exclamó May soltándose de él—. Te he invitado

a cenar, no a...

—No hace falta que insultes, May —la interrumpió él—. Yo te he besado, y tú me has devuelto el beso. Y no trates de quitarle importancia —añadió sacudiendo la cabeza.

May trató de serenarse y se enderezó resuelta, diciendo:

—Sí, comportémonos como adultos en esto, Jude. Después de todo lo somos, ¿no?

Pero Jude no quería comportarse como un adulto, quería agarrarla por los hombros y zarandearla. Sólo que, ¿qué iba a conseguir con eso? No mucho, reconoció. Sin embargo sí se liberaría de la frustración.

Deseaba a May. La deseaba profundamente. Pero había demasiados obstáculos entre ellos, según parecía. Y uno de ellos era su amistad con April, cosa que ni él comprendía, ni May estaba dispuesta a explicarle.

—¿Por qué no me dijiste que eres actriz?, ¿por qué no me contaste que David Melton insiste en—que trabajes en su película?

May abrió inmensamente los ojos como si le sor prendiera que él supiera todo eso. Lo cierto era que Jude les había pedido una explicación por lo sucedido a David y a April a la hora de la comida. Además, ¿qué tenía de malo que David le hubiera contado que era actriz y que le había ofrecido un papel? Al menos Jude se había tranquilizado en cuanto a las intenciones de David con respecto a May. Lo que no acababa de comprender era por qué May había rechazado el papel.

—Una cosa es el deseo, y otra la realidad —contestó May—. Seguro que David te ha dicho que he rechazado su oferta. Varias veces.

—Sí, me lo ha dicho —asintió Jude—. Pero no quiso decirme por qué.

—¿No? —sonrió May sin ganas.

—¿Es por tu empeño en seguir atada a esta granja? —preguntó Jude inquisitivo.

Algo brilló en los preciosos ojos verdes de May, generalmente cándidos. Algo que ella ocultó antes de que Jude tuviera tiempo siquiera de analizarlo, causándole la sensación de que, fuera lo que fuera lo que respondiera May, no sería la verdad. Jude sabía que May siempre había sido sincera con él. Sincera hasta la rudeza y el insulto, si era necesario.

—Sí, exacto —se apresuró May a confirmar.

Demasiado rápido, pensó Jude, cada vez más frustrado.

—No te creo.

—¿Y crees que me importa? —preguntó ella burlona—. Jude, creo que te das demasiada importancia. Sobre todo conmigo.

—¡May…?

—¿Si, Jude?

Jude apretó los labios. May era la mujer más difícil que había tenido la desgracia de conocer. Segundos antes ella se había mostrado cálida y espontánea en sus brazos, habían estado a punto de hacer el amor, pero de pronto volvía a ponerse a la defensiva, a adoptar una actitud burlona que le hacía desear tomarla por los hombros y zarandearla.

—May, tú... —Jude guardó silencio al ver que ella miraba por la ventana de la cocina y se asustaba—. May, ¿qué ocurre?

—No estoy segura... ¡Oh, no! —gritó ella poniéndose pálida y volviéndose hacia él—. Es... ¿qué has hecho, Jude? —añadió con un tono acusador.

—¿Yo? Pero...

—Sabías que no quería que... ¿Cómo has podido...? ¿Qué voy a hacer ahora? —gimió May medio llorando.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó Jude impaciente acercándose a la ventana para observar.

Un coche acababa de aparcar junto a la granja. Jude reconoció al menos a dos de las personas que salieron de él. Eran Max y Will. Y las dos guapas morenas que los acompañaban debían ser sus novias, January y March. Se parecían mucho a May.

A juzgar por la expresión del rostro de May, resultaba fácil adivinar que las dos últimas personas a las que deseaba ver en ese momento era a sus hermanas. Y por su forma de mirarlo con ojos severos, también era evidente que lo culpaba a él.

Capítulo 7

CÓMO has podido? —volvió a preguntar May con tono exigente, llorando de frustración—. Sabías que no quería que volvieran…

—May, piensa lo que quieras, pero yo no le he dicho a nadie que estás sola aquí. Y menos aún a tus hermanas o a Max o Will —contestó Jude.

May lo observó durante unos largos segundos. No sabía si creerlo. En cualquier caso no había tiempo para discutir.

—Tienes que marcharte —afirmó May enérgica, girándose hacia él—. No… tienes que quedarte —se corrigió frenética.

May caminaba nerviosa de un lado a otro de la cocina tratando de decidir qué hacer. January y March eran las últimas personas a las que quería ver en la granja en un momento como ése. April Robine estaba sólo a unos pocos kilómetros de distancia. Y ninguna de sus hermanas sabía que la famosa actriz era su madre.

De pequeñas, a May jamás se le había ocurrido pensar que sus hermanas fueran a enterarse algún día de que su madre no había muerto, de que sencilla mente las había abandonado. Ni siquiera al enterarse de que su madre era la famosa actriz April Robine. No consideraba necesario que sus hermanas supieran la verdad. Después de todo, ¿qué posibilidades tenían de encontrársela? Ninguna, había concluido May. Ni a propósito, ni por casualidad. Pero se había equivocado…

De pronto sus hermanas volvían a casa inesperadamente justo cuando April Robine estaba allí. ¿Qué hacer?

Jude, evidentemente, se hacía la misma pregunta, aunque por motivos completamente diferentes. Soltó la cortina, se giró hacia ella con un gesto burlón y dijo:

—Decídete, May. ¿Me voy, o me quedo?

Por supuesto que deseaba que se marchara. Tan lejos como fuera posible. Y deseaba que se llevara a April Robine con él. Pero eso era imposible. Sobre todo tras la llegada de Max y Will. Sin embargo la presencia de Jude en la granja podía servirle para explicar su nerviosismo en ese momento, nerviosismo que era incapaz de ocultar.

—Quédate —afirmó May agarrándolo de las manos y haciéndolo sentarse—. Pero no… intenta no…

—May respiró hondo tratando de calmarse

No quería inducir a Jude a sospechar. Era todo demasiado complicado. Una pesadilla. ¿Qué hacían January y March de vuelta

en la granja? La última vez que había hablado con January ella le había dicho que pensaban quedarse en el Caribe otra semana. Y aún faltaban unos cuantos días. March, por otro lado, estaba encantada en Londres. Y si no había sido Jude quien les había dicho que estaba sola en la granja, ¿qué hacían allí?

—¿Te importaría quedarte, Jude, por favor? —rogó May recuperando el control—. ¿Pero podrías no...?

—May se lamió los labios—. Por favor, no menciones ni a David Melton ni a April Robine. No les digas que están aquí, ¿quieres? —añadió con ojos suplicantes.

La jugada era astuta. May había mencionado a David con la intención de desviar las sospechas de Jude. De ese modo no sabría que era a la actriz a la que no quería que vieran sus hermanas.

Jude sostuvo su mirada con calma pero confuso. De momento bastaba con eso. May sabía que antes o después él le exigiría una explicación, pero ya se enfrentaría a ese problema cuando llegara. De momento se conformaba con su cooperación.

—¿Es que tus hermanas no saben nada de la oferta de trabajo en la película? —preguntó Jude.

—Sí, lo saben —respondió ella impaciente—. Y también saben que la he rechazado.

—Pero no saben que David Melton está aquí e insiste en ofrecerte ese papel, ¿no? —adivinó Jude.

—No, eso no —suspiró May irritada.

—Ni que April también está aquí e insiste en lo mismo, ¿verdad? May, ¿qué problema tienes con April?

May se puso pálida de nuevo y respiró hondo.

—Preferiría no tener que discutir otra vez sobre ese tema esta noche, Jude —afirmó May resuelta.

—¿Te das cuenta de que mi silencio tiene un precio? —preguntó él burlón.

—Sí —suspiró ella impaciente.

Oía el murmullo de voces y risas de sus hermanas muy cerca. May estaba dispuesta a prometer lo que hiciera falta con tal de conseguir el silencio de Jude.

—¿Cenemos juntos mañana? —propuso él en voz baja.

—¿Eso es todo? —preguntó May a su vez, incrédula.

—¿Qué pensabas que te iba a pedir? —siguió preguntando él.

—No tengo ni idea, pero lo de la cena me parece bien.

—¡Pero sí que estamos bien! —exclamó Jude con disgusto—. May, no sé quién, te habrás creído que soy. Pero te aseguro que no

voy por ahí...

—Shhh... —lo interrumpió ella corriendo a la lumbre a por la cafetera para servir otras dos tazas de café mientras se abría la puerta.

Los minutos siguientes fueron muy bulliciosos Las tres hermanas se saludaron y abrazaron. January y March estaban encantadas de haberle dado una sor presa.

¿Sorpresa? Habían estado a punto de darle un ata que al corazón. Max y Will habían saludado a su amigo, pero aún faltaba presentarle a Jude a sus hermanas, que se mostraron bastante confusas y extraña das por su presencia allí.

—Jude y yo hemos cenado juntos, y él ha seguido con su campaña para convencerme de que le vendamos la granja —explicó May a sus dos futuros cuña dos ignorando deliberadamente la mirada escruta dora de Max y la expresión confusa de Will.

La última vez que May había hablado con ellos había dejado muy clara su opinión acerca de Jude Marshall. Pero ahí estaba, tan contenta, cenando con él.

—Sí, Jude es muy persuasivo —reconoció Max.

—Mucho —confirmó Will.

Pero May les dio la espalda resuelta haciendo caso omiso de su extrañeza y continuó:

—January, March, éste es Jude Marshall.

—Jude —saludó January estrechándole la mano cauta.

—¿Has comprobado que May no echara ningún veneno lento en la cena? —repuso March en dirección a Jude con su habitual rudeza, mirándolo con una son risa maliciosa.

Jude se había puesto de pie para las presentaciones. Era más alto que Will y que Max.

—Tú debes ser March —murmuró Jude—. He oído hablar mucho de vosotras dos. En cuanto a lo del veneno, creo que May y yo hemos hecho una tregua —añadió girándose hacia May y sonriendo de un modo muy particular, teñido de admiración e intimidad.

May abrió los ojos inmensamente y frunció el ceño. ¿Qué diablos tramaba Jude? Fuera lo que fuera, no le gustaba.

—Estupendo —comentó Will.

March asintió y se sentó a su lado.

—Sí, me alegro de que el padrino y la dama de honor se lleven bien y no se peguen durante la boda —convino March contenta.

—¿Padrino? —repitió Jude.

—¿Dama de honor? —dijo May casi al mismo tiempo.

—No os sorprendáis tanto —rió January, radiante de felicidad.

January estaba mucho más feliz que antes de marcharse de vacaciones con Max tras el episodio del asaltador. Y May se alegraba mucho por ella.

—¿Y a quién creéis, si no, que íbamos a pedirles que fueran el padrino y la dama de honor? —pregunté March tomando las manos de May entre las suyas—

Hemos pensado celebrar una boda doble en Semaru

Santa. Será divertido.

—Sí, mucho —confirmó May.

La idea de compartir un momento de felicidad fa miliar como ése con Jude no le hacía gracia, pero se alegraba por sus dos hermanas. Además, al fin y al cabo, no podía ser de otro modo. Jude era el mejor amigo de Max y de Will.

—Será un honor, ¿verdad, May? —contestó Jude por ambos, lanzándole de nuevo una mirada son riente e íntima.

Pero May no confiaba nada en aquella sonrisa después del chantaje que le había hecho Jude. Aun que de momento se conformara con cenar con ella.

Jude lo estaba pasando en grande. January y March eran exactamente tal y como las habían descrito Max y Will: guapas, encantadoras, decididas y maliciosas. Exactamente igual que May. Además resultaba de lo más divertido observar a’ dos buenos amigos, los solterones empedernidos, tan enamora dos.

Pero sobre todo Jude disfrutaba viendo a May des concertada. La inesperada llegada de sus hermanas había supuesto para ella un verdadero temblor de tierra. O, al menos, a sus ojos. Porque Jude estaba casi convencido de que los demás no se daban cuenta de lo que le ocurría a May.

May seguía suponiendo que él era el culpable de la inesperada vuelta de sus hermanas, y ése era un pequeño problema que aún quedaba por resolver. Porque él podía ser muchas cosas, pero respetaba la decisión de May. Puede que no estuviera de acuerdo, pero sabía que May no quería que ellas supieran que estaba sola.

—Entonces, ¿qué os ha traído tan repentinamente aquí a los cuatro? —preguntó Jude fingiendo naturalidad.

—¿Lo dices porque la encantadora May no parecía muy dispuesta a confesar que se había quedado sola —preguntó March lanzándole a su hermana mayor una mirada de reproche en broma.

Jude miró a March admirado y con respeto. Era evidente que las

tres hermanas eran inteligentes además de guapas. En realidad en ningún momento le había dudado; ninguna mujer que n fuera excepcional habría llamado la atención de Will o de Max. Las tres hermanas Calendar eran excepcionales.

May pareció inquietarse ante el reproche, y se apresuró a contestar:

—No tenía ninguna razón en absoluto para contaros...

—Claro que la tenías —la interrumpió January con preocupación, agarrando a May del brazo—. Tú sola no puedes hacer todo el trabajo de la granja. Y en cuanto a tu pregunta, Jude... —añadió January volviéndose hacia él sonriente—. Will telefoneó a Max al móvil para darle la noticia de su compromiso con, March, y entonces descubrió que nosotros seguíamos aún en el Caribe.

Jude se giró hacia May para lanzarle una mirada significativa, recibiendo a cambio un gesto helado. May era decididamente la mujer más obstinada...

—Así que decidimos volver de inmediato, natural mente —continuó January—. Nos reunimos los cuatro en Londres, y desde allí...

—Y aquí estamos —la interrumpió March—. Una gran familia feliz —añadió desafiante en dirección Jude.

Le gustaba la excesiva franqueza de March, si forma de hablar tan directa y sus miradas desafiantes, que no le costaba nada sostener y devolver.

—Hemos traído champán para celebrarlo —añadió Will alzando dos botellas.

—March, ¿quieres ayudarme a sacar las copas? —pidió May.

Jude no tenía hermanos, así que sus dos mejores amigos, Max y Will, eran casi como de la familia para él. Por eso disfrutó tanto durante aquella hora y media de celebración en que brindaron a propósito de todo y de todos: por las dos nuevas parejas, por el pa drino, por la dama de honor... Aunque eso último no parecía hacerle demasiada gracia a May.

—Míralo por el lado positivo, May —bromeó Jude agarrándola de la cintura y aprovechándose de la situación sin ninguna vergüenza—. Al ir juntos los dos nos ahorraremos el trabajo de buscar quien nos acompañe a la boda.

May lo miró enfadada, tratando de soltarse, mientras él se reía.

—No creo que eso sea un problema para ti, Jude.

—No, en realidad estaba pensando en ti —contestó Jude sin dejar de sonreír.

May se ruborizó y lo miró con ojos de fuego. Parecía dispuesta a decirle exactamente lo que pensaba de él. Y lo habría hecho, de no haber intervenido January en la conversación:

—Tienes que ver nuestros anillos de compromiso, May. Enséñaselo, March —añadió alargando la maño.

Los anillos eran casi idénticos: una esmeralda rodeada de diamantes más pequeños.

—Y ninguna de las dos había visto el de la otra hasta que nos encontramos, ayer —añadió March son riente.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —preguntó Max en dirección a Jude aprovechando que las tres hermanas habían formado un pequeño grupo.

—Sabías que iba a venir —contestó Jude sin dejar de observarlas a las tres.

—Pero no a esta casa —intervino Will uniéndose a la conversación—. Cuenta, ¿sacó May el rifle nada más verte aparecer?

—Lo habría hecho de no haber estado dormida. Es indomable —reconoció Jude.

—¿May, indomable? —preguntó Max escéptico, frunciendo el ceño.

—Sí, May —confirmó Jude extrañado.

May y él no habían dejado de discutir desde el primer momento nada más verse, o al menos esa sensación le daba a él. O discutían, o se besaban...

—No, March es indomable —aseguró Will contento—. May siempre ha sido la más razonable de las tres.

—En eso estoy de acuerdo —confirmó Max, el más serio de los tres—: May siempre ha sido la más fácil de tratar.

—No creo que estemos hablando de la misma mujer —negó Jude sacudiendo la cabeza—. May no ha sido más que una...

Jude se calló bruscamente. Las tres hermanas se habían callado, y de pronto su voz era la única que se oía en la cocina.

—¿Decías? —preguntó March frunciendo el ceño con malicia.

Jude se sintió incómodo. Una cosa era hacerles una confidencia a sus amigos, y otra muy distinta que todos, incluso la propia interesada, la oyera. May, evidentemente, disfrutaba al verlo en un apuro. Torcía la boca medio riendo, sus ojos brillaban.

—¿Jude?—preguntó May fingiendo inocencia.

—May... —comenzó a decir Jude asintiendo y sin echarse atrás —. Tú sabes que desde que llegué no siempre nos hemos mirado

frente a frente... al mismo nivel...

—Habría sido difícil, teniendo en cuenta que eres bastante más alto que yo —contestó May con naturalidad, provocando las risas de sus hermanas.

Era exactamente lo que ella pretendía, reconoció Jude. Relajar la tensión, sacarlo del atolladero en el que él mismo se había metido.

—Brindemos otra vez —propuso January—. ¡ Por una preciosa boda!

—¿Por una preciosa boda! —repitieron los demás.

Jude golpeó la copa contra la de May dirigiéndole una sonrisa. Ella no parecía tan contenta. Segura mente porque tendría que ser su pareja durante la ceremonia. ¿Qué le habría parecido que llevara a April en su lugar?

Capítulo 8

NO DEBERÍAMOS seguir reteniéndote aquí, Jude —afirmó May minutos más tarde, deseando que se marchara y expresándolo abierta mente a pesar de resultar descortés—. Todos sabemos que eres un hombre muy ocupado, y sin duda Max y Will se quedarán aquí a pasar la noche...

Jude la miró con una expresión desafiante durante largos segundos, dispuesto a contestar. Luego pare ció cambiar de opinión y se relajó, respondiendo en cambio:

—Sí, tengo un par de cosas que hacer nada más volver al hotel.

May apostaba a que tenía algo que hacer: hablar con April Robine. Y probablemente no sólo hablar.

—Entonces no te retenemos más —añadió May con dulce sarcasmo.

Ambos se miraron. Y se desafiaron. Era como si no hubiera nadie más en la cocina.

—¿Por qué no vamos los cuatro a ver a Ginny y a los gemelos mientras ellos se despiden? —propuso January dejando la copa sobre la mesa y mirando a los otros tres expectante.

—¿Ginny y los gemelos? —repitió Mar dejando la copa y levantándose.

May sonrió y asintió en su dirección.

—Es un asunto femenino —repuso Jude—. Ya os veré mañana a los dos.

Will y Max siguieron a sus novias y salieron de la cocina, dejando a Jude y a May solos. Era exacta mente lo que May se temía. Al mismo tiempo, sin embargo, era necesario. Necesitaba asegurarse de que él no mencionaría a April Robine delante de sus hermanas.

—Lo sé, lo sé —se adelantó Jude alzando una mano antes de que ella pudiera decir nada—. No debo mencionar a David Melton ni a April Robine, y tampoco debo decir nada de la película a tus hermanas, ¿correcto?

—Correcto —sonrió May sin ganas, poniéndose seria inmediatamente—. Es sólo que... no quiero...

May se calló y sacudió la cabeza. No podía explicar nada. A nadie. Y menos aún a él. May sólo sabía que la situación se había complicado de repente con la llegada de sus hermanas. Tanto, que hubiera preferido huir y esconderse hasta que todo hubiera pasado. Pero no podía hacerlo.

Jude dio un paso adelante acercándose mucho a ella, mirándola con preocupación y alzando una mano para acariciar su mejilla.

—¿No has oído nunca decir que contar los problemas puede servir de alivio?

May hizo un ruido extraño, una mezcla de lamento y risa.

—Este problema no —aseguró en voz baja—. Son tan felices los cuatro, ¿verdad?

Jude dejó de acariciarla y tiró de su barbilla hacia arriba para que lo mirara a los ojos, diciendo:

—Pero tú no. May, no hablaba en serio antes cuando he dicho que eras una...

—¿Una cruz? —preguntó May terminando la frase por él.

—Bueno, algo así iba a decir —contestó él volviendo a acariciarla.

—Sí, claro que hablabas en serio —rió May gozando de aquellas caricias, incapaz de detenerlo, al tiempo que deseaba que dejara de hacerlo—. Además, sé que lo he sido. Sólo quería... Quizá, después de todo, lo mejor para todos sea venderte la granja —añadió sus pirando vacilante.

—No lo dirás en serio —negó él frunciendo el ceño.

—Eh, eras tú el que quería comprarla, ¿recuerdas? Ya no sabía qué quería o qué era lo mejor. Para nadie. Pero lo que menos esperaba era que Jude pusiera pegas.

—Sí, eso quería. La verdad, no sé en qué estaba pensando —confesó Jude con cierto disgusto.

May lo miró inquisitiva; Aquella noche, en compañía de sus dos mejores amigos, él le había parecido diferente. Había dejado de ser el hombre de negocios de sangre fría que tanto le gustaba aparentar.

—¿Sabes Jude? Quizá no seas...

—Cuidado, May —advirtió él.

—Iba a decir que quizá no seas el hombre duro de negocios que yo creía.

—No lo creas —repuso Jude en tono de advertencia—. Esta noche estaba entre amigos...

— decir que mañana por la noche volverás a ser el hombre de negocios de siempre? —bromeó ella.

—Bueno, yo no diría tanto —rió él.

Ni ella tampoco. Ninguno de los dos parecía capaz de estar en la misma habitación que el otro sin besarse o tocarse, cosa que para May resultaba inquietante después de haberse propuesto mantener

las distancias.

Jude, sin embargo, no estaba en ese momento a gran distancia, al contrario. Para su gusto, estaba demasiado cerca. Acariciaba su rostro y lo sujetaba con ambas manos mirándola a los ojos.

Se estaba enamorando de él, comprendió entonces May repentinamente, alzando la cabeza. ¿Cómo era posible que ocurriera algo así? Con todo lo que es taba sucediendo en esos momentos, ¿cómo diablos había podido enamorarse de un hombre como Jude Marshall?

—¿Qué ocurre? —preguntó él preocupado—. Te has puesto pálida otra vez.

¿Pálida? Gracias a Dios no se había desmayado después de semejante descubrimiento. May fingió que no le pasaba nada y se apartó de él, diciendo:

—Estoy cansada. Creo que.., que deberías marcharte —añadió apartando la vista de él y observando cómo Jude dejaba caer las manos a los lados.

Antes de que perdiera la razón. Si no la había perdido ya... Enamorarse de Jude Marshall, el amante de su madre, no era precisamente muy sensato. Comenzaba a ponerse histérica, comprendió, De un momento a otro se pondría a balbucear frases sin sentido. O peor aún, a llorar.

—Además, April debe estar esperándote en el hotel—añadió May con un gesto de desagrado.

Jude frunció el ceño. Se daba cuenta de que ella había hecho el comentario desagradable a propósito. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Toda su vida parecía pender de un hilo al comprender que estaba enamorada de él.

May había soñado muchas veces con el amor, pero siempre soñaba que se enamoraba de alguien que la correspondía, de una persona tierna y cariñosa que la amaría el resto de su vida y a la cual ella correspondería. Pero Jude Marshall no era una persona fácil de amar, era intocable. Y era el íntimo amigo de una mujer a la que despreciaba.

Jude observó a May fruncir el ceño. Por su rostro, generalmente inocente, cruzaron multitud de emociones a demasiada velocidad como para analizarlas. Además ella se había mostrado deliberadamente impertinente con él acerca de su amistad con April, de eso no le cabía ninguna duda.

April... Si May no le daba una respuesta, acudiría a ella. Merecía la pena, se dijo Jude.

—Sí, seguro que me espera —confirmó Jude negándose a discutir de nuevo, cosa a la que ella parecía más que dispuesta—. Reservaré mesa en cualquier sitio para mañana y vendré a buscarte a las siete y media, ¿de acuerdo, May? Cuando decido pedirle a una chica que venga conmigo a cenar, siempre voy a re cogerla a su casa —añadió Jude con determinación antes de que ella pudiera protestar.

—No recuerdo que me pidieras nada.

Sí, May estaba ansiosa por volver a discutir. Pero no lo iba a conseguir. Al menos con él.

—Vendré a buscarte a las siete y media —repitió Jude decidido.

—¿Para evitar así que nos vean en tu hotel? —insistió May suspicaz.

Jude respiró hondo antes de contestar:

—No necesito ocultarme de nadie, May.

De un momento a otro perdería el control, dejaría de comportarse con prudencia y volvería a besarla. Cosa que, sin duda, acabaría en otra pelea.

—Tu padre debería haberte dado unos cuantos azotes cuando eras niña —comentó él de mal humor.

—Mi padre no creía en los castigos físicos —afirmó ella—. Para ninguna de sus hijas.

—¿No? ¡Pues menuda tarea les dejó a vuestros futuros maridos! —sonrió Jude.

—Max y Will no se han quejado.

—Aún —la corrigió Jude.

—Ni lo harán — May resuelta—. January y March son las dos encantadoras. no crees que tu punto de vista es algo subjetivo?

—¿Y el tuyo?, ¿no estás molesto porque tus dos mejores amigos se casan rompiendo así vuestra habitual camaradería?

Jude respiró hondo. Pero no porque estuviera enfadado o indignado, sino porque en parte sabía que ella tenía razón.

Max, Will y él habían sido amigos durante años, habían compartido risas y trabajo. Y resultaba inquietante darse cuenta de que, con los recientes compromisos de los dos, esa época se había acabado. No le hacía ninguna gracia que May se lo recordara.

—¿Y no crees que se podría decir lo mismo de ti, teniendo en cuenta lo unida que estás a tus hermanas?—preguntó Jude.

Antes de terminar de decirlo, Jude se arrepintió de sus palabras. May se puso pálida, lo cual significaba que había dado en el clavo.

—Así no vamos a ninguna parte, May —añadió Jude

apartándose de ella impaciente—. No sé adónde quieres llegar con esta conversación, pero me niego a seguir con este juego. ¿De acuerdo?

Había estado a punto de perder el control, cosa que raramente le ocurría. Tal y como May había adivinado desde el principio, apenas hablaba nunca de sí mismo. Sobre todo acerca de sentimientos. Y la ira siempre los sacaba a relucir. May Calendar, sin embargo, era capaz de atravesar esa barrera que él mismo se había impuesto sobre sus sentimientos sin el menor esfuerzo.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, Jude —contestó May acercándose a la ventana de la cocina—. Ya vuelven, así que...

—Así que es hora de que me marche —terminó él la frase por ella—. May, podrías ser un poco más amable conmigo, teniendo en cuenta el favor que te hago... no mencionando a David ni a April —añadió a modo de explicación al ver que ella fruncía el ceño.

—Me temo que me cuesta ser amable contigo... igual que a ti te cuesta serlo conmigo —señaló May—. Y ahora, si no te importa, tengo que hacer las camas para mis invitados...

—Tú...

—¿Aun sigues aquí, Jude? —se burló March, la primera en entrar en la cocina—. Creíamos que te habrías marchado.

—En ese caso os equivocabais, ¿no? —contestó Jude irritado—. Max, ¿te importa acompañarme al coche?

—Claro —respondió su amigo siguiéndolo.

Le costaría trabajo acostumbrarse a la nueva situación, comprendió Jude de camino al coche. Max siempre había sido el más solitario de los tres, jamás había permitido que ninguna mujer se le acercara demasiado. Pero evidentemente eso había cambiado. Y tampoco era de extrañar que Will estuviera loco por March.

—Son las tres increíbles, ¿verdad? —comento Max como si le leyera el pensamiento.

Aunque quizá no le leyera todo el pensamiento, con un poco de suerte. Porque Jude acababa de llegar a la conclusión de que si no tenía cuidado, acabaría tan loco por May Calendar como sus amigos por sus hermanas.

¿Cómo diablos podía haber sucedido algo así?, ¿y cuándo? Más aún, ¿por qué? Lo último que necesitaba, lo último que deseaba era enamorarse. Y menos aún enamorarse de una mujer tan quisquillosa como May.

—¿Jude? —lo llamó Max preocupado.

Jude alzó la cabeza y despertó de su estupor, comprendiendo

que su amigo seguía esperando una res puesta.

—Sí, lo son —reconoció Jude—. Pero no te he pedido que me acompañaras para hablar de ellas.

—¿No? Pues May y tú parecíais llevaros muy bien antes de llegar nosotros.

—No empieces —advirtió Jude.

Max y Will eran probablemente dos de las personas que mejor lo conocían, y Jude no quería que sospecharan cuánto le interesaba May.

—Quiero comprarle la granja, no creo que me con venga ser antipático con ella —se defendió Jude.

—Eso no te ha impedido serlo con otras personas otras veces —comentó Max.

—No, pero... —Jude se echó a reír, no lo pudo evitar—. Tienes razón, pero May ha estado pasándolo muy mal aquí sola, a cargo de la granja. Me daba pena —añadió encogiéndose de hombros.

Max abrió inmensamente los ojos, incrédulo ante semejante confesión. Y no era de extrañar, Jude jamás había sentido lástima por nadie con quien mantuviera tratos. Aunque mejor que pensara eso a que adivinara lo confuso que estaba. Jude ni siquiera sabía lo que sentía.

—Y no es que ella me lo vaya a agradecer... ¡esa mujer tiene más espinas que un erizo! —exclamó Jude.

—Bueno —rió Max—, y si no era para hablar de ellas, ¿por qué me has pedido que te acompañara al coche?

—Te acuerdas de April, ¿verdad? —preguntó Jude cauto.

—Claro —asintió Max—. ¿Qué tal te va con ella?

—Está aquí —lo interrumpió Jude—. En el hotel. No, no está conmigo —añadió impaciente al ver la expresión especulativa de Max—. Tenía cosas que hacer aquí, así que vinimos juntos, pero eso es todo. ¿Por qué diablos me miras así?

—Así, ¿cómo? —preguntó Max inocentemente.

—Bueno, no importa —contestó Jude—. El caso es que May le ha tomado cierta manía de repente y... ¡Otra vez me miras así!

—April es una mujer encantadora... —dijo Max en cogiéndose de hombros.

—Eso no tiene nada que ver. Creo que el rechazo de May es incluso anterior a que se conocieran —explicó Jude suspirando.

—¡Vaya¡ —murmuró Max—. ¡Qué interesante!

—Interesante o no, lo único que te pido es que no menciones a April mientras estés aquí. Y no preguntes —añadió suspirando de

nuevo ante la creciente confusión de Max—. Aún tengo que averiguar la causa de ese rechazo, pero ya te lo contaré cuando me entere, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Max volviendo a encogerse de hombros—. Saluda a April de mi parte —añadió mientras Jude subía al coche.

—Descuida —asintió Jude marchándose.

Esperaba que Max no sospechara por qué tenía tanta prisa por marcharse: por huir de May y del caos de sus propios sentimientos...

Capítulo 9

QUIERO saber exactamente qué le dijiste a Jude anoche —afirmó May.

—Buenos días, May —respondió April Robine perfectamente serena, sentándose frente a ella en el salón del hotel.

May continuo con su gesto de mal humor. No había ido al hotel para darle los buenos días a esa mujer. De hecho habría preferido no ir, pero dado que tenía que cenar con Jude esa noche necesitaba averiguar qué sabía él.

—Está lloviendo —contestó May sin hacer caso—. Te repetiré la pregunta: ¿qué le contaste anoche a Jude?

—¿Sabes May? Eras mucho más educada a los cinco años.

May se ruborizó. April había conseguido avergonzarla. A su pesar. Las tres hermanas habían sido siempre muy educadas. Pero desde la llegada de Jude Marshall y April Robine todo parecía haber cambiado.

—Pedí café en cuanto me informaron de que me esperabas en el vestíbulo. Gracias —añadió April en dirección a la camarera con la bandeja del café—. Es pero que no te importe —continuó mientras servía el café.

—Adelante —accedió May—. Yo ya he tomado café, gracias.

—No te pasa nada por tomar otro conmigo, ¿sabes, May? —dijo April lanzándole una mirada profunda con sus brillantes ojos verdes.

May se estremeció ligeramente al observar el gesto. Tenía que reconocer, aunque con desagrado, que era un gesto familiar. Ella lo hacía a menudo. De hecho, aparte de la longitud del cabello y de la edad, la similitud entre ambas mujeres era muy notable. Al menos para ella. Tanto, que le sorprendía que David o Jude no se hubieran dado cuenta. En realidad era sólo cuestión de tiempo...

—Esa es tu opinión —contestó May—. Yo sólo quiero saber...

—Qué le dije a Jude anoche —la interrumpió April terminando la frase por ella—. Y mi respuesta es: ¿por qué iba a decirle nada a Jude anoche o cualquier otro día?

El asunto estaba resultando más difícil de lo que May había supuesto. Habría preferido no ir al hotel a hablar con aquella mujer, pero no tenía elección. Jude se mostraba excesivamente arrogante para su gusto, y cuando se enterara del lazo que la unía a April, la situación se tornaría insoportable.

—Porque Jude sabe que algo ocurre,— aunque no sepa qué. O,

al menos, no sabía nada hasta anoche... —añadió May significativamente.

April sirvió café y leche en la segunda taza, dejándola en la mesa delante de May.

—Imagino que sigues tomando las bebidas calientes sin azúcar, ¿no? —preguntó April.

Sí, así era. Pero resultaba inquietante que aquella mujer recordara las suficientes cosas acerca de ella como para...

—Señorita Robine...

—April —la interrumpió la actriz tensa—. Si no puedes llamarme de otro modo, al menos llámame April —afirmó resuelta mirando a May.

¿A qué otro modo de llamarla se refería? Sin duda era imposible que pretendiera que la llamara madre.

—April —repitió May tensa—. No quiero café, ni he venido aquí a hacer gala de mi cortesía. Sólo quiero...

—Saber qué le dije a Jude anoche —repitió hastiada la actriz—. No he vuelto a ver a Jude desde ayer en la granja, así que no comprendo por qué crees que le he dicho nada.

May abrió los ojos inmensamente. ¿Sería cierto?, ¿decía Jude la verdad cuando aseguraba que no mantenía ninguna relación íntima con la actriz? Si era cierto, resultaba increíble. Y los dos lo negaban... Pero, ¿qué podía importar eso? La sola amistad de Jude con aquella mujer bastaba para poner en peligro la armonía de toda su familia.

Sin embargo May no podía negar que la noticia la reconfortaba. Y no porque creyera que tenía algún futuro con Jude, sino simplemente porque saber que es taba enamorada del amante de su madre resultaba in soportable.

—¿Es que ha ocurrido algo, May?, ¿has discutido con Jude...? —preguntó April.

—Jude y yo no hemos hecho más que discutir desde el momento en que nos conocimos. De hecho estábamos enfadados antes de conocernos —contestó May seria.

—Explícame eso, por favor —rogó April confusa.

May suspiró. ¿Qué importaba que April supiera lo de la granja? No era asunto suyo, pero en el fondo daba igual. El único interés de April en la granja, si es que alguna vez en la vida lo había tenido, tenía que haberse desvanecido mucho tiempo atrás.

—Jude quiere comprar la granja —dijo May encogiéndose de hombros.

—¿Para qué? —preguntó April sorprendida.

—La razón da igual, la granja no está en venta.

—Pero...

—No está en venta —repitió May con firmeza, mirándola intensamente como había hecho antes April.

Ambas se escrutaron durante algunos segundos. Después April suspiró desorientada y añadió:

—Bien, Jude quiere comprar la granja y tú no quieres vender. ¿Tratas de decirme que ésa es la única relación entre vosotros dos?

—Por supuesto que ésa es la única relación entre los dos —aseguró May impaciente—. ¿Te parece que soy el tipo de mujer por el que Jude Marshall podría interesarse?

April se reclinó sobre el asiento mirando a May muy pensativa.

——¿Y por qué no iba Jude a interesarse por ti? —preguntó al fin April—. Eres guapa, inteligente, una actriz de talento según David. ¿Por qué no iba Jude a interesarse por ti?

—No importa.

—Pero. .

—Mi único interés en lo que respecta a Jude es saber si tú les has explicado.., la relación que nos une

—la interrumpió May cortante.

—No le he contado nada. Absolutamente nada —repitió April tensa—. Y supongo que tú preferirás que siga sin contarle nada, ¿no?

—Definitivamente —aseguró May—. Y tampoco quiero que vuelvas a la granja —añadió May con dureza.

—Me odias, ¿verdad? —preguntó la actriz con ojos nublados por el dolor.

—Lo que yo sienta no tiene importancia —contestó May impaciente—. January y March volvieron ayer a casa inesperadamente, y...

—¿January y March están aquí? —repitió April abriendo inmensamente los ojos, con el rostro iluminado.

—Estás muerta, ¿recuerdas? —contestó May de mal humor.

April se estremeció, se puso pálida.

—Te encanta recordármelo, ¿verdad? —dijo al fin la actriz tapándose la boca.

May se sintió culpable por un momento, pero en seguida se justificó recordando cómo aquella mujer había abandonado a su marido y a sus hijas. Al fin y al cabo no podía esperar que ninguna de ellas quisiera verla.

—Te equivocas, la situación no me gusta en absoluto. Sencillamente es un hecho —aseguró May con énfasis, encogiéndose de hombros—. Tú...

—¿De dónde os explicaba tu padre que salía el dinero? —preguntó April interrumpiéndola, frunciendo el ceño—. ¿Qué os dijo?, ¿que lo mandaba una tía rica de América?

May la observó largamente, abrió el bolso y sacó un cheque, diciendo:

—Esta mañana he llamado al banco antes de venir. Quería devolverte esto.

La mano de April tembló al recoger el cheque, y más aún al ver la cifra.

—Está todo —añadió May—. Incluyendo los intereses.

Las lágrimas resbalaron por el rostro de April, que alzó la vista hacia ella y dijo:

—No gastó nada. Ni un solo penique.

Al morir su padre May se había llevado una tremenda sorpresa. El banco le había informado de que su padre tenía tres cuentas: una que utilizaba a diario, y en la que apenas había dinero, una segunda con unos cuantos cientos de libras ahorradas trabajosa mente, y una tercera con una suma desorbitada. El di rector del banco le había informado que alguien mandaba dinero a esa tercera cuenta todos los meses desde hacía más de veinte años, y esa única pista le había servido a May para deducir de quién se trataba.

—Así es, no gastó nada —confirmó May—. ¿De ver dad creías que lo usaría?

—Esperaba... esperaba que sí —contestó April tragando—. Yo quería que vosotras tuvierais cosas, cosas bonitas...

—¿Por qué? —preguntó May echándose a reír sin ganas—. ¿De verdad crees que esas cosas bonitas podían resarcimos por no tener madre? —añadió sacudiendo la cabeza incrédula—. Me alegro de que mi padre no gastara un solo penique, me habría decepcionado que lo hiciera.

En la cuenta había una fortuna, la vida de toda la familia podría haber sido mucho más fácil. Pero May comprendía la razón por la que su padre no había querido tocar nada. Ella tampoco había querido tocar ese dinero desde la muerte de su padre.

—Eres igual que él... —comentó April con voz ronca, sacudiendo la cabeza—. Físicamente te pareces a mí, pero eres igual que tu padre...

—Me enorgullezco de ello —contestó May con satisfacción y

cierto malestar al mismo tiempo.

Aquella mujer la consideraba idéntica a su padre, al hombre con el que había sido incapaz de permanecer casada hasta el punto de abandonar a sus hijas por escapar de él. Pero su padre había sido un buen hombre, un hombre decente. Incapaz en muchas ocasiones de demostrar su amor, quizá, pero bueno. Y ninguna de sus hijas había dudado jamás de su cariño, como May no había dudado jamás de que su padre había amado a su esposa hasta la muerte...

—Yo también, lo creas o no —contestó April emocionada—. ¿January y March son también como él?, ¿son...?

—Me niego a hablar de ellas contigo —la interrumpió May con frialdad.

—¡ Vaya, buenos días, señoras! —una voz familiar interrumpió a May—. ¿Otra charla entre mujeres?

May alzó la vista enfadada y suspicaz, preguntándose qué había oído Jude de la conversación. El le devolvió la mirada con indiferencia. Al menos April había tenido la delicadeza de guardar el cheque en el bolso, observó May.

—Esta mañana he llamado a la granja, pero ni January ni March sabían dónde estabas —informó Jude sentándose con ellas sin ser invitado.

May lo observó impotente, con la sensación, una vez más, de que la situación se le escapaba de las manos...

Jude observó a May durante varios segundos, pero apenas dedujo nada de su expresión. Era casi tan hábil como él ocultando sus sentimientos. Se había elevado una sorpresa al salir del ascensor y ver a ambas mujeres charlando. Estaban serias. Al principio no había querido interrumpir, pero después había pensado que era una buena ocasión para observarlas a las dos al mismo tiempo.

—¿Y por qué me buscabas? —preguntó May con voz ronca, como si le costara hablar, pero al mismo tiempo cortante.

Jude se apoyó tranquilamente en el respaldo de la silla con expresión inescrutable y contestó:

—No te buscaba, quería hablar con Max. Pero March debió creer que era contigo con quien quería hablar, porque me explicó que ni ella ni January sabían dónde estabas antes de que tuviera tiempo de decir nada.

—Bueno, la próxima vez tendré que pedirles que sean más... circunspectas.

Jude esbozó un gesto tenso a su pesar, revelando su desagrado. Era exactamente lo que quería May, pero no pudo evitarlo. Aquella

mujer era…

—¿Max? —repitió April contenta—. ¿Max está aquí?

—Sí —afirmó Jude—. Se ha prometido en matrimonio con una de las hermanas de May.

—¡ Qué maravilla! —exclamó April feliz, con ojos brillantes—. ¿Con quién, con March o con January?

—Con January —contestó May escueta—. Aunque no comprendo qué puede importarte eso a ti.

—Bueno, no, claro, pero… —April se volvió hacia Jude sonriente y añadió—: Me alegro mucho por Max.

La reacción de May ante el hecho de que April conociera a Max lo intrigaba…

—Tendríamos que ponernos de acuerdo para cenar todos juntos alguna noche… —asintió Jude.

—¡No¡ —negó May enérgicamente, cerrando los ojos y poniéndose pálida como si se arrepintiera de su protesta.

—No me refería a esta noche —explicó Jude mirándola inquisitivamente con un gesto burlón.

—Lo sé —contestó May con indiferencia—, pero seguro que la señorita Robine está demasiado ocupada como para cenar con nosotros —añadió mirando a April significativamente.

April le devolvió la mirada en una guerra silenciosa que duró varios segundos. Ninguna de las dos parecía consciente de la presencia de Jude, que aprovechó la oportunidad para observarlas.

Ambas mujeres eran encantadoras, tanto por su aspecto como por su carácter. Jude no podía creer que no se gustaran la una a la otra. Aunque en realidad a April sí parecía gustarle May, era May la que demostraba un profundo rechazo. ¿Qué podía tener en contra de April?

Jude se fijó en ambas mujeres y se quedó helado. La expresión resuelta de ambas era idéntica. De hecho, aparte de los veinte años de diferencia, el parecido entre ambas era asombroso… ¿Qué…?

Jude frunció el ceño escrutando detalladamente ambos rostros. Las dos tenían los cabellos de ébano, el cutis cremoso, los ojos verdes de mirada profunda, los labios generosos, la barbilla decidida y desafiante, la silueta esbelta y curva…

De no haber sido por la diferencia de edad, ambas mujeres podrían haber sido hermanas. Pero eso era imposible, así que… No, imposible…

Capítulo 10

LO SABES, ¿verdad? —preguntó May sin atreverse a mirar a Jude.

May temía aquel encuentro desde esa mañana cuando, tras apartar la vista de April, se había girado hacia Jude y había visto su expresión. El las había observado a ambas sorprendido, como si de pronto se hubiera dado cuenta. O como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Sólo que May sabía que sí lo creía, porque Jude había adoptado repentinamente de nuevo una actitud indescifrable.

Tras esa reacción atónita, sin embargo, Jude había continuado charlando con las dos amistosamente. No tenía intención de ir a ninguna parte, era evidente. Había sido May quien se había despedido de los dos, comprendiendo que no podía hacer ya nada. De hecho, si sus sospechas eran ciertas, probablemente aquella visita al hotel sólo hubiera empeorado las cosas.

May había salido del hotel y se había dedicado a las tareas de la granja durante el resto del día. Cien veces había descolgado el teléfono dispuesta a cance lar la cita de aquella noche, y otras cien había vuelto a colgar comprendiendo que lo único que conseguiría sería retrasar lo inevitable. Además, siempre cabía la posibilidad de que Jude hubiera interrogado a April tras marcharse ella...

La expresión de Jude era indescifrable al llegar a la granja a las siete y media a recogerla. Iba vestido impecablemente, con camisa gris y corbata. Max y Will lo habían observado sorprendidos mientras preparaban la cena con March y January, pero ninguno de los dos había comentado nada.

Aquella noche May había elegido la ropa cuidadosamente. No quería dar la sensación de que se trataba de una cita en regla porque no lo era, pero tampoco quería ir mal vestida. Llevaba un vestido largo y ajustado verde oscuro y una chaqueta negra. Al llegar al restaurante francés, sin embargo, vaciló. Sabía que era un lugar exclusivo, pero jamás había cenado allí. Quizá no fuera lo suficientemente ele gante.

Jude había estado charlando amable y educada— mente durante el trayecto y hasta el momento de sentarse a la mesa. Incluso le había consultado la elección del vino para acompañar a la cena. Pero May sabía que eso no servía sino para retrasar lo inevitable. Tras pedir la cena y beber el primer sorbo de vino, May comprendió que no podía seguir en silencio.

—Jude... —lo llamó May al no responder él—. ¿Has hablado

con... con April ésta mañana después de marcharme yo?

—Pues claro que he hablado con April esta mañana después de marcharte tú, no soy un maleducado —contestó él—. ¿Qué te parece el vino?, ¿es lo suficientemente seco?

—Está bien —contestó ella sin darle importancia, impaciente—. ¿Quieres, por favor, dejar de evitar el tema? —cerró' los ojos antes de mirarlo fijamente y continuar—: Lo sabes, ¿verdad, Jude?

Jude se puso serio, se inclinó hacia delante y dejó la copa de vino sobre la mesa antes de contestar:

—Yo... ¡Maldita sea, May!, ¿cómo es posible? Eres... April es...

—¿Si? —preguntó May sintiendo casi lástima por él.

—Aunque tú no me lo hubieras dicho, Max y Will sí me lo dijeron. Los dos, por separado. Me contaron que tus padres habían muerto.

—Y así es —confirmó May.

—Los dos sabemos que eso no es verdad —negó Jude sacudiendo la cabeza—. May, mis ojos no me engañaban esta mañana cuando...

—Yo jamás he dicho que estuvieras mal de la vista

—aseguró May.

—Entonces los dos sabemos que April es tu ma...

—Ella perdió el derecho a serlo hace veintidós años cuando abandonó a su marido y a sus hijas —lo interrumpió May.

—Así que es cierto —concluyó Jude más atónito aún, como si antes no hubiera sido del todo capaz de creerlo.

May tomó la copa de vino y dio un sorbo, concediéndole unos minutos para hacerse a la idea y, al mismo tiempo, reunir ella coraje. La conversación resultaba más traumática de lo que había esperado.

—¿No se lo preguntaste a April? —preguntó May sorprendida.

—j Por supuesto que no se lo pregunté a April! —Exclamó Jude dando un trago de vino—. Ya te lo he dicho, no somos tan amigos como para hacernos ese tipo de preguntas tan personales.

—¿Y nosotros dos sí? —siguió preguntando May, sonriendo incrédula.

—No he sido yo quien ha sacado el tema, May. Has sido tú.

—Era imposible cenar y pasar la velada juntos sin mencionarlo —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Cierto, ninguno de los dos se habría sentido cómodo —asintió Jude—. Pero dudo que yo lo hubiera mencionado, de no haber dicho nada tú. Estoy hecho un completo lío, no entiendo nada, May.

Y ya te habrás dado cuenta de que es una sensación que no me gusta nada.

—Sí —admitió May sonriendo.

—¿Saben January y March que su madre sigue viva?

—No —negó May poniéndose seria—, y no quiero que lo sepan.

Por eso necesitaba su cooperación, aunque no es taba segura de que Jude quisiera concedérsela. May continuó:

—¿Cómo crees que se sentirían si se enteraran de la verdad?, ¿cómo te sentirías tú?

—Pero no se trata de mí, May. Ni de ti, en realidad...

—Por supuesto que se trata de...

—No —negó Jude sacudiendo la cabeza con firmeza—. Si no me equivoco, tú siempre has sabido que tu madre seguía viva. Son January y March las que viven en la ignorancia. Quizá estuviera bien hacer las cosas así entonces, no lo sé, pero, ¿de verdad crees que tienes derecho a seguir ocultándoselo ahora que April está a escasos kilómetros de distancia?

May reprimió una respuesta cortante al ver que llegaba el camarero. Luego, cuando se marchó, los dos siguieron callados.

May jamás había dudado que hacía lo mejor. Sabía que era lo más fácil para todos, pero sobre todo para su padre. Él no hubiera soportado que sus hijas preguntaran continuamente por su madre, y sin duda eso habrían hecho ellas de saber que seguía viva y que era una famosa actriz. Sin embargo las últimas semanas, desde que David Melton le había ofrecido un papel en la película, habían sido muy tensas. Y no resultaba nada agradable que Jude pronunciara en voz alta y clara la pregunta que ella misma había estado haciéndose durante todo ese tiempo, desde que April apareció en escena... Sobre todo por el hecho de que la hiciera Jude...

Jude observó el rostro de May, por el que cruzaban multitud de emociones, y comprendió que había dado en el clavo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? May había confirmado lo que él sólo había sospechado esa misma mañana, pero una vez convencido tenía que hacer el papel de abogado del diablo. Aun que con ello sólo consiguiera que May lo detestara aún más. Si es que eso era posible...

—Rechazaste el papel en esa película por ella, ¿verdad? —comprendió de pronto Jude—. Tratabas de evitar que ocurriera lo que de hecho está ocurriendo.

—¿Te extraña? —preguntó a su vez May.

May estaba dolida, era evidente. Jude no deseaba otra cosa que

tomarla en sus brazos y asegurarle que todo iría bien, que todo se solucionaría. Pero ni es taba seguro de ello, ni ella lo creería. ¿Cómo explicarle a dos mujeres de veinticinco y veintiséis años que su madre estaba viva después de haberla creído muerta? Más aún, ¿cómo podía May evitar que April les dijera la verdad? Si es que hacía falta decirla después de verla...

Jude comprendió de pronto que era a April a quien May le había recordado nada más conocerla. A pesar de las enormes diferencias entre ambas en su forma de vestir, Jude había sentido un estremecimiento nada más ver a May el primer día en la granja. Sólo que hasta ese momento no se había dado cuenta del parecido...

—No me extraña, y no soy yo quien va a echarte nada en cara, May —afirmó Jude—. Es con January y con March con quienes tendrás que enfrentarte.

Jude deseó no haberlo dicho nada más terminar de pronunciar las palabras. May se puso pálida, sus ojos reflejaron un profundo dolor. Jude alargó una mano para reconfortarla, pero no se atrevió a tocarla. May lo miraba con ira, estaba tan tensa que parecía a punto de estallar.

—Debería haber imaginado que adoptarías esa actitud —comentó ella de mal humor, aferrándose a la servilleta—. Es muy fácil sentarse a juzgar a los de más cuando eres hijo único y tus padres están pendientes de ti. No tienes ni idea de... de lo que supuso el abandono de April para nosotros. ¡Ni idea! —aseguró May reprimiendo las lágrimas, decidida a no perder el control.

Ese era, exactamente, el problema de May. Siempre había ejercido de hermana mayor. Aunque sólo fuera un año mayor. Siempre se había ocupado de todos los problemas de la familia. Pero, ¿quién se ocupaba de ella?

—Es demasiada carga para ti sola, May...

—¿Y quién va a ayudarme? —lo interrumpió ella—. ¿Tú? No lo creo.

Jude no quiso responder de mal humor. May es taba tremendamente afectada por mucho que lo negara, debía estar preguntándose si hacía bien al guardar silencio y ocultarle la verdad a sus hermanas.

—Yo te ayudaría si pudiera, si tú me dejaras... y es evidente que no —añadió Jude antes de que ella pudiera protestar—, pero en realidad estaba pensando en April...

—¡Vamos por favor¡ —exclamo May— April es la última persona de la que aceptaría ayuda!

Una vez más Jude se reprimió para no contestar de mal humor. No habría servido de nada. May es taba demasiado nerviosa, y por otro lado estaban en un restaurante. Las mesas estaban bastante separa— das unas de otras, pero unas cuantas personas habían vuelto la vista hacia ellos al levantar la voz. Aquél no era el lugar más indicado para esa conversación.

—Cenemos —sugirió Jude en voz baja, recogiendo el tenedor—. Todo se ve siempre de un modo más positivo con el estómago lleno.

May se quedó mirándolo unos segundos, observó a la gente a su alrededor y obedeció. Pero no comió demasiado, y menos aún habló. Jude, por otro lado, tuvo mucho cuidado de no sacar a relucir ningún tema de conversación que pudiera alterarla aún más. La cena no fue precisamente un éxito, reconoció Jude. May no quiso postre, en lugar de ello pidió sólo café.

—May...

—No quiero seguir discutiendo de ese tema con tigo, Jude —advirtió ella interrumpiéndolo.

Se parecía tanto a April, comprendió Jude. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes?

Pero, ¿qué importaba el momento? Por fin se había dado cuenta, ése era el problema...

¿Qué habría hecho May de no advertir él el parecido?, ¿habría persuadido a April de que se marchara? Jude tenía el presentimiento de que April ya no estaba dispuesta a marcharse sin más y seguir como hasta ese momento. Aquella mañana el rostro de April se había iluminado al mencionar a January y March. Y era evidente que, después de conocer a May, April quería conocer también a sus otras dos hijas. Sólo que May se negaba. Jude respiró hondo y añadió:

—Te guste o no, May, tendrás que discutir ese tema con alguien.

—¿Por qué?

—Porque sí, May. April no va a desaparecer sólo porque tú lo desees...

—¿Y por qué no? —siguió preguntando ella.

—Estás haciéndolo otra vez, May. Contestas a una pregunta con otra pregunta. Pero por mucho que quieras, May, no puedes huir...

—¡ Yo no huyo! —exclamó ella defendiéndose acaloradamente.

—Pues a mí sí me lo parece.

—¿En serio? Bueno, pues te equivocas. ¡Te equivocas por completo !—aseguró May arrojando la servilleta sobre la mesa y poniéndose de pie—. Me voy a casa...

—Pero yo te traje aquí —protestó Jude.

—Tomaré un taxi —dijo ella recogiendo el bolso y saliendo del restaurante sin mirar atrás.

Jude la observó lleno de frustración, consciente de que otros comensales los miraban con curiosidad. No le importaba lo que pensaran, sólo le importaba May.

Aunque no quería que le importara. No quería preocuparse por ninguna mujer como se preocupaba por May Calendar. Ella había calado profundamente en él. Y no podía seguir negándolo. Lo había calado hondo, no había vuelta atrás.

Pero, ¿adónde lo llevaba eso? A perseguir a May. A seguirla y salir del restaurante, cosa que, tras pagar, Jude se apresuró a hacer.

Capítulo 11

POR QUÉ jamás encontraba un taxi cuando hacía falta?, se preguntó May emocionada mientras las lágrimas le nublaban la vista. Debería haberse imaginado que Jude no iba a ayudarla. Debe ría haberse figurado que se pondría del lado de April. ¿En qué había estado pensando al ocurrírsele apelar a su bondad? Jude Marshall era incapaz de ninguna bondad, sólo la había invitado a cenar con la intención de comprarle la granja.

—Sube al coche —ordenó Jude a través de la ventanilla abierta, deteniéndose a su lado.

—Prefiero ir andando a subir al coche contigo

—contestó ella enjugándose las lágrimas.

Jude salió del coche resuelto y se acercó para agarrarla de los brazos y mirarla a la cara.

—¿Es que acaso queréis las tres que os maten? Primero January se ve envuelta en un asalto, y ahora a ti no se te ocurre otra cosa que volver a casa caminando. Sola, a las once de la noche, y por carreteras desiertas en las que podría haber un asaltante escondido detrás de cada arbusto.

—¿Un asaltante escondido detrás de cada arbusto?

—repitió May—. ¿Dónde crees que estás? Esto no es Londres, no es una gran ciudad. Es sólo una pequeña ciudad de provincias al norte de Inglaterra...

En donde semanas antes había habido un asaltante nocturno... Pero había sido arrestado, se dijo May. ¿Cuántas posibilidades había de que surgiera un segundo asaltante?

—Encontraré un taxi por el camino —aseguró May.

—Sube al coche, May —ordenó Jude por segunda vez apretando los labios.

No la estaba amenazando, simplemente estaba enfadado. Sus ojos plateados brillaban mientras le abría la puerta del copiloto. Ella alzó la vista llena de frustración.

—Estás exagerando, Jude...

—¿Exagerando? —repitió él a punto de estallar—. ¡Acabas de dejarme plantado en medio del restaurante...!

—Íbamos por el café, Jude.

—May, de momento ésta no ha sido la mejor noche de mi vida, así que no estoy dispuesto a volver al hotel para pasarme dos horas preocupado por ti.

Ella alzó la vista y lo miró llena de frustración, comprendiendo

que Jude era capaz de seguirla durante todo el camino si no obedecía. Y, para eso, me jor ir en coche…

—Está bien —accedió May al fin—. Pero no quiero seguir hablando de April Robine.

—Pero May, ¿de verdad crees, dada tu situación, que puedes imponer condiciones?

La puerta del coche estaba abierta. Jude era mucho más alto y fuerte que ella. Podía perfectamente empujarla y obligarla a entrar. Y, sin embargo, May estaba convencida de que no se atrevería a hacerlo…

—O accedes a no mencionar a April Robine, o no subo al coche —afirmó May con cabezonería.

—Está bien —suspiró él frustrado—. Sube, ¿quieres?

May lo miró pensativa antes de subir. Estaba decidida a no pronunciar palabra a menos que fuera absolutamente necesario. Aquella noche habían hablado ya demasiado.

Por suerte Jude no pareció tampoco inclinado a hablar durante el trayecto. Sólo condujo en silencio, pero la tensión era tan evidente entre ambos, que el camino se le hizo muy largo.

¿Pero qué otra cosa podía esperar Jude? Había metido las narices donde no debía. Cierto, él simple mente se había dado cuenta de que April Robine era su madre, pero aun así se había atrevido a entrar en terreno pantanoso. El problema sólo les incumbía a ellas cuatro, y a nadie más. Era un asunto familiar.

—Gracias —dijo May nada más parar él frente a la granja.

Jude apagó el motor y se giró en el asiento para mirarla.

— ¡Qué educada, May! Pero dime, ¿por qué me das las gracias exactamente?, ¿por la cena?, ¿por la compañía? Porque, que yo sepa, no has disfrutado ni de la una, ni de la otra.

—No importa, gracias de todos modos —insistió May distante, abriendo la puerta y saliendo del coche.

En lugar de dirigirse directamente a la casa, cuyas luces seguían encendidas, May caminó hacia el establo y encendió la luz. Sus hermanas y sus novios no se habían acostado aún, y no tenía ganas de enfrentarse a ellos. Sobre todo porque era muy probable que sintieran curiosidad y le hicieran preguntas a propósito de Jude y de la velada.

Pero la velada había sido un desastre de principio a fin, reconoció May. dejándose caer sobre un montón de heno y enterrando la cara entre las manos.

¿Qué podía hacer?, ¿qué hacer cuando, a pesar de habérselo

rogado, April volviera a la granja y le revelara su identidad a January y a March? April podía presentarse en cualquier momento. Y si finalmente lo hacía, ¿qué pensarían sus hermanas de ella después de tantos años de silencio?

—May...

May alzó la vista al oír la voz de Jude. No sabía que él la hubiera seguido hasta el establo, creía que se había marchado.

—¿Qué quieres? —preguntó ella exigente, enjugándose las lágrimas.

—¿Por qué no has entrado en casa?

—¿Tú qué crees?

—Antes, cuando te dije que ya era hora de que alguien te echara una mano, hablaba en serio —respondió Jude acercándose y sentándose sobre el heno a su lado—. Aquí estoy. Si me dejas que te ayude, claro.

May lo miró inquisitivamente. ¿Qué quería decir exactamente con eso? Fuera lo que fuera, May sabía que no podía aceptar el ofrecimiento. Tenía que enfrentarse a la situación ella sola, tal y como lo había hecho desde la muerte de su padre.

—Quizá sí tengas un modo de ayudarme, Jude.

—¿Si?]

—Compra la granja. Inmediatamente —afirmó May irguiéndose.

Jude se reclinó hacia atrás atónito y repitió:

—¿Comprar la granja? Pero...

—De inmediato —repitió ella cada vez más convencida—. January y March pueden casarse en Londres, donde viven Will y Max, y...

—¿Y tú? —la interrumpió Jude—. ¿Qué vas a hacer tú?, ¿aceptar la oferta de David Melton?

—¡Claro que no! —negó May impaciente—, eso echaría a perder por completo mi objetivo de...

—De escapar de April cuanto antes —concluyó Jude con disgusto, girándose para agarrar a May de los brazos.—. May, ¿es que no has escuchado nada de lo que te he dicho?, ¿es que no te das cuenta de que no serviría de nada que te comprara la granja en esas condiciones?, ¿no comprendes que alejaros tú y tus hermanas de aquí no resuelve nada? April está aquí, es real. Y nada de lo que digas o hagas va a cambiarlo.

—Cuando April se dé cuenta de que hablaba en se rió, se marchará. Volverá a América y...

—¿Y qué es exactamente lo que le has dicho?, ¿por qué crees

que va a marcharse? —preguntó Jude.

—La verdad, que January y March creen que está muerta...

—Hoy he visto el rostro de April, May —la interrumpió Jude insistente—. April desea ver a January y a March. Quiere ver a las mujeres en las que se han convertido igual que te ha visto a ti...

—¡ No tiene derecho! —gritó May nerviosa, poniéndose de pie bruscamente y soltándose de él.

—Es evidente que ella cree que sí. Escucha, May, no puedo imaginar lo que ocurrió aquí hace veinte años, pero...

—Ella nos abandonó, salió de nuestras vidas cuando no éramos más que bebés —afirmó May—. Yo, al menos, no necesito saber más.

—Pero también abandonó a vuestro padre, May —contestó Jude en voz baja.

—Y eso casi lo mató —reconoció May—. Lo sé muy bien, porque yo vivía con él. Jamás volvió a casarse, ¿sabes...?

—Ni April tampoco —señaló Jude.

—No me interesa lo que ella hiciera, ¿es que no lo comprendes? Todo esto es culpa tuya, Jude —lo acusó May volviéndose hacia él —. Nada de esto habría ocurrido si tú no hubieras venido aquí con esa mujer...

May se calló bruscamente al tirar Jude de ella y estrecharla en sus brazos inclinando la cabeza para besarla.

Al principio, durante los primeros segundos, May trató de resistirse, pero después le devolvió el beso con toda la fuerza de las emociones que la embarga ron. En aquel momento nada importaba excepto la fiera pasión que ardía entre ellos. May le devolvió beso por beso, caricia por caricia. Sus manos sintieron la calidez de la piel desnuda de él al quitarle primero la chaqueta y luego la camisa.

La boca de Jude era cálida contra la nuca de May, sus dientes le mordisquearon el lóbulo de la oreja y lamieron y besaron después el cuello, quitándole la chaqueta y desabrochándole lentamente el vestido por la espalda. El heno estaba caliente y suave al tumbarse ambos sobre él. Jude se inclinó sobre ella besándole la boca.

May gimió de placer al sentir la mano de Jude abrazar su pecho por encima de la seda del sujetador. Tenía el pezón hinchado y tenso, Jude no dejaba de saborear su boca. Deseaba a aquel hombre, lo deseaba con ardor. Todo él.

May arqueó instintivamente la espalda cuando él besó primero un pecho y luego el otro. Su lengua lamió los pezones suavemente, produciendo en ella un placer incontrolable que la poseyó por

entero mientras él bajaba una mano por el estómago hasta el borde de las braguitas.

May enredó convulsivamente los dedos en los cabellos negros de Jude reteniéndolo a su lado, deseando que no parara, deseando que aquel placer no acabara nunca. Y comenzó a sentir un calor ardiente en lo más profundo de su ser, un fuego que invadía todo su cuerpo ante sensaciones desconocidas para ella hasta ese momento, un fuego que la hacía arquearse y caer, caer, caer...

—Tranquila, May —dijo de pronto Jude estrechándola con fuerza contra su cuerpo tenso—. Tranquila—repitió él al sentir los espasmos que convulsionaban todo el cuerpo de May.

De pronto May volvió bruscamente a la realidad, dándose cuenta de lo· que había ocurrido, de lo que había permitido que ocurriera entre los dos. No, no estaba bien. No podía tranquilizarse. ¿Cómo hacerlo cuando estaba profundamente enamorada de aquel hombre?

Jude sintió que May se apartaba emocional y mentalmente de él a pesar de seguir estrechamente abrazados. No había deseado que ocurriera aquello, no era su intención... En ningún momento se había pro puesto que ocurriera nada de eso, pero sentía cómo May volvía a alzar las barreras que los separaban incluso más altas aún que antes, tras comprobar cómo él se las había saltado.

No había sido su intención hacerlo. ¿Cómo iba él a saberlo? Jamás había pensado que...

La respuesta de May, la suya incluso, había sido toda una revelación para él. Lo ocurrido sobrepasaba cualquier otra experiencia que hubiera tenido. Incluso en ese instante, mientras sentía que ella se alejaba de él, Jude seguía deseándola. Y no sólo en un sentido físico...

_Suéltame, Jude —rogó ella con frialdad.

Él respiró hondo pero no hizo ningún movimiento para apartarse.

—May...

—He dicho que me sueltes.

Su voz había sonado a hielo. May no trató de empujarlo, pero estaba inerte en sus brazos. No hacía falta que lo empujara. Jude sabía que se había marchado, que por cerca que estuviera no quedaba nada de ella a su lado.

Y estaban tan cerca... Sus cuerpos desnudos se guían entrelazados. Jude podía sentirla en toda su longitud, de la cabeza a los pies. Sus cabellos de seda negros le acariciaban el rostro. Pero

en realidad ella estaba a kilómetros de distancia.

Y no hubiera debido ser así. Lo que acababan de compartir, sus respuestas desinhibidas eran algo que debían seguir explorando, no algo que debieran negar. Y May lo estaba negando.

Ella se sentó y se colocó el vestido apartando la cara deliberadamente de él y de la luz.

—May, no pienso dejar esto así —aseguró Jude re suelto poniéndose la camisa y abrochándosela con dedos ligeramente trémulos.

—¿Dejar qué así, Jude? —preguntó ella algo más serena—. Nos hemos divertido un poco en el heno, eso es todo...

—¡No, no es todo, maldita sea! —gritó él furioso, con ojos brillantes de emoción, mirándola—. Ahora mismo... lo que ha ocurrido entre nosotros... —Jude respiró hondo y eligió las palabras cuidadosamente—. No es algo habitual, May.

—¿Dices que el deseo sexual no es habitual? —repitió ella en tono burlón, poniéndose de pie y alejándose de él—. Tienes paja en el pelo.

—Y tú —contestó él con impaciencia, poniéndose de pie también y acercándose—. May, eso no era sólo deseo sexual...

—Por supuesto que sí —insistió ella—. Cierto, hemos llegado demasiado lejos, pero probablemente se debe a que los dos estábamos ya bastante nerviosos...

—¡Basta, May! —gritó Jude tomándola de los hombros y sujetándola—. No puedo decir que esta revelación me haga más feliz que a ti, pero.

—¿Relación? —repitió ella con ojos chispeantes, mirándolo sin parpadear—. Por lo que a mí se refiere, la única revelación de esta noche ha sido descubrir que no soy tan inmune a la atracción física como yo creía. Lo tendré en cuenta la próxima vez —añadió encogiéndose de hombros.

Jude la miró a los ojos frunciendo el ceño, bus cando algo, una señal, quizá, en su rostro. Pero no encontró más que indiferencia y una expresión indescifrable. Jude dejó caer las manos.

—¿Es eso todo lo que ha sido para ti, atracción física?

— qué otra cosa iba a ser? —preguntó ella a su vez—. Nos hemos atraído el uno al otro de una u. otra forma desde que nos conocemos, y esta noche simplemente ha ocurrido. Es natural —añadió sacudiendo la cabeza con una sonrisa burlona—. Mejor eso que pegarnos, supongo.

Jude la observó lleno de frustración. ¿De verdad creía lo que

decía, o estaba tan perturbada por la reacción de ambos como él y había decidido quitarle importancia antes que enfrentarse a la realidad? Por que por lo que sabía de May, Jude no podía creer que ella hubiera actuado de esa forma tan inconsciente con ningún otro hombre antes. ¿O se trataba simple mente de que quería creerlo?

Pero, ¿por qué diablos iba a querer creer algo así? Jude había mantenido relaciones con muchas mujeres durante su vida, pero jamás había esperado que ninguna de ellas fuera virgen, de modo que, ¿por qué imaginaba que May sí lo era?, ¿por qué deseaba que lo fuera?

Simplemente porque así era. Esa era la única res puesta que podía darse en ese momento. La única res puesta que era capaz de aceptar de momento. Porque, por mucho que no quisiera admitirlo, estaba más perturbado ante su reacción y la de May de lo que quería admitir. Necesitaba salir de allí, alejarse de May y tratar de esclarecer qué significaba todo aquello.

—Quizá debieras entrar en casa —sugirió Jude agachándose para recoger su chaqueta y sacudiéndola antes de ponérsela—. Seguro que tus hermanas han visto el coche, se estarán preguntando qué hacemos.

Max, Will y las dos hermanas de May habían mostrado curiosidad por el hecho de que ellos salieran juntos esa noche, pero ni él ni May les habían explicado nada. Sin embargo Jude no sabía cuánto tiempo podría seguir así, sin dar explicaciones. May asintió y contestó:

—Sí, pero preferiría que no entraras conmigo.

—No pensaba hacerlo —admitió él secamente alzando una mano.

May se apartó bruscamente de él.

—Sólo iba a quitarte una paja del pelo.

—Ah —respondió May ruborizándose—, lo siento—musitó sin mirarlo.

Jude se concentró en quitarle todas las pautas del pelo. Sabía que al menor signo por parte de May, al más mínimo síntoma de que ella se ablandaba, la estrecharía en sus brazos de nuevo y esa vez no la dejaría marchar. Pero ella pareció darse cuenta, por que se apartó de él nada más terminar de quitarle la paja del cabello. Se dio la vuelta y recogió su chaqueta.

Jude no podía dejarla marchar así. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Seguía sin saber qué sentía, qué ocurría entre May y él. Sólo sabía que algo ocurría. Y era algo que no deseaba en su vida. Pero,

¿adónde lo llevaba eso? A ninguna parte.

Y no era eso lo que deseaba con May, él deseaba... ¿qué deseaba? La deseaba a ella, y al mismo tiempo quería apartarse de ella. Pero mientras no comprendiera sus sentimientos no tenía más re medio que dejarla marchar. Aunque eso significara que ella alzaría las barreras aún más alto la próxima vez que se vieran. Aun así, se dijo Jude. Quizá incluso fuera lo mejor para los dos. De ese modo él se ría incapaz de atravesarlas. Nunca.

—Te acompañaré al coche —dijo ella dirigiéndose a la puerta.

—¿Para estar segura de que me marcho?

—Dudo que nadie pueda obligarte a hacer algo que no quieras —contestó ella encogiéndose de hombros.

Aquella mujer sí habría podido, comprendió Jude alarmado. Incluso en ese momento sólo deseaba estrecharla en sus brazos y besarla hasta que ambos perdieran el sentido. Otra vez...

—No es cierto —confirmó Jude bruscamente.

Le costaba alejarse de ella, marcharse de allí. Y por eso, precisamente, debía hacerlo. Cuanto antes.

—¿Te importa decirle a Max que lo llamaré por teléfono mañana? —rogó Jude.

—Se lo diré —asintió ella.

—Gracias —contestó Jude subiendo al coche y alzando una mano en señal de despedida.

No debía volver la vista atrás, se dijo Jude resuelto. Aquella mujer no era para él más que un problema. Jude desvió la vista hacia el retrovisor como si el espejo fuera un imán. May seguía de pie exacta mente donde la había dejado. La luz de la luna destacaba su silueta y la palidez de su rostro en contraste con el pelo negro. ¿Era ésa su Némesis...?

Siempre había hecho lo que había querido, siempre había ido a donde se le había antojado, disfrutando de relaciones sin importancia con mujeres que se le habían ofrecido. Pero la idea de no estar con May, la idea de no volver a verla hacía pedazos su vida estrictamente calculada para divertirse sin compromisos. La cuestión era: ¿qué hacer?

Capítulo 12

ERA JUDE —le informó Max nada más volver al establo donde May recolectaba los huevos.

—¿Si? —preguntó May fingiendo indiferencia mientras su corazón comenzaba a galopar

Al avisarle March de que tenía una llamada telefónica, May se había imaginado que sería Jude. No sabía, sin embargo, para qué lo llamaba, y estaba muy tensa ya antes de volver Max.

May alzó la vista hacia Max y observó que él fruncía el ceño.

—¿Esta todo bien?

—Sí —confirmó Max—. Jude tiene que marcharse unos días, eso es todo.

¿Tenía que marcharse unos días, o simplemente quería hacerlo? El corazón de May amenazó con salírsele del pecho. Ni siquiera sabía si era porque se sentía aliviada o porque estaba desesperada. Tras lo ocurrido la noche anterior, May deseaba en parte no volver a ver a Jude. Por otro lado, sin embargo, ansiaba verlo. Porque lo amaba con todo su corazón.

Cada vez que recordaba la noche anterior, en sus brazos, cada vez que recordaba lo que habían compartido, May sentía que el corazón se le encogía. ¿Cómo volver a enfrentarse a él sin recordarlo?

Ninguno de los dos podría hacerlo, era evidente. Quizá por eso necesitara aquel respiro, para poder mirarlo de nuevo a la cara... si es que volvía a verlo. El hecho de que Jude se marchara tan precipitada mente demostraba que él también estaba ansioso por evitar el encuentro. —

Pero, desgraciadamente, también significaba que él no iba a aceptar su oferta de comprar la granja de inmediato... Y eso implicaba que seguía teniendo el mismo problema: evitar que April Robine se presentara allí y le contara la verdad a January y a March.

—Eh... ¿sabes si Jude se va solo, o se va la señorita Robine con él? —preguntó May esbozando una son risa amable.

Max la miró inquisitivo. May le devolvió la mi rada con indiferencia. O, al menos, eso esperaba ella. A lo largo de las últimas semanas May había llegado a conocer bastante bien a Max. Era un hombre terriblemente reservado y muy inteligente. January le había contado que él estaba haciendo un gran esfuerzo por ponerse en contacto de nuevo con su madre. Ella los había

abandonado a él y a su marido cuando Max era muy pequeño, y Max tenía la intención de reanudar la relación con ella. El día anterior, al contárselo January, May no había sabido si echarse a reír o a llorar. Era exactamente la misma situación en la que se encontraba ella.

—No se lo he preguntado —contestó al fin Max—. ¿Es importante?

—No, claro que no —respondió May con indiferencia, con excesiva indiferencia, quizá—. Espero que no te enfades con January, pero ayer me contó que estás tratando de ponerte en contacto con tu madre, porque quieres invitarla a la boda —comentó May cambiando deliberadamente de tema.

—Sí, lo estoy pensando —confirmó Max—. Enamorarme de January y sentir que ella me corresponde me ha servido para ver las cosas de otro modo.

—Sí, lo comprendo —sonrió May.

—Me he dado cuenta de que no todo es blanco o negro, de que lo que ocurrió hace treinta años, visto además a través de los ojos de un niño, no debió ocurrir necesariamente como creía.

May lo observó con frustración. Nada de lo que é] decía le servía para explicar su situación con April en ese momento. ¿Sería cierto que era todo tan sencillo?, se preguntó May. ¿Era posible perdonar, si no olvidar?

—¿Qué ocurre, May? Has estado… preocupada desde que llegamos a la granja —explicó Max—. No eres la de siempre.

—¿Y cómo crees que soy en realidad?

—Eres serena, decidida, equilibrada. Eres capaz de ver las cosas claramente en situaciones difíciles en las que otros no pueden.

May sabía, igual que Max, que había dejado de ser todas esas cosas. De momento. A causa de Jude. Y a causa de April Robine. A causa de aquella complicada situación.

—Jude me ha contado que por fin has accedido a venderle la granja —continuó Max después de una pausa.

May se ruborizó. Por supuesto, no había ninguna razón por la que Jude no pudiera mencionarle a Max su oferta de venta. Al fin y al cabo Max seguía siendo el abogado de Jude. Sólo que…

—Pues no debería haberlo hecho —respondió May—. Ni siquiera he tenido oportunidad de hablar con January y con March…

—Eso no importa —sacudió Max la cabeza—. May, Jude no va a aceptar la oferta.

May se quedó inmóvil, confusa.

—¿En serio?

—Sí, no va a aceptarla —confirmó Max.

_¿Por qué? Era lo que quería, por eso vino aquí. ¿Qué demonios...?

—La razón por la que me ha llamado era para pedirme que presente al Consejo local el segundo plano de Will, el que no incluye esta granja, para someterlo a su aprobación —explicó Max.

May sabía muy bien que Will, como arquitecto de Jude, había proyectado dos planos distintos para el club de campo y balneario que pretendían construir en Hanworth Estate. Uno de esos planos incluía los terrenos de la granja, y el otro no. La cuestión era: ¿por qué Jude había elegido el segundo?

—No comprendo —dijo May sacudiendo la cabeza.

—Pues... yo tampoco —sonrió Max.

May soltó una carcajada al oír la confesión.

—Bueno, eso es ser sincero —comentó May—. Aun que no me sirve de ayuda.

—No, si pretendes seriamente venderle la granja —contestó Max serio—. Además, January y March se conformarán con lo que tú decidas, puedes estar segura. Después de todo es a ti a quien más le va a afectar.

Sí. así era, y, dadas las circunstancias, May había decidido que lo mejor era vender. El problema era que Jude ya no parecía interesado en comprar. May frunció el ceño y tomó una decisión rápidamente.

—Max, ¿sabes si Jude se ha ido ya, o está aún en el hotel?

Max pareció sorprenderse por la pregunta, pero finalmente se encogió de hombros y contestó:

—No creo que me llamara desde el móvil, así que supongo que aún sigue en el hotel... May, ¿adónde vas? —añadió gritando al verla correr a la puerta del establo.

—Al hotel, claro —contestó ella dándose la vuelta brevemente.

—Pero...

—Max, ¿te ha dicho Jude cuándo piensa volver?

—No.

—Entonces no se sabe, ¿no? En ese caso quiero hablar con él antes de que se marche —continuó May.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Max.

May se quedó pensativa. Nada le hubiera gustado más que sentir que alguien la apoyaba, pero última mente, cada vez que hablaba

con Jude, terminaban mencionando a April Robine, y May no tenía intención dé hablar de ella delante de Max.

—Gracias, pero no —sonrió May agradecida—. Puedo arreglármelas sola.

— Jude parecía... un poco tenso esta mañana —advirtió Max.

Pero May prefería ver a Jude Marshall tenso que amable y seductor como la noche anterior.

—Sí, seguro —asintió May con confianza—. Si no te importa seguir recogiendo huevos, claro.

—En absoluto —contestó Max con una sonrisa—. Es tos dos últimos días han sido como una lección de orgullo para mí. No sabía que los granjeros trabajaran tanto.

May se echó a reír y salió del establo, pero su son risa se borró mientras se dirigía al coche. Estaba firmemente decidida. Si se tomaba más tiempo para pensare quizá la montaña decidiera no ir a Mahoma al final.

Jude se detuvo bruscamente al salir del ascensor. No esperaba en absoluto volver a ver a May. Ella lo había visto y se dirigía hacia él con paso decidido, cruzando el vestíbulo.

A pesar de lo temprano dé la hora, unas cuantas cabezas se giraron hacia ella. Incluida la de la recepcionista. No era de extrañar. May venía directamente de la granja, llevaba un abrigo viejo, vaqueros y botas de goma, e iba cubierta de barro de arriba abajo. Estaba poniendo perdido el impecable suelo blanco del hotel.

En otras circunstancias la situación podría haber resultado divertida, pero después del encuentro de la noche anterior Jude no tenía ningunas ganas de volver a verla. No había dormido nada la noche anterior, había caminado de un lado a otro por la habitación durante horas, tratando de asimilar lo ocurrido y de poner en claro sus ideas, pero finalmente había te nido que aceptar que la situación se le había ido de las manos. Al amanecer, Jude había comprendido que no iba a conseguir nada, así que había decidido seguir adelante y hacer caso a su primer instinto, alejándose de May. Alejarse de ella, de la situación, y esperar que de ese modo todo cobrara sentido. Volver a ver a May antes de marcharse no entraba en sus planes.

— Jude la miró de mal humor al pararse ante él. Sus ojos verdes resaltaban en medio de la palidez de su rostro, unos ojos del mismo verde profundo que los de April... Jude apretó los labios recordando la inflexibilidad de May para con ella y preguntó:

—¿Qué quieres? Estás poniendo el suelo perdido.

May parpadeó, miró inmediatamente para abajo y abrió los ojos sorprendida, como si se diera cuenta en ese momento.

—No importa —contestó ella alzando la barbilla desafiante hacia él—, seguro que te cobran la limpieza con creces.

—Sí, sin duda —reconoció Jude—. Y bien, ¿qué puedo hacer por ti, May?

—Max me ha dicho que le has pedido que someta el segundo de los planos al Consejo local, el que no incluye la granja —respondió May directa.

Jude respiró hondo y maldijo en silencio a Max. Esperaba estar muy lejos para cuando May lo des cubriera. Aunque, por otro lado, prefería conocer la razón que había llevado a May al hotel. No porque hubiera creído en ningún momento que ella había cambiado de opinión con respecto a sus sentimientos... Bueno, en realidad, por un segundo, sí lo había esperado. Había concebido la esperanza de que quizá ella reconociera que sentía por él algo más que una mera atracción física. Pero, aunque así fuera, ¿qué?, se preguntó Jude. No, ella no había cambiado de opinión, su único interés por él era la granja.

—Pues no tenía ningún derecho a decírtelo...

—Tú le contaste primero que yo te había hecho una oferta de venta —lo interrumpió May acalorada.

Podían seguir así toda la mañana, comprendió Jude hastiado. Que él supiera, May jamás se había echado atrás o había cedido una sola vez.

—¿Y?

Jude se mostraba deliberadamente obtuso. Aquella mujer no le había causado más que pesar desde el momento de conocerla, y la noche en blanco lo había puesto de mal humor. Ella se ruborizó y contestó enfadada:

—Que yo te había dicho que te vendería la granja.

—Sí, inmediatamente —asintió Jude.

—¿Y bien? —exigió May impaciente.

—Creo recordar que te dije que ya no me interesa —contestó Jude con calma.

—Eso no es más que una cabezonería —dijo ella con ojos brillantes.

—¿Te parece? —inquirió él arqueando las cejas.

—Sí, me parece. Yo no...

—May, ¿podríamos ir a sentarnos a alguna parte? —la interrumpió él—. Aquí de pie estamos estorbando, la gente nos mira

—explicó al ver que a ella le moles taba la sugerencia.

A Jude le daba igual quién los mirara, pero tenía el presentimiento de que a May le importaría más adelante, cuando lo pensara bien. May miró a su alrededor impaciente, dirigiéndole un gesto de mal humor a la recepcionista que los observaba descaradamente.

—Me da exactamente igual que nos miren.

—Pero a mí no —negó Jude agarrándola del brazo y haciéndola girar en dirección al salón vacío a su izquierda—. Siéntate —ordenó al llegar y ver que ella no se movía.

—Voy a poner la silla perdida —respondió ella—. Jude, te estás poniendo cabezota sólo porque...

—Sin duda también me la cobrarán en la cuenta —dijo él interrumpiéndola—. He dicho que te sientes, May —insistió apretando los dientes—. Y piénsalo de tenidamente antes de terminar la frase que habías comenzado —añadió serio mientras ella se dejaba caer sobre el sillón.

—Porque yo me he negado a escucharte en relación a April... —terminó May al fin la frase con cierta con fusión al verlo tan serio.

Ah, April... Jude hizo una mueca. Había estado a punto de cometer un error. Por supuesto que May no había pretendido en ningún momento referirse a lo ocurrido la noche anterior...

—Sí, es cierto, creo que, en ese asunto te muestras poco razonable —asintió Jude sentándose frente a ella—, pero eso no tiene nada que ver con mi decisión con respecto a la granja. Yo no funciono así, May.

—¿No? —preguntó ella desafiante—. Pues yo creo que sí. Tú único propósito al venir aquí era comprar la granja, y ahora que te la ofrezco dices que no la quieres —continuó May sacudiendo la cabeza—. No tiene ningún sentido, a menos que...

—Te he dicho que yo no funciono así, May —insistió él serio.

—Pero hace un mes querías la granja al precio que fuera...

Hasta tal punto la quería, que había mandado a Max a Inglaterra con el solo propósito de comprarla. Sólo que en lugar de ello Max se había enamorado de la más pequeña de las Calendar. Luego había llegado Will para hacer el proyecto, y también se había ena morado de otra de las hermanas. Así que, por fin, Jude se había presentado allí en persona para averiguar qué diablos ocurría, sólo que...

—Pero ya no —repitió él—. Escucha, May... ¿qué demonios?

Jude se calló, soltó la exclamación y se quedó atónito mirando en dirección al vestíbulo. Parecía como si el hecho de haber

pensado en ellos los hubiera con jurado porque de pronto veía a Max, Will, January y March entrando en el hotel con el mismo desastroso aspecto que May.

—¿Te has traído la delegación completa? —preguntó Jude poniéndose de pie lentamente.

Un simple vistazo a May le reveló, por la súbita palidez de su rostro, que aquella inesperada visita era lo último que ella deseaba. Y Jude sabía perfecta mente por que...de April... Jude apretó los labios recordando la inflexibilidad de May para con ella y preguntó:

Capítulo 13

QUÉ DIABLOS estaban haciendo todos allí?, se preguntó May. ¿Qué podía hacer? Porque April Robine seguía en el hotel, y podía bajar a recepción en cualquier momento. May se volvió desesperada hacia Jude. Después de lo ocurrido la noche anterior él era la última persona a la que podía pedirle un favor, pero también era la única persona que podía ayudarla.

—¡Has algo! —exclamó May antes de que los otros cuatro los vieran en el salón.

Estaban hablando con la recepcionista, probable mente preguntándole por Jude. Jude alzó las cejas y la miró.

—¿Cómo qué?

—No sé —contestó ella desesperada—. Son tus amigos, busca el modo de librarte de ellos.

—Son tus hermanas y sus novios, líbrate de ellos tú —respondió Jude encogiéndose de hombros.

—¡ Vaya, gracias! —exclamó May con disgusto.

Tras decirles la recepcionista dónde estaba Jude, cuatro pares de ojos se dirigieron al salón.

—¡Jude¡ —rogó May agarrándose a su brazo.

Jude la observó durante unos segundos con el ceño fruncido y luego dirigió la vista a su brazo.

—Está bien —accedió él al fin tomando una decisión—, pero, diga lo que diga, tú respáldame, ¿de acuerdo?

Entonces fue May la que frunció el ceño. Aquello no sonaba nada bien. Pero, ¿qué otra alternativa tenía? Ninguna.

—Bien —accedió May de mala gana volviéndose in mediatamente hacia sus hermanas con una sonrisa—. ¿Qué hacéis aquí?

Max esbozó una expresión lastimera buscando su perdón. Evidentemente se había visto obligado a contarle a January y a March dónde estaba.

—Hemos venido a buscarte —respondió March di recta, como era habitual—. ¿Qué haces aquí? —añadió suspicaz.

May respiró hondo, preguntándose cuándo diría algo Jude, y comenzó a decir, vacilando:

—Yo...

—May acaba de comprometerse conmigo —anunció Jude alegremente.

May alzó la cabeza atónita hacia él. Menuda ex cusa! Porque no

era más que una excusa, por su puesto, pero, ¿cómo respaldarlo en algo así? De nada servía que Jude tuviera un cierto aire de desorientación y confusión, como si la idea se le acabara de ocurrir y no hubiera sido consciente de ella hasta el momento de pronunciar las palabras en voz alta.

—¡Enhorabuena¡

Will fue el primero de los recién llegados en reaccionar y felicitarlos. Besó a May en la mejilla y estrechó enérgicamente la mano de Jude. Y luego añadió, sonriendo:

—Parece que la granja Calendar ha vuelto a poner en marcha su magia.

May seguía mirando a Jude. Estaba transpuesta.. ¿Cómo se le había ocurrido decir algo tan estúpido? Peor aún, ¿cómo diablos esperaba salir después del lío en el que acababa de meterlos? Y además, ¿por qué creía que ese compromiso iba a convencer a sus hermanas de que abandonaran inmediatamente el hotel?

—Bienvenido a la familia, Jude —dijo entonces January poniéndose de puntillas para besarlo en la mejilla y abrazando después a May:

—Sí, bienvenido —asintió March algo más reservada, abrazando también a May.

Sólo Max parecía sospechar que algo no acababa de encajar. Era lógico, después de la conversación que había mantenido con May esa mañana. Los mi raba a ambos inquisitivamente. May sacudió la cabeza. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, así que, ¿cómo iba a explicárselo a Max?

Jude seguía con un aire de completa confusión a causa de su propio comportamiento, pero su expresión de desorientación iba cediendo lentamente, sustituida por otra indescifrable.

—Es un poco pronto, pero creo que deberíamos pedir champán, ¿no os parece? —preguntó Will.

May miró a Jude. Seguía esperando que él dijera algo, que hiciera algo para sacarlos a todos de allí. Aunque, después del último intento, quizá fuera mejor que no se molestara.

—Pero no estamos vestidos para la ocasión, ¿no creéis? —argumentó May mirándolos a todos—. Quizá debamos volver a la granja y...

—¿E interrumpir la reunión? —preguntó Jude, que por fin parecía capaz de articular palabra de nuevo, acercándose a May y agarrándola de la cintura—. Es una idea brillante, hay que pedir champán.

——Yo iré a pedírselo a la recepcionista —se ofreció Max—. ¿Quieres acompañarme, May?

May sonrió agradecida. Se conformaría con un pequeño respiro, aquello se estaba convirtiendo en una completa farsa.

—Para pedir champán no hacen falta dos, Max —contestó Jude adelantándose a May y estrechándola con fuerza—. Además, el camino hacia el amor ha estado lleno de obstáculos, así que me he vuelto muy tacaño y no quiero separarme de May ni siquiera un segundo —añadió con voz ronca—. Puede que cambie de opinión de aquí a recepción —continuó lanzándole a May una mirada desafiante.

¿Cambiar de opinión? Para eso necesitaría primero haber tomado una decisión. Aunque May no pensaba ni por un segundo que aquel compromiso fuera real, por supuesto. De haberlo sido no se habría sentido tan terriblemente desgraciada.

Tras lo sucedido la noche anterior, May se había dado cuenta de que estaba profundamente enamorada de Jude. Por completo. Desesperadamente. De ninguna manera habría respondido como lo había hecho de no haber sido así. Y por eso, precisa mente, aquel inesperado y falso anuncio, proclamado sólo para guardar las apariencias, la hacía tan infeliz.

—May y yo iremos a pedir champán —aseguró Jude en dirección a Max—. Vosotros poneos cómodos, no tardaremos.

No, pero sí tardarían lo suficiente como para de cine exactamente hasta qué punto había empeorado aún más la situación.

—Espera —ordenó Jude al ver a May girarse hacia el nada más abandonar el salón.

—Tú...

—He dicho que esperes, May —repitió Jude.

Esperaba la reprimenda nada más estar solos, pero quería posponerla unos minutos.

—Espera aquí mientras pido el champán —añadió él agarrándola de los hombros y deteniéndola a un metro de la mesa de recepción.

Jude se daba cuenta de que May tenía perfecto derecho a enfadarse por hacer un anuncio como ése tan inesperadamente. El mismo estaba atónito. Pero una vez hecho, Jude había llegado al convencimiento de que le gustaba, de que la idea de estar comprometido con May no le resultaba en absoluto desagradable. De hecho, cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que eso

era exactamente lo que quería.

Llevaba días luchando contra sus propios sentimientos, buscando etiquetas con la que explicar su comportamiento en lugar de reconocer la verdadera razón de su fuerte instinto de protección hacia ella. Incluso había llegado a creer que abandonando el hotel precipitadamente y dejando de verla conseguiría sacársela de la cabeza. ¡Menudo idiota!

Estaba enamorado de May Calendar. La idea de no volver a verla, de no estar con ella, e incluso de no discutir con ella se le antojaba insoportable.

¿Hasta dónde habría llegado de no haberse presentado ella en el hotel?, ¿hasta la autopista?, ¿hasta Londres? ¿O habría llegado a los límites de Yorkshire y se habría dado cuenta de que abandonando a May abandonaba al mismo tiempo la parte más importante de sí mismo? Eso era lo más probable...

¿Sería cierto que de verdad no lo sabía, que no se había dado cuenta, o simplemente se había negado a aceptarlo? De un modo u otro, Jude no había sido consciente de lo que sentía por May hasta el instante mismo de pronunciar el anuncio en voz alta. Pero entonces, de pronto, todo había estado tan increíble— mente claro, todo le había parecido tan perfectamente bien, que había comprendido que tratar de alejarse de ella no era sino una batalla perdida. La separación no habría cambiado en absoluto lo que sentía por ella, simplemente habría sido muy dura. —

Pero, ¿cómo convencer a May? Esa era la cuestión. Era irónico. El confiado, el siempre templado Jude Marshall caía de rodillas rendido de amor ante una mujer que decía sentir sólo atracción física hacia él. Habría resultado gracioso de no ser patético.

—El champán ya está pedido —comentó Jude volviendo al lado de May—. Anímate, May —añadió con un tono burlón al verla pálida—, es sólo un compro miso, no una boda.

Persuadirla de que se casara con él sería bastante más difícil. Ella sacudió la cabeza.

—No, si no es por eso —contestó May apenas sin aliento, mirando más allá de él, asustada—. April Robine acaba dé salir del ascensor...!

Jude se volvió hacia el ascensor justo a tiempo de ver a April salir charlando con David Melton. Abrió los ojos inmensamente y comprendió por el aspecto tenso de May que ella también lo había visto. Teniendo en cuenta lo temprano que era, resultaba inevitable que ambos llegaran a la misma conclusión:

David Melton había pasado la noche en el hotel con April,

Estupendo. Jude conocía a April desde hacía seis meses, y jamás la había visto mantener relaciones sentimentales ni de ningún otro tipo con ningún hombre. Pero, de pronto, justo cuando May la observaba, April entablaba relaciones con el director de cine. Y, por otro lado, Jude no estaba plenamente convencido de que May no sintiera nada por David.

—Puede que no sea lo que parece —sugirió Jude volviéndose hacia May.

Era increíble hasta dónde llegaba su instinto de protección cuando se trataba de May. No quería que la hiriera nadie, ni siquiera otro hombre. Un mes antes, incluso una semana antes, a Jude le habría dado igual lo que hiciera nadie. En ese instante, sin embargo, tras descubrir sus sentimientos hacia May, Jude estaba dispuesto a dejar que su ira se desatara contra cualquiera que intentara hacerle daño.

—Por supuesto que es lo que parece —afirmó May torciendo la boca con una mueca—, así que dime, Jude, ¿qué hacemos ahora?

Buena pregunta. Tenía dos alternativas: tratar de mantener a April alejada de las hermanas de May, o golpear a David Melton por atreverse a herir abierta mente los sentimientos de May, en cuyo caso, sin duda, llamaría la atención de January y March. Ambas ideas le resultaban atractivas, de modo que Jude no sabía por cual decidirse. No era de extrañar que jamás hubiera querido enamorarse, en aquel momento estaba hecho un verdadero lío.

¿Querer enamorarse?, ¿a quién pretendía engañar? Enamorarse de May no había sido una elección. Sencillamente había ocurrido.

—Podríamos invitarlos a tomar una copa de champán con nosotros —sugirió al fin Jude dubitativo.

—¡Muy gracioso! —exclamó May—. Y ahora piensa otra cosa.

No tenía respuesta, pero la situación se le escapa ría de las manos en cuestión de segundos. April y

David se acercaba y los verían de un momento a otro. Y entonces el infierno se desataría.

Capítulo 14

MAY NO tenía tiempo de preguntarse qué hacía April a esas horas de la mañana con David Melton. El hecho de que estuviera a escasos metros de ella bastaba para descolocarla.

January y March estaban sentadas en el salón al otro lado de recepción. April podía girar la cabeza en cualquier momento y verlas. Y las reconocería de in mediato, no cabía duda. El parecido entre las tres hermanas era tan innegable como el parecido con ella. May apenas era capaz de respirar, se estaba mareando. Iba a...

—No puedes desmayarte ahora —afirmó Jude agarrándola del brazo.

¿Por qué no? Al menos, si se desmayaba...

—Además, es demasiado tarde —murmuró Jude.

Sí, era demasiado tarde, pero había sido David Melton quien los había visto, y no April. El director de cine se inclinó sobre la estrella para susurrar algo en su oído. April giró la cabeza en su dirección lenta mente, poniéndose repentinamente pálida.

Aún no había visto a January y a March, así que si April se alteraba de ese modo era porque recordaba su último encuentro con ella. Pero, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer, aparte de advertirle tajantemente que no se acercara a sus hermanas?

—Te dije que estaría aquí para apoyarte, May —le recordó Jude con voz ronca, agarrándola con firmeza del brazo mientras la pareja echaba a caminar en su dirección.

Sí, eso había dicho Jude. Pero no había dicho que pretendiera ser su novio. ¿Podía empeorar más la situación?

—Qué casualidad que nos hayamos encontrado esta mañana, justo a tiempo de celebrar el compro miso —comentó David alegremente.

May se giró hacia Jude lanzándole una mirada de reproche. Creía que su anuncio había sido espontáneo, la sorpresa de su rostro así se lo había, hecho creer. Pero si April y David lo sabían...

—David... —murmuró April en tono de protesta, ruborizándose y mirando a May—. Creía que íbamos a guardarlo en secreto durante un tiempo...

May los miró a ambos alternativamente y comprendió que David no se refería a su compromiso con Jude, sino al de él con la actriz...

—Sí, es cierto —contestó David medio disculpándose y agarrando a la actriz de la mano—, pero al ver a May y a Jude aquí he pensado que...

David desvió la vista en dirección a May, lanzándole una mirada inquisitiva. El lo sabía. Lo veía en sus ojos, en su expresión por un lado compasiva y por otro suplicante, rogando por el bien de la mujer a la que acababa de pedir que se casara con él. May di rigió la vista inmediatamente hacia el rostro de April, leyendo en él la incertidumbre y la misma mirada suplicante que en el de él.

¿Qué esperaba April?, ¿su perdón?, ¿su felicitación de todo corazón?

Jude le dio un apretón en el brazo a May y acto seguido dio un paso adelante para besar a April en la mejilla.

—Me alegro mucho por ti —dijo Jude—. David —añadió alargando la mano.

—Gracias —contestó el director de cine con una sonrisa, estrechándole la mano.

Sólo faltaba la reacción de May...

May parpadeó y observó a la mujer que había sido su madre, comenzando a preguntarse por primera vez en la vida...

Max le había dicho que las cosas no eran blancas o negras tal y como solía creer de niño, le había dicho que había cometido errores al interpretar el comportamiento de su madre. ¿Sería posible, quizá, que ella también se equivocara con respecto a April? Después de todo Jude le había hecho notar que, a pesar de ser una belleza y una mujer muy deseable, April jamás había vuelto a casarse...

May se sintió de pronto tan confusa, que ya no sabía nada. No tenía ni idea de cómo conseguirían borrar el pasado, pero sí sabía que no podía seguir tratando de controlar la situación.

—Enhorabuena, David —lo felicitó May volviéndose después hacia April—. Me alegro mucho por ti, April —añadió con voz ronca, acercándose para besarla en la mejilla.

Los ojos de April se llenaron de lágrimas.

—Gracias —contestó ella sinceramente agradecida.

May, incapaz de pronunciar palabra, la observó durante unos segundos. También sus ojos se nublaron, a punto de llorar. Pero no podían ponerse las dos a llorar.. Respiró hondo y comprendió que, le gustara o no, había llegado el momento de la verdad.

—April, hay ahí unas personas a las que quiero que conozcas —añadió May agarrándola del brazo y dirigiéndola al salón.

May notó que April respiraba hondo y se volvió hacia ella. Miraba hacia el salón en donde los esperaban sus hermanas, y sin duda las había reconocido.

—Todo saldrá bien —la animó May apretándole el brazo.

En realidad no tenía ni idea de qué iba a ocurrir. ¿Seguían sus hermanas recordando a su madre?, ¿sabían que era una famosa actriz? No habían vuelto a hablar de ella desde pequeñas. May no había querido recordársela a su padre, y sus hermanas no habían vuelto a mencionarla tras los primeros meses después de marcharse ella.

April tragó sin dejar de mirar en dirección al salón. Su voz sonó ronca y emocionada cuando por fin dijo:

—Son las dos guapísimas, las tres lo sois.

—Nos parecemos a ti —sonrió May.

—Y son tan amables y encantadoras como tú —añadió Jude en voz baja.

—No estoy segura de que tú hayas pensado eso siempre de mí —contestó May volviéndose hacia él con una sonrisa burlona.

—Bueno, no me importa admitirlo cuando me equivoco —se disculpó Jude encogiéndose de hombros.

¿Quería decir con eso que ella también debía admitirlo? Pero, ¿y si se equivocaba...?

—¡Ah, ya llega el champán! —exclamó Jude satisfecho al ver a la camarera cruzar el vestíbulo detrás de ellos.

Resultaba un alivio poder comentar algo tan mundano que aligerara la tensión. Jude estaba tan orgulloso de May, que se sentía profundamente emocionado.

—Me temo que necesitaremos dos copas más, y probablemente también otra botella —añadió Jude en dirección a la camarera.

—¿Champan?] —preguntó David Melton siguiendo a la camarera.

—Ya te lo explicaré después —contestó Jude—. Entremos y brindemos por vuestra felicidad.

May caminaba por delante de él agarrada al brazo de April. Aquello no debía resultar nada fácil para ella, y él lo sabía. Jude deseaba hacer todo lo que es tuviera en su mano para ayudarla, pero sabía que lo único que podía hacer era seguir allí y prestarle su apoyo tal y como había prometido. Ya discutirían después, sin duda, de la cuestión de su compromiso. Y entonces también haría todo lo que estuviera en su mano para convencerla de hacerlo realidad...

—¿De verdad crees que todo saldrá bien? —preguntó David frunciendo el ceño a su lado, preocupado.

Bien, ¿para quién?, ¿para April y sus hijas? Jude no tenía ni idea de cómo iban a reaccionar January y March. Ni siquiera sabía si iban a reaccionar de alguna manera. Y, en cuanto a May, Jude

seguía sin saber si sentía algo por David, pero si era así entonces sus relaciones con April no serían fáciles.

—Tendremos que esperar para saberlo, ¿no crees? —respondió Jude.

January, March, Will y Max, que estaban sentados, se pusieron de pie al verlos llegar. Jude observó desde el primer momento sus reacciones. Will sonrió encantado, como solían hacerlo todos los hombres al conocer a April. Max sonrió, ella era una vieja amiga. Más difícil fue saber exactamente qué sintieron January y March. Tras mirarse la una a la otra brevemente, ambas volvieron una mirada inquisitiva en dirección a May.

May estaba completamente ruborizada y muy nerviosa al llegar el momento de las presentaciones.

—Ocúpate del champán, ¿quieres? —le ordenó Jude a David dando un paso adelante para situarse junto a May y tomarla de la mano—. April y Max ya se conocen.

May le apretó la mano agradecida y Jude lo interpretó como una señal de relevo, así que fue él quien hizo las presentaciones.

—Will Davenport. mi arquitecto en el último proyecto y novio de March —dijo Jude en dirección a April—. Y estas dos señoritas encantadoras son las hermanas de May, March y January.

Jude se conmovió al ver que April no sabía qué hacer. No sabía si estrechar las manos de sus hijas o simplemente sonreír. Le temblaban las manos terriblemente, pero por otro lado sonreír únicamente habría resultado frío. Estaba a punto de llorar, así era evidente que sería incapaz de pasar el trago con el aplomo necesario.

—Y éste es el novio de April, David Melton —añadió May interrumpiendo al director de cine que re partía las copas de champán.

January tomó la copa y preguntó:

—¿No eres tú el director de cine que le ofreció un papel a May?

—Sí, lo soy —confirmó David sonriendo.

—April va a hacer el papel de la protagonista —intervino entonces May—. David me pidió que hiciera el papel de Stella, su hija.

Un completo silencio siguió a aquel anuncio. Jude observó las reacciones de January y March. Una vez más ambas se miraron. ¿Qué significaban esas miraditas? Porque definitivamente significaban algo, algo que él era incapaz de descifrar. Ellas, por el contrario, parecían entenderse muy bien.

May miró a sus dos hermanas con ansiedad, preguntándose, evidentemente, si había ido demasiado lejos. Le temblaba la mano que Jude agarraba.

— Vaya casualidad! —exclamó March finalmente con ojos verdes brillantes y sonrientes.

—¿Qué...?

—¿Cómo...?

May y April habían comenzado a hablar al mismo tiempo, y las dos se habían callado bruscamente para mirarse la una a la otra. Luego ambas se volvieron hacia January, que dijo:

—Sabemos que April es nuestra madre, May. Siempre lo hemos sabido —añadió sonriendo tímidamente en dirección a April.

—Bueno, desde que fuimos lo suficientemente mayores como para ver sus películas en televisión o ir al cine —añadió March.

Jude no supo cuál de las dos se sorprendió más, si April o May.

Capítulo 15

NO PUEDO creer que las dos supierais la ver dad —comentó May mirando a sus hermanas. Tras la confesión de January y March, los ocho habían subido a la habitación de Jude, un lugar privado y neutral. Los cuatro hombres estaban reunidos en un extremo del salón, charlando amigable mente y bebiendo champán. De ese modo les concedían a las mujeres un rato para estar a solas, que buena falta les hacía.

Solas, sin sus hombres. Aunque May no tenía ni idea lo que ocurriría con su supuesto compromiso con Jude cuando todo aquello terminara...

—Papá y tú os mostrabais siempre tan sensibles con ese terna, que por eso jamás lo mencionamos —contestó March encogiéndose de hombros y volviéndose hacia April—. Pero las dos supimos la ver dad nada más verte por primera vez en una película. Jamás se olvida a una madre —añadió con voz ronca.

—No, desde luego confirmó January—. Estábamos muy orgullosas de ti aunque no dijéramos nada —añadió tímidamente en dirección a April. —

May contenía las lágrimas una vez más ante las declaraciones de sus hermanas, ante el pacto de silencio que ambas habían guardado. April estaba visiblemente emocionada. Ojalá no volviera a hacerles daño, rogaba May en silencio.

—Yo... —comenzó a decir April tragando, pálida.

—Aunque también estábamos un poco enfadadas, claro —añadió March—. Después de todo, aunque es tuviéramos orgullosas de ti, habríamos preferido tenerte en casa. Con nosotras.

April cerró los ojos brevemente. Las lágrimas escaparon de sus ojos resbalando por las mejillas pálidas.

—Lo creáis o no, yo también habría preferido estar en casa con vosotras...

—Pero...

—Con todos —repitió April firmemente, interrumpiendo la protesta de May y sosteniendo su mirada para continuar—. Os quería mucho a las tres, pero también quería mucho a vuestro padre.

Aquello confundió a May. Jamás habría pensado que... Pero Jude le había hecho notar que April no había vuelto a casarse, y quizá no lo hubiera hecho porque seguía amando a su padre.

—Comprendo que tendré que hacer un esfuerzo por explicároslo

—suspiró April pesadamente—. Sólo que yo tampoco acabo de comprenderlo —añadió retorciendo las manos en el regazo—. Yo tenía dieciocho años cuando me casé con vuestro padre, diecinueve cuando nació May. Y, vosotras dos llegasteis inmediatamente después. Éramos una familia feliz, todo era perfecto. Pero entonces… yo formaba parte del grupo de aficionados al teatro del pueblo, y un agente me vio y me ofreció un papel. Pensaban representar la obra en una gira por todo el país para terminar en Londres, donde darían la función durante seis semanas.

Era exactamente lo mismo que le había ocurrido a ella, pensó May. La emoción y el ansia por aceptar la oferta había sido tan fuerte, que había estado a punto de abandonar la granja por esa razón. ¿Y si su madre había sentido esa misma emoción, a pesar de tener marido e hijas?

—A James no le hizo ninguna gracia, naturalmente. y yo lo acepté. Sabía que no podía, que tenía responsabilidades.

May también tenía responsabilidades para con January y March, pero ella se las había tomado en serio, no como su madre. May sonrió poco confiada en dirección a Jude, que volvía la vista hacia ella con expresión de preocupación. Aún era demasiado pronto para saber cómo iba a terminar aquella conversación…

—Tenía tantas ganas de hacerlo… —reconoció April con voz ronca—, Sólo tenía veinticuatro años, y esa oportunidad de actuar, de ir a Londres… era como un sueño hecho realidad —suspiró April —. Así que volví a hablar con James, le expliqué que podía volver a casa los domingos, que podíamos contratar a una niñera para que os cuidara con el dinero que ganara, que sería sólo cuestión de unas semanas, que en cuanto lo hubiera hecho me olvidaría por completo del teatro…

May sabía de qué hablaba April, conocía esa ansiedad por actuar. Ella misma la había sentido: era una mezcla de excitación ante la idea del éxito y de desilusión porque, dadas las circunstancias, jamás sabría si habría podido alcanzarlo algún día.

—Le rogué que me diera sólo esa oportunidad —continué April encogiéndose de hombros—, pero James.., me dio un ultimato. Me dijo que si salía por la puerta con la intención de actuar, no volvería a casa jamás —explicó lívida—. No creí que hablara en serlo.

—Pero sí hablaba en serio —dijo March.

—Sí —contestó April tragando—. Al principio no podía creerlo —añadió sacudiendo la cabeza—. Habíamos llegado toda la compañía de teatro a Manchester cuando recibí una carta de un

abogado acusándome de abandonar a mi marido y a mis hijas menores de cinco años. Por supuesto telefoneé a James inmediatamente, pero él se negó a hablar conmigo. Dijo que a partir de ese momento cualquier comunicación entre los dos tendría que ser a través de un abogado.

Aquello era una verdadera noticia para May. A pesar de guardarle rencor a April y de sentir un pro fundo amor hacia su padre, sin embargo, May sabía que él era capaz de hacer lo que April decía. Su amor por su padre no la había cegado hasta el punto de no darse cuenta de que James Calendar era un hombre duro y autoritario. April retorcía l manos en el regazo de tal modo, que tenía los nudillos blancos.

—Vuestro padre se quedó con la plena custodia de las tres después del divorcio —continuó April—. Alegó que no era una buena madre porque os había abandonado para ser actriz, añadiendo además que mi carrera era de hecho un desastre. Me permitieron haceros visitas, pero para ello tenía que ponerme de acuerdo con vuestro padre —explicó April comenzando a llorar de nuevo—. Jamás me permitió veros. Fuimos a juicio varias veces, pero él siempre tenía alguna razón por la que resultaba poco práctico llevaros conmigo. O bien una tenía gripe y él no quería que me llevara a las otras dos, o los cuatro habíais hecho planes justo para el día que sugería yo. Además, el hecho de que me quedara sin trabajo cuando terminó la gira no ayudó. No encontraba empleo, así que tuve que vivir en una humilde pensión. Pasaron

tres años hasta que por fin conseguí una posición económica que me permitió teneros conmigo, pero entonces vuestro padre me aseguró que ninguna de las tres se acordaba de mi.

Eso no era cierto, sí la recordaban. Las tres, comprendió May. Max tenía razón, nada era nunca blanco ø negro. Siempre había infinitos tonos de gris...

—Jamás dejé de amar a James —continuó su madre con voz ronca—. En parte nunca perdí la esperanza... pero las cosas no salieron como hubiera querido —suspiró April—. Todo había ido demasiado lejos, era imposible ponernos de acuerdo en nada. Y menos aún en relación con vosotras. Así que me marché de Inglaterra. Me fui a América para comenzar de nuevo. Y el resto, como dicen, es historia —terminó April bajando la vista a sus manos.

—No del todo —dijo entonces May conmovida—. No te fuiste a América simplemente y te olvidaste de nosotras...

—No, claro que no —reconoció April sorprendida por el hecho de que fuera May quien lo dijera—. No pasó un solo día sin que pensara en vosotras, sin que me preguntara cómo seríais, sin que anhelara estar con vosotras para compartir vuestras risas, vuestras penas y vuestros problemas. Pero era todo demasiado difícil por la situación creada entre vuestro padre y yo, y por eso…

—Por eso nos mandabas dinero —la interrumpió May asintiendo en dirección a sus hermanas que volvieron la vista hacia ella sorprendidas—. Papá jamás tocó un solo penique. Lo descubrí cuando él murió.

—Pero…

—¿Pero cómo pudo…?

—Por favor, no culpéis a vuestro padre —las interrumpió April —. El… él hizo lo que creyó mejor.

— capaz de decir eso después de lo que te hizo y de lo que nos hizo a nosotras? —preguntó May.

—Ya te lo he dicho, yo lo amaba. Siempre lo amé —añadió April conmovida—. No supe que había muerto hasta que… hasta después del funeral. Lloré durante semanas. No es necesario estar con una persona para seguir amándola.

—¿Por qué no viniste después a vernos? —preguntó March.

—Lo hice —sonrió April sin ganas.

De pronto todo resultó claro como el cristal, comprendió May: la amistad de April con David, su oferta para trabajar en la película, el hecho de que April fuera la estrella de esa película… May dirigió la vista hacia April con los ojos llenos de lágrimas y preguntó:

— David que era a tu hija a quien tú querías que fuera a ver a la representación teatral?

—No se lo dije hasta anoche, no —sonrió April con ojos lacrimosos, conmovida ante la astucia de May—. David estaba boquiabierto ante tu actuación, igual que los demás.

—Pero fuiste tú quien le pidió que viniera a Yorkshire para ver mi actuación, ¿verdad? —insistió May emocionada.

De pronto todo cobraba sentido: el hecho «casual» de que David estuviera aquella noche entre el público, de que fuera a buscarla después de la representación, de que insistiera tantas veces en ofrecerle el papel, de que April apareciera para apoyarlo en su empeño…

—La hermana de David vive por aquí…

—Sí, lo sé —contestó May sin darle importancia—. Pero fuiste tú quien le dijo que se acercara al teatro para yerme actuar, ¿verdad?

—Él jamás te habría ofrecido un papel de no haber estado convencido de que eres una buena actriz...—continuó April con una expresión de preocupación.

—Eso lo sé —aseguró May sonriendo—. ¿Cómo sabías que trabajaba en la Sociedad de Aficionados al Teatro?

—Hice algunas averiguaciones acerca de las tres después de la muerte de vuestro padre —confesó April tragando—. Vine a verte una noche antes de hablar con David. Yo... no te enfades, May —añadió suplicante al ver la sorpresa de su hija—. ¿No comprendes que necesitaba veros?

—¿Auque nosotras no te viéramos a ti? —preguntó May.

—Aun así —asintió April con tristeza.

—No estoy enfadada en absoluto —negó May poniéndose de pie y acercándose a April—. ¡No puedo ni imaginar cuánto has debido sufrir durante todos estos años...! —murmuró emocionada—. Oh, mamá! —ex clamó llorando y abrazando a su madre.

Jude había estado observando preocupado a las cuatro mujeres mientras conversaba con los hombres. Al ver a May levantarse y abrazar a April, y ver que las dos lloraban, sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Me disculpáis? —preguntó poniéndose de pie nervioso y acercándose a May—. Ven conmigo —añadió en voz baja, agarrándola del brazo y llevándosela al dormitorio

Jude cerró la puerta del dormitorio y la abrazó, comenzando a acariciar su cabello mientras May lloraba sobre su hombro.

—Estoy tan orgulloso de ti, May... ¡Tan orgulloso!

Amaba a aquella mujer, la amaba con toda su alma, y verla llorar de esa manera le producía dolor.

—Esto es una estupidez —murmuró al fin May secándose las lágrimas—. Ni siquiera sé por qué sigo llorando.

Jude se acercó a la mesilla por un pañuelo de papel y le concedió unos segundos para que se calmara. Tenía los ojos colorados e hinchados, las mejillas sonrosadas. Pero aun así seguía siendo una belleza para Jude. Tanto, que sólo deseaba estrecharla en sus brazos y besarla, cosa que a ella no le habría hecho ninguna gracia, estaba convencido.

—Han sido momentos muy emotivos para todos —murmuró él.

—Sí —reconoció ella—. Yo... lo solucionaremos, Jude —aseguró resuelta—. Acabo de darme cuenta de que el amor hace que las personas se comporten de un modo raro.

—Sí —confirmó Jude con sencillez, pensando en su propio

comportamiento.

El tampoco lo había hecho demasiado bien, pero, ¿era demasiado tarde, acaso?, ¿sería capaz May de perdonarlo por todo lo que había hecho y dicho durante la última semana? Eso esperaba, porque sólo de pensar en vivir sin ella se desesperaba...

Capítulo 16

MAY ALZÓ la vista hacia Jude con timidez. Estaban solos en el dormitorio.

—Ibas a marcharte.

—Sí —confirmó él—, pero iba a volver.

Jude hizo un gesto dándole a entender que ni si quiera había abandonado la habitación. Había libros suyos en la mesilla, ropa en el armario.

—Ah —asintió May lamiéndose los labios—. ¿Aún sigues pensando en marcharte?

—No si consigo convencerte de que hagamos realidad nuestro compromiso... —contestó él respirando hondo.

May alzó la vista hacia él bruscamente, mirándolo inquisitivamente, buscando alguna señal que le demostrara que estaba bromeando. Pero no vio ninguna. Sólo sus ojos plateados expresaban algo, y no era burla.

—¿Jude...?

—May —comenzó a decir él apretando los puños—, he sido un estúpido, un arrogante, un cabezota...

—Jude se calló al oírla echarse a reír—. No tiene gracia —añadió desesperado—. ¡Estoy tratando de disculparme, y tú te ríes de mí!

—No me río de ti, Jude —sacudió ella la cabeza dejando de reír —. Me río de esta estúpida y ridícula situación. Jude, yo te amo —añadió respirando hondo—. ¿Me quieres tú a mí?

May contuvo el aliento esperando una respuesta, esperando no haber malinterpretado sus palabras.

—¿Cómo podría no amarte? —preguntó Jude con voz ronca, medio gimiendo, emocionado—. Eres buena, amable, honesta...

—Demasiado, quizá —dijo ella comenzando a sentir un tremendo calor en su interior.

—Eso jamás —sacudió Jude la cabeza—. Eres guapa, deseable, todo lo que podría desear jamás en la mujer a la que amo...

—Me vas a hacer ruborizarme —murmuró ella—. Jude...

May dio un paso adelante a tientas, mirándolo aún con cierta incertidumbre. El tomó su rostro entre las manos y la miró intensamente a los ojos.

—¿Quieres David Melton?

—¿David? —repitió ella frunciendo el ceño—. Claro que no. ¿De dónde demonios...?

—Te quiero, May Calendar —la interrumpió Jude hablando con pasión—. Te quiero, quiero que te cases conmigo y quiero pasar el resto de mi vida amándote. ¿Querrás? —preguntó Jude con algo menos de seguridad.

—¡ Oh, sí! —respondió ella apasionadamente—. Con una condición...

—Lo que quieras —prometió él sin dudar un instante.

La amaba de todo corazón. May no tenía ninguna duda después de lo que él acababa de decir, pero aquella completa capitulación antes incluso de que ella le contara cuál era esa condición no hacía sino confirmarlo. En su matrimonio no habría medias tintas. Jamás.

—Cómprame la granja.

—Pero...

—Las tres crecimos allí, y a pesar de todo fuimos felices —explicó May resuelta—. Pero ha llegado la hora de marcharnos. Yo siempre querré a mi padre, pero el futuro es de mi madre —añadió con voz ronca.

Conocer a su madre, permitir que ella las conociera a las tres... podía llevarles el resto de sus vidas. Pero por largo que fuera, April merecía conocerlas, reconoció May.

—Y nuestro —añadió Jude.

—Sí, definitivamente —aseguró May con ojos brillantes y llenos de amor—. Te quiero tanto, Jude. ¡Tanto...!

—Dijiste que era sólo atracción sexual —le recordó él.

—Sólo trataba de protegerme —admitió ella con voz ronca.

Jude la besó posesiva y apasionadamente.

—Podríamos celebrar una boda triple —sugirió Jude poco después.

—Sí, es. cierto —convino May inmediatamente—. Pero April tendría que ser la dama de honor y David el padrino, ahora que hemos decidido casarnos.

Aquélla era realmente una boda distinta, pensó Jude mientras esperaba de pie ante el altar a que May llegara a la iglesia. Max y Will estaban a su lado, esperando también.

No sólo el padrastro de las tres era también el padrino, sino que además la madre de las novias, que acababa de reconciliarse con ellas, las entregaba a sus futuros maridos. La idea la habían sugerido las tres hermanas durante una comida familiar: ese papel encajaba mucho mejor con April que simplemente el de madrina. April se había sentido profundamente honrada y conmovida.

April se había casado con David en una ceremonia discreta el

mes anterior. Bueno, todo lo discreta que cabía esperar cuando la novia era una estrella de cine y el novio un famoso director de cine. Todos habían asistido. May había sido el testigo de April, y Jude el de David. Los ocho habían desaparecido para celebrarlo en la intimidad en un restaurante antes de que la pareja se marchara de luna de miel.

Durante aquellas ocho semanas, Jude se había sentido cada día más orgulloso de May. April había pasado de ser una estrella de cine a ser «mamá», y la facilidad con que May la había aceptado había servido para que sus hermanas hicieran lo mismo. La prensa, sin duda, tendría mucho que decir al año siguiente cuando se descubriera que madre e hija trabajaban juntas en una película...

El corazón de Jude echó a galopar al oír el órgano de la iglesia anunciando la llegada de las novias

—Acabo de ver a May, Jude, así que no te preocupes, no h cambiado de opinión —bromeó Max.

—¡Están las tres, gracias a Dios! —añadió Will con voz ronca tras mirar nerviosamente al otro extremo de la iglesia.

Jude sonrió. Era extraño, aquellos dos hombres habían sido siempre como sus hermanos, y de pronto era un hecho...

Jude volvió la vista hacia May y fue incapaz de seguir pensando. Ella caminaba hacia el altar con April orgullosa a su lado. El amor brillaba en sus ojos, repetido como un eco en los de él.